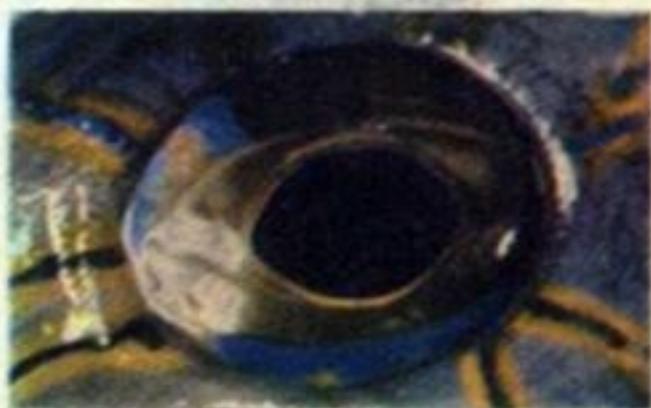




CUIDADO CON LOS
DEMONIOS 4-D

**MARION
ZIMMER
BRADLEY**

**LA PUERTA
DEL
ESPACIO**



 **GALAXIA**
Ciencia · Ficción

Lectulandia

Para cuando la puerta del espacio se abrió de repente, la lucha se reanudó y con ella un complot destinado a revisar y destruir el Imperio Terreno.

Lectulandia

Marion Zimmer Bradley

La puerta del espacio

Galaxia - 34

ePub r1.0

Titivillus 01.06.16

Título original: *The door through space*
Marion Zimmer Bradley, 1961
Traducción: Leoncio Sureda Guytó
Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EN EL EXTRAÑO MUNDO DE WOLF

En un tiempo Race Cargill había sido el mejor agente del Servicio Secreto terrano en el complejo y misterioso planeta de Wolf. Repetidas veces arriesgó su vida entre las criaturas semihumanas y no humanas del sombrío mundo. Y, repetidamente, había cumplido las fantásticas misiones, hasta que su nombre fue cubierto de gloria.

Pero todo eso al parecer había acabado. Durante seis largos años había estado sentado detrás de un fastidioso escritorio en el interior del cercano cuartel general terrano, aislado allí después que él y un rival se habían marcado con cicatrices y magullado el uno al otro en una contienda familiar.

Más cuando la puerta del espacio se abrió de repente y con rápido movimiento, la contienda surgió de nuevo, y con ella una intriga destinada a atajar y destruir el Imperio Terrano.

Nota del autor:

Siempre deseé escribir. Pero hasta que hallé las viejas revistas en pasta de fantasía científica, a la edad de dieciséis años, este deseo general no se convirtió en un preciso estímulo para escribir aventuras de fantasía científica.

Di muchos rodeos en el camino. Descubrí la ficción científica en su edad de oro: la época de Kuttner, C. L. Moore, Leigh Brackett, Ed Hamilton y Jack Vance. Pero mientras estaba todavía juntando tiras de papel de desecho para mis tempranos esfuerzos, el estilo cambió. Las aventuras en lejanos mundos y extrañas dimensiones pasaron de moda, y llegó la nueva expresión de la «science-fiction» —el énfasis en la ciencia.

Por tanto mis primeras historias eran cabalmente ficción científica, y no estoy tratando de abandonar esa clase de narración. Tiene su lugar. En mucho, la clase de «science-fiction» que proporciona los títulos del día tan próximamente como el café de la mañana, ha aumentado el interés popular por el moderno y maravilloso mundo de la ciencia en que vivimos. Ha ayudado a generaciones de jóvenes a sentirse seguros y tranquilos en un mundo rápidamente cambiante.

Pero los estilos mudan, las viejas aficiones retornan, y ahora que los Sputniks alborotan el cielo con nuevas y poco familiares lunas, los lectores de la «science-fiction» están dispuestos a esperar al día de mañana para leer gustosamente los nuevos títulos en este campo de la moderna literatura. Otra vez, creo, hay un lugar, un deseo, una necesidad y apetencia de la maravilla y el colorido del mundo de afuera. El mundo de más allá de las estrellas. El mundo que nosotros no llegaremos a ver. Es por eso que escribí LA PUERTA DEL ESPACIO.

MARION ZIMMER BRADLEY

CAPÍTULO PRIMERO

Al otro lado de las puertas del puerto del espacio, los hombres de Kharsa estaban acosando a un ladrón. Oí los agudos gritos, el ruido sordo de pies que avanzaban a zancadas demasiado largas y brincantes para ser de seres humanos, cuyo eco resonaba todo a lo largo de las oscuras y polvorientas calles que conducían a la plaza principal.

Pero la plaza misma estaba vacía ahora, a la luz carmesí del mediodía de Wolf. En lo alto la caliginosa ascua roja de Phi Coronis, el viejo y agonizante sol de Wolf, emitía una luz pálida y fría. La pareja de guardas de la fuerza del Espacio situados junto a las puertas, que vestían chaquetas de cuero negras, con armas de muy mal gusto metidas en una especie de pistoleras atadas al cinto, estaban adormeciéndose bajo la arqueada entrada donde el emblema de la estrella y el cohete proclamaba la soberanía de Terra. Uno de ellos, un muchacho chato que sólo hacía unas semanas que había salido de la Tierra, aguzó inquisitivamente el oído al percibir los gritos y el ruido de arrastre de pies; luego volvió la cabeza de un tirón, hacia mí.

—Eh, Cargill, usted sabe hablar su dialecto. ¿Qué pasa allá?

Salí fuera de la entrada para escuchar. No podía, sin embargo, verse a nadie en la plaza. Estaba lívida y barrida por el viento, una empalizada de vacuidad; a un lado el puerto del espacio y el blanco rascacielos del cuartel general de los Terranos, y al otro lado, la confusión de altos edificios, la capilla de la calle, el pequeño bar del puerto del espacio que olía a café y jaco, y las oscuras, abiertas entradas de calles que bajaban serpenteando hacia el interior de Kharsa, la antigua ciudad, el distrito de los indígenas. Pero yo estaba solo en la plaza con los agudos gritos —más cercanos ahora, cuyo eco resonaban por las circundantes paredes— y el vivo movimiento de muchos pies que avanzaban a lo largo de una de las enlodadas calles.

Luego lo vi correr, trampeando, mientras una rociada de piedras volaba alrededor de su cabeza; era alguien o algo menudo, encapotado y ágil. Detrás de él la chusma de rígida facha daba alaridos y arrojaba piedras. No pude, sin embargo, entender los gritos; pero la turba estaba ansiosa de sangre, y yo lo sabía.

—Está llegando disturbio —dije brevemente, poco antes de que la chusma se derramara en la plaza.

El enano en fuga miró alrededor salvajemente por un instante moviendo la cabeza de lado a lado tan rápidamente que era imposible recibir ni siquiera una efímera impresión de su rostro —humano o no humano, familiar o raro—. Luego, como una bolita soltada de su honda, el extraño ser se encaminó en derechura a la entrada buscando seguridad.

Y detrás de él la brincante chusma vociferaba y daba alaridos y se vertía sobre la mitad de la plaza. Sólo la mitad. Después, por esa repentina intuición que da hasta a

la gentuza más demente alguna vislumbre de juicio, se pararon de un modo confuso y desigual, volviendo la cabeza de lado a lado.

Subí al peldaño inferior del edificio del cuartel general, y los examiné someramente.

La mayor parte de ellos eran chaks, los habitantes no humanos de Kharsa, cubiertos con pieles y de la estatura del hombre, y no de la mejor clase. Sus pieles eran toscas, sus colas desnudas estaban llenas de inmundicia y mal. Sus delantales de cuero colgaban en pingajos. Uno o dos de la chusma eran humanos, la hez de la población de Kharsa. Pero el emblema de la estrella y el cohete pintado al otro lado de las puertas del puerto del espacio sosegaba algún tanto hasta el más violento anhelo de sangre; la turba se movía alrededor y se meneaba inquietamente en una mitad de la plaza.

Por un momento, no supe a dónde había ido su presa. Luego vi al enano agachado, aún no a cuatro pies de distancia de mí, allí en un pedazo de sombra. Simultáneamente la chusma lo vio, arrebujaado justamente detrás de la entrada, y un alarido de frustración y rabia resonó alrededor de la plaza. Alguien arrojó una piedra. Pasó zumbando por encima de mi cabeza, no tocándome por poco, y fue a parar a los pies del guarda de chaqueta de piel negra. Este levantó la cabeza de un tirón e hizo un ademán con el arma que repentinamente había sido desenfundada.

El gesto debiera haber bastado. En Wolf, la ley de los terranos ha sido escrita con sangre y fuego y explotadores átomos; y el límite está trazado firme y claramente. Los hombres de la fuerza del espacio no intervienen en la vieja ciudad, ni en ninguna de las ciudades indígenas. Pero cuando la violencia atraviesa el umbral, pasando más allá del blasón de la estrella y el cohete, el castigo es rápido y terrible. La amenaza debiera haber bastado.

En vez de ello, un alarido de afrenta se elevó de la chusma.

—¡Terrano!

Y otro de nuestro:

—¡Hijo del mono!

Los guardas de la fuerza del espacio estaban hombro a hombro detrás de mí ahora. El muchachito chato, que parecía estar ligeramente pálido, voceó.

—¡Pase adentro de las puertas, Cargill! Si tengo que disparar...

El hombre de más edad le impuso silencio con una seña.

—Espere Cargill —gritó.

Doblé la cabeza para indicar que había entendido.

—Usted habla su dialecto. ¡Dígales que desistan! ¡Malditos sean, si he de disparar!

Bajé y pasé adelante hacia la abierta plaza, a través de las desmoronadas piedras blancas, con dirección a la andrajosa chusma. Aun con dos hombres armados de la fuerza del espacio a mi espalda, ello hacía que experimentara una sensación de hormigueo en la piel, pero levanté mi mano libre en señal de paz.

—Salgan de la plaza —grité en la jerga de Kharsa—. ¡Este territorio está mantenido en pacto de paz! ¡Arreglen sus reyertas en cualquier otra parte!

Hubo un ligero movimiento en la turba. La sorpresa de que se les hablara en su propia lengua, en vez de hacerlo en el Terran Standard que el Imperio ha impuesto al planeta Wolf, los mantuvo callados por un momento. Yo sabía eso hacía mucho: que hablarles en cualquier de los idiomas de Wolf me daría una pequeña ventaja de un minuto.

Pero sólo de un minuto. Luego uno de la chusma vociferó.

—¡Nos iremos si nos entregan al intruso! ¡No tiene ningún derecho al sagrado refugio terrano!

Me acerqué al arrebuñado enano, que miserablemente trataba de hacerse aún más pequeño agazapándose contra la pared. Lo toqué con el pie.

—Levántate. ¿Quién eres?

La capucha se apartó de su rostro mientras él se levantaba de un tirón. Estaba temblando violentamente. A la sombra de la capucha vi una peluda faz, un tremulante morro aterciopelado, y unos grandes ojos de un suave color amarillento que encerraban inteligencia y un sentimiento de terror.

—¿Qué has hecho? ¿No puedes hablar?

El enano presentó la bandeja que había resguardado bajo su capa, una ordinaria bandeja de buhonero.

—Baratijas. Vendo baratijas. Para niños. ¿Tiene usted?

Moví la cabeza y rechacé al extraño ser, dando sólo un vistazo a la formación de delicadamente confeccionados muñecos, menudos animales, prismas y perinolas de cristal.

—Más vale que salgas de aquí. Lárgate. Esa calle abajo —indiqué.

Una voz de la turba gritó de nuevo, y tenía un desagradable sonido.

—¡Es un espía de Nebran!

—Nebran... —dijo el pequeño ser no humano, parlotéó algo; luego se dobló detrás de mí.

Lo vi trampear, haciendo finta en la dirección de las puertas; después, mientras la turba se agitaba y avanzaba en oleada en esa dirección, corrió hacia la capilla de la calle al otro lado de la plaza, deslizándose de escondrijo en escondrijo en la pared. Una granizada de piedras pasó volando en esa dirección. El menudo vendedor de baratijas se metió en la capilla.

Luego hubo un ronco «¡Ah, aaah!» de terror, y la turba se desvió, marchando hacia atrás con viva agitación. En el momento siguiente había empezado a disolverse, su entidad descomponiéndose en separadas criaturas, las cuales se Introducían en las callejuelas laterales y en las oscuras calles que desembocaban en la plaza. A los tres minutos la plaza estaba vacía otra vez, en la luz de un color carmesí claro del mediodía.

El muchachito de chaqueta de cuero negro exhaló el aliento y blasfemó,

metiéndose el arma en la pistolera. Miró con asombro y requirió impíamente:

—¿A dónde ha ido el hombrezuelo?

—Quién sabe —dijo el otro, encogiéndose de hombros—. Probablemente se metió a hurtadillas en una de las callejuelas. ¿Vio usted a dónde fue, Cargill?

Retrocedí despacio hacia la entrada. A mi, me había parecido que el hombrecillo se había zambullido en la capilla de la calle y desaparecido en el enrarecido aire, pero he vivido en Wolf el tiempo suficiente para saber que uno no se puede fiar de sus ojos aquí. Así lo dije, y el muchacho blasfemó otra vez, con nerviosidad, más conturbado de lo que quería admitir.

—¿Ocurren a menudo esta clase de cosas?

—Todo el tiempo —le aseguré seriamente su compañero, mirándome a mí de soslayo y haciéndome un guiño. No le devolví la guiñada.

—¿Dónde aprendió usted su lengua, señor Cargill? —preguntó el muchacho, obstinado en no abandonar la cuestión.

—Hace mucho tiempo que estoy en Wolf —dije. Giré sobre mis talones, y me encaminé al cuartel general.

Procuraba no oír, pero las voces de los dos guardas me seguían de cualquier modo, discretamente bajas, más no lo suficiente.

—Muchachito, ¿no sabes quién es? ¡Ese es Cargill, del Servicio Secreto! Hace seis años era el mejor hombre de la Oficina de Información, antes de que... —La voz bajó un poco más, y entonces se oyó la voz estremecida del muchachito que preguntaba:

—Pero ¿qué diablos le ocurrió a su rostro?

Yo debiera haber estado acostumbrado a ello, ahora. Había estado oyéndolo, más o menos a mi espalda, durante seis años. Bien, si mi suerte continuaba, no lo volvería a oír. Subí a zancadas los blancos escalones del rascacielos, para terminar las disposiciones que me sacarían de Wolf para siempre. Me iría al otro extremo del Imperio, a la otra extremidad de la galaxia, a donde quiera, mientras no tuviera que llevar mí pasado como un medallón colgado del cuello, o pintado y marcado en lo que quedaba de mi estropeado rostro.

CAPÍTULO II

El Imperio Terrano ha plantado su blasón en cuatrocientos planetas que rodean a más de trescientos soles. Pero cualquiera que sea el color del sol, el número de lunas en lo alto, o la geografía del planeta, una vez uno entra en el edificio de un cuartel general, está en la Tierra. Y la Tierra sería ajena para muchos que se llaman a sí mismos hombres de la Tierra, a juzgar por la extrañeza que siempre sentí al entrar en ese mundo de mármol y vidrio en el interior del rascacielos. Oía el ruido de mis pasos que sonaban con tenue retumbo a lo largo del pasillo de mármol, y apartaba los ojos, ajustándolos de nuevo penosamente a la fría amarillez de las luces.

El Departamento de Trafico era la eficiencia hecha insolente, con vidrio y cromo y acero pulido, espejos y ventanas y relucientes máquinas de escritorio electrónicas. La mayor parte de una pared estaba ocupada por un cuadro de televisión que ofrecía una vista del puerto del espacio; una vasta y abierta extensión iluminada con lámparas de vapor de mercurio azul blanco, y el encadenado rascacielos metálico de una nave interestelar, con su hormigueo de operarios. La gente encargada de ese trabajo estaba preparando la gran nave para su lanzamiento al espacio mañana por la mañana. Di un segundo y en seguida un tercer vistazo a la mole metálica. Yo estaría en ella cuando se elevara.

Desviándome del cuadro del puerto del espacio, mientras avanzaba a zancadas me observé a mi mismo en las espejadas superficies que estaban en todas partes; un hombre alto, flaco, descolorido por los años pasados bajo un rojo sol, y cercado con hondas cicatrices en las dos mejillas y alrededor de la boca. Exactamente después de seis años detrás de una mesa escritorio, mi pulcra ropa de trabajo —apropiada para un hombre de la Tierra con un empleo en una oficina— no ajustaba muy bien, y yo todavía me levantaba inconscientemente sobre las puntas de los pies, acercándome en el modo de andar al combado y abatido paso de un rudo habitante cosmopolita de los llanos de Coronis.

El empleado que estaba detrás del letrero TRANSPORTE era un hombre menudo con la piel tostada por la luz de una lámpara solar, cercado por un escritorio que se asemejaba a un puerto espacial de pequeño tamaño, y parecía como si le gustara estar encerrado ahí. Levantó la vista con afable solicitud.

—¿Puedo servirlo en algo?

—Me llamo Cargill. ¿Tiene usted un pase para mí?

El hombrecillo miró con asombro. Un libre pase para embarcar en una nave interestelar es concedido raramente excepto para los cosmonautas profesionales, y obviamente yo no era uno de ellos.

—Déjeme revisar los registros —dijo. Y se encorvó, apretando unos botones de control sobre la cristalina superficie.

Unas sombras aparecían y desaparecían, y me vi a mí mismo ligeramente reflejado; una vacilante imagen en una racha de fugaces colores. El diseño finalmente adquirió fijeza y el empleado leyó unos nombres con ojos atentos.

—Brill, Cameron... ah, sí. Cargill, Race Anw, Departamento 38, documentos de transporte. ¿Es usted ese?

Asentí, y el hombre empezó a oprimir más botones; y entonces la vibración sonora del nombre fue puesta en conexión con algún cerebro electrónico de otro escritorio. El empleado se detuvo, con la mano a alguna distancia de un botón.

—¿Es usted Race Cargill del Servicio Secreto, señor? ¿El Race Cargill?

Está ahí mismo —dije, haciendo aburridamente gestos hacia el proyectado diseño más abajo de la vítrea superficie.

—Creía... quiero decir, todos lo daban por supuesto; o sea, oí decir...

—Usted creía que Cargill había sido muerto hace mucho tiempo porque su nombre no reapareció más en los envíos de noticias, ¿eh? —dije. E hice una áspera mueca, viendo que mi imagen se disolvía en confusas sombras, y sintiendo que la antigua cicatriz de la boca se ponía tirante para hacer horrible la mueca—. Soy Cargill, ciertamente. He estado arriba en el piso 38 durante seis años, ocupando un puesto de escritorio que cualquier empleado podría manejar. Usted, por ejemplo.

El hombre pareció turbarse. Era un pobre diablo que nunca había salido de los seguros y familiares límites de la Trade City terrana.

—¿Quiere decir que usted es el hombre que fue a Charin con disfraz, y desbarató La Lisse? ¿El hombre que exploró el Black Ridge y Shainsa? ¿Y usted ha estado trabajando en un escritorio arriba todos estos años? Es... difícil de creer, señor.

Mi boca se crispó. Había sido difícil para mí mismo creerlo mientras lo estaba haciendo.

—¿El pase?

—Ahora mismo, señor —respondió el empleado. Oprimió unos botones, y un impreso pedacito de plástico salió de una ranura abierta en la superficie de la mesa—. Su huella dactilar, por favor.

Y apreté mi dedo contra la suave y blanda cara del plástico, registrando indeleblemente la huella; esperó un momento para que se endureciera, luego metió el pedacito de plástico en el canal de un tubo neumático. Oí el ligero ruido de la ficha al caer dentro.

—Confrontarán su huella dactilar con eso cuando usted embarque en la nave. La salida no es hasta la madrugada, pero usted puede ir a bordo tan pronto como la brigada de operarios termine con ella —declaró el metódico empleado. Y miró de soslayo a la pantalla de televisión, donde se veía al pululante enjambre de obreros haciendo aún inexplicables cosas a la inmóvil nave cósmica—. Hay que esperar una hora o dos más. ¿A dónde va usted, señor Cargill?

—A algún planeta del grupo de las Híades. Vainwal, creo, o algo parecido a eso.

—¿Qué aspecto tiene aquello?

—¿Cómo debiera yo saberlo? Nunca he estado allá, tampoco. Sólo supe que Vainwal tenía un sol rojo, y que el embajador terreno podía emplear a un entrenado agente de la oficina de información. Y no tenerlo sujeto a una mesa de escritorio.

Había cierto respeto, y hasta envidia en la voz del hombrecillo cuando habló de nuevo.

—¿Podría yo... comprarle alguna bebida antes de que se embarque, señor Cargill?

—Gracias, pero tengo unos cabos sueltos por atar.

No era así, pero yo no quería pasar mi última hora en Wolf bajo la mirada de un pobre diablo atado a una mesa que prefería su segura posición secundaria.

Pero después que hube salido del departamento y del edificio, casi deseaba haber aceptado la invitación. Tendría que esperar por lo menos una hora antes de que pudiera embarcarme en la nave interestelar, con nada que hacer excepto machacar viejos recuerdos, que valía más tener olvidados.

El sol estaba más bajo ahora. Phi Coronis es un astro opaco, un astro agonizante, y una vez más allá del cenit carmesí del mediodía, su luz cae sesgadamente en un prolongado crepúsculo de un color rojizo claro. Cuatro de las cinco lunas de Wolf estaban agrupadas en un pálido ramillete en lo alto, insertando una tenue luz violada en el crepúsculo carmesí.

Las sombras eran azules y moradas en la vacía plaza mientras yo andaba a través de las piedras y estaba mirando hacia abajo de una de las calles laterales.

Unos cuantos pasos, y me hallé en un sucio barrio bajo que pudiera haber sido de un mundo distinto de la limpia y brillante Trade City situada al oeste del puerto del espacio. El distrito de Kharsa estaba activo y cargado de los ruidos y olores de vida humana y semihumana. Un niño desnudo, pequeño y de pelo rubio, pasó como un dardo entre dos de las hendidas casas de guija, y desapareció, derramando una frágil risa semejante a vidrio que se rompe.

Una bestezuela, medio culebra y medio gato, se arrastró a través de un tejado, extendió unas coriáceas alas, y batió en el suelo. El acre y mordicante humo de incienso de la abierta capilla de la calle hizo que las ventanas de mi nariz se encogieran, y una arrebujaada figura adentro, no humana, me lanzó una áspera y feroz mirada mientras yo pasaba.

Me volví, y desanduve lo andado. No había ningún peligro, por supuesto, tan cerca de la Trade City. Hasta en planetas tales como Wolf, las leyes del Imperio Terrano son acatadas dentro del alcance del oído de sus puertas. Pero había habido tumulto aquí y en Charin durante el mes pasado. Después de la manifestación de violencia de la chusma esta tarde, un aislado terrano, desarmado, pudiera aparecer como un solitario cadáver tirado en la gradería del edificio del cuartel general.

Hubo un tiempo en que yo había andado solo de Shainsa a la colonia polar. Sabía cómo confundirme con esta clase de noche, andrajoso e indiscernible, una raída capa echada alrededor de los hombros, sin armas excepto el puñal celta aguzado como el

filo de una navaja, sujeto al broche de la capa; caminando sobre las puntas de los pies como un habitante de Dry, no buscando, rastreando ni husmeando como un hombre de la Tierra.

Ese diablo del departamento de tráfico había hecho revivir cosas que sería más prudente que yo olvidara. Habían pasado seis años; seis años de lenta muerte detrás de una mesa escritorio, desde el día en que Rakhal Sensar me había dejado marcado; sanción de muerte escrita en mi rostro marcado con cicatrices, en todas partes fuera de los estrechos límites de la ley terrana en Wolf.

Rakhal Sensar... Mis puños se cerraron con el antiguo e impotente odio que sentía revivir en mí. ¡Si pudiera ponerle la mano encima!

Fue Rakhal quien primero me condujo a través de los desviados caminos del distrito de Kharsa, enseñándome la jerga de una docena de tribus, el gárrulo silbo de los hombres del Ya, el uso de los hombres gatos de los montes lluviosos, el argot de los mercados de ladrones, el modo de andar y el paso de los habitantes de Shainsa y Daillon y Ardarran, las resacas ciudades de polvorienta piedra salina que se extendía en los fondos de los desaparecidos océanos de Wolf. Rakhal era de Shainsa, un ser humano, alto como un hombre de la Tierra, curtido por la sal y el sol, y había trabajado por la oficina de información terrana desde que éramos unos muchachos. Habíamos recorrido juntos todo nuestro mundo, y lo habíamos encontrado bueno.

Y entonces, por alguna razón que nunca conocí, ello había acabado. Aún ahora, yo no estaba totalmente seguro del motivo por el cual el hombre había, ese día, prorrumpido en violencia y en una explosión final. Después había desaparecido, dejándome marcado. Y solitario; Juli se había ido con él.

Recorrí a zancadas las calles del barrio bajo sin ver, mis pensamientos seguían un familiar curso. Juli, mi hermanita, pegándose al cuello de Rakhal, los ojos grises de la muchacha mirándome con odio. Nunca le había vuelto a ver.

Eso había sido hacía seis años. Un lance más me había mostrado que mi utilidad para el Servicio Secreto había cesado. Rakhal desapareció, pero me había dejado un legado: mi nombre, escrito con los positivos rasgos de la muerte en todas partes fuera de los seguros límites de la ley terrana. Yo, ahora un hombre marcado, había retrocedido a un lento estancamiento detrás de un escritorio. Lo aguanté mientras pude.

Cuando finalmente la situación se puso demasiado mal, Magnusson había sido afable. Era el jefe de la oficina de información terrana en Wolf, y yo era el inmediato en línea para su puesto, pero el hombre comprendió cuando desistí. Él había arreglado el traslado y el pase, y yo salía esta noche.

Estaba otra vez cerca del puerto del espacio ahora, al otro lado de la capilla de la calle en la extremidad de la plaza. Era aquí que el menudo vendedor de baratijas había desaparecido. Pero era exactamente igual que un millar, un centenar de miles de otras semejantes capillas de calle en Wolf; una fumigación de incienso humeando y hediendo al frente de la imagen en cuclillas de Nebran, el Dios Sapo cuya faz y

símbolo están en todas partes en Wolf. Fijé la vista por un momento en el repugnante ídolo, luego me alejé despacio.

Las iluminadas cortinas del bar del puerto espacial atrajeron mi atención, y entré unos cuantos del conjunto de empleados del puerto vestidos con ropas de resguardo de las tempestades estaban tomando café junto al mostrador; un par de hirsutos chaks haraganeaban bajo los espejos en el distante extremo, y un trío de habitantes de Dry, rudos y curtidos hombres vestidos con una especie de capas carmesí y azul, estaban junto a la repisa de una pared comiendo vianda terrana con discreta dignidad.

Con mi ropa de trabajo me sentía más conspicuo que los chaks. ¿Qué lugar tenía un paisano aquí, entre el uniforme de los hombres del espacio y la colorada brillantez de los habitantes de Dry?

Una chata muchacha de cabello de alabastro vino a atenderme. Pedí jaco y bollos, y llevé las vituallas a una repisa de la pared cerca de donde estaban los habitantes de Dry. Su dialecto sonaba suave y familiar en mis oídos. Uno de ellos, sin alterar la expresión de su rostro ni el tranquilo tono de su voz, empezó a hacer detallados comentarios sobre mi entrada, mi aspecto, mi linaje y probablemente mis hábitos personales, todo descrito en el ricamente obsceno dialecto de Shainsa.

Eso había ocurrido anteriormente. El sentido del humor wolfiano es sólo semihumano. La chanza más aguda es censurar e insultar a un extraño, preferentemente a un hombre de la Tierra, en sus mismas barbas, en una lengua desconocida, del todo incomprensible. Con mi ropa de paisano, yo era obviamente un buen entretenimiento.

Una mirada o un gesto de resentimiento habría quitado presencia y dignidad —lo que los habitantes de Dry llaman su kihar— permanente. Me asomé y observé en su propio dialecto que, en algún tiempo futuro e indeterminado, aprovecharía la oportunidad para devolver sus cumplimientos.

Realmente no estaba impresionado.

En justicia debieran haberse reído, hecha alguna aguda observación sobre mi dominio de la lengua cruzando las manos en símbolo de una chanza decentemente vuelta contra ellos mismos. Luego nos habríamos invitado mutuamente a tomar unas copas, y estaríamos contentos y en paz.

Pero no ocurrió de ese modo. No esta vez. El más alto de los tres giró, tumbando el vaso mientras lo hacia. Oí el tenue ruido del vidrio al romperse mezclado con el chillido de la muchacha de cabello de alabastro, mientras una silla rechinaba. Se encararon conmigo tres de frente, y uno de ellos manoseó el broche de su capa.

Retrocedí marchando de lado, mi propia mano levantándose con rápido movimiento para alcanzar un puñal que yo no había llevado hacía seis años, y les hice frente abiertamente, esperando que podría alejar a fuerza de descaro la perspectiva de un tumulto. No me matarían, estando tan cerca del cuartel general, pero por lo menos me aguardaba algo desagradable. No podría manejar a tres hombres; y si los nervios estaban tan tirantes en Kharsa, yo pudiera ser acuchillado. Accidentalmente, por

supuesto.

Los chaks se lamentaban y farfullaban. Los habitantes de Dry me miraban ferozmente, y yo esperaba en tensión el momento en que su fija mirada estallara en violencia.

Luego me di cuenta de que estaban mirando, no a mí, sino algo o alguien detrás de mí. Los puñales fueron sujetados de nuevo a los broches de las capas.

Después los tres hombres tomaron de repente un aire decidido, se volvieron y corrieron. Corrían, tropezando con taburetes, dejando un asolamiento de bancos volcados y cacharros rotos tras ellos. Uno del trío se precipitó hacia el mostrador, blasfemó y siguió corriendo, renqueando. Lancé un suspiro. Algo había metido el temor de Dios en esos brutos, y no era mi propia disforme cara. Me volví y vi a la muchacha.

Era menuda, con ondeante cabello semejante a una retorcida masa de vidrio negro, rodeado de un ligero cerco ornamental de estrellas. Un lustroso cinturón negro ceñía su estrecho talle como abrazadas manos, y su vestido, enteramente blanco, llevaba un feo bordado de una parte a otra de los pechos, la insulsa figura de un convencional Dios Sapo, Nebran. Sus facciones eran delicadas, cinceladas, pálidas; un rostro propio de la población de Dry, enteramente de un ser humano, enteramente de mujer, pero mantenido en una extraña y aterradora quietud. Los grandes ojos tenían un brillo rojo. Estaban fijos, casi sin ver, pero los labios carmesí se torcían con cruel malignidad.

La muchacha estaba inmóvil, mirándome como si se preguntara por qué ya no había corrido hacia los otros. En un instante, la sonrisa se extinguió y fue sustituida por una expresión de asombro... ¿De reconocimiento?

Quienquiera que fuere, y fuere cual fuese su condición, me había evitado un disturbio, empecé a expresar formalmente las gracias, luego me detuve con pasmo. El bar se había vaciado, y estábamos completamente solos. Hasta los chaks se habían largado, saltando por una abierta ventana... Vislumbré el rápido movimiento de una cola que desaparecía.

Quedamos atónitos, mirándonos los dos mientras el Dios Sapo tendido por medio de los pechos de la muchacha se elevaba y descendía durante media docena de resuellos.

Luego di un paso hacia adelante, y en el mismo Instante la joven dio un paso hacia atrás. Con celeridad salió en seguida a la oscura calle. Me llevó sólo un momento meterme en la calle para ir tras de ella, pero mientras trasponía la puerta percibí una ligera agitación en el aire, semejante a la subida de ondas de calor a través de las planicies de sal al mediodía. Después la capilla de la calle estaba vacía, y en ninguna parte había rastro de la muchacha. Había desaparecido. Sencillamente, no estaba por ahí.

Me embobé delante de la vacía capilla. La joven había pasado adentro y se había disipado, como un jirón de humo, como...

—Como el menudo vendedor de baratijas que la chusma había ahuyentado de Kharsa —me dije.

Había ojos en la calle otra vez y, dándome cuenta de dónde estaba, me alejé. Los temples de Nebran están en todos los rincones de Wolf, pero este es un ejemplo donde la familiaridad no ocasiona menosprecio. La calle estaba oscura y parecía vacía, mas estaba llena de todos los pequeños ruidos de activa vida. Yo no pasaba inadvertido. Y meterme en una capilla de calle sería tan peligroso como los puñales de los tres alborotadores y vocingleros ciudadanos de Dry.

Me desvié y atravesé la plaza por última vez, dirigiéndome hacia el tinglado del puerto del espacio, echando a la muchacha de mi pensamiento como otro enigma de Wolf que nunca resolvería.

¡Cuan equivocado estaba!

CAPÍTULO III

Desde las puertas del puerto del espacio, cambiando breves saludos con los guardas, di un último vistazo al distrito de Kharsa. Por un momento jugueteé con la idea de desaparecer abajo de una de esas calles. No es difícil desaparecer en Wolf, si uno sabe. Y yo lo sabía, o lo había sabido en otro tiempo. ¿Fidelidad al imperio de Terra? ¿Qué me había dado Terra fuera de un gusto por el color y la aventura, allá en las poblaciones de Dry, y en seguida quitándomelo de nuevo?

Si un hombre de la Tierra es muy afortunado y muy cuidadoso, dura aproximadamente diez años en la oficina de información. Yo había aguantado dos años más de lo que me correspondía. Sin embargo, sabía lo suficiente para abandonar mi identidad terrana como una raída chaqueta. Podía salir en busca de Rakhal, arreglar nuestra sangrienta contienda, volver a ver a Juli...

¿Cómo podía volver a ver a Juli? ¿Cómo el asesino de su marido? De ningún otro modo. La contienda sangrienta en Wolf es un terrible y elaborado ritual del duelo formal. Y una vez yo saliera de las fronteras de la ley terrana, tarde o temprano Rakhal y yo chocaríamos. Y uno de nosotros moriría.

Miré atrás, sólo una vez, hacia las oscuras y serpenteantes calles lejos de la plaza. Luego me dirigí hacia las luces de color azul blanco que herían mis ojos, y la nave interestelar que relucía, enorme y detestable, delante de mí.

Un mayordomo vestido de blanco tomó mi huella dactilar y me condujo a una cámara del tamaño de un ataúd. Me trajo sándwiches y café. Yo no había, al fin y al cabo, comido en el bar del puerto del espacio; luego me introdujo en el casco metálico y me ató con correas, diestra y firmemente, a los cojinetes de aceleración, tirando de los cintos Garsen hasta que todo el cuerpo me dolía. Una larga aguja penetró en mi brazo, el narcótico que me mantendría felizmente adormecido todo el tiempo del terrible tirón de la aceleración interestelar.

Unas puertas rechinaron, los zumbadores eléctricos vibraron más abajo dentro de la nave, los hombres patullaban por los pasillos llamándose unos a otros y voceando en el habla de los puertos del espacio. Entendí una palabra entre cuatro. Cerré los ojos, no importándome. Al final del viaje habría otro astro, otro mundo, otra lengua. Otra vida.

Había pasado toda mi vida adulta en Wolf. Juli había sido sólo una niña bajo el rojo astro. Pero otro recuerdo, ese par de anchos ojos carmesí y el negro cabello peinado en bucles, semejante a retorcido vidrio negro, era lo que descendía conmigo al abismo del sueño...

Alguien me estaba meneando. —Ah, vamos, Cargill. Despierte, hombre. ¡Sacúdase las botas!

Mi lengua, llena de mal sabor y rígida, se movió torpemente, intentando ordenar

las palabras. —¿Qué ha ocurrido? ¿Qué quiere usted? Mis ojos vibraban. Cuando los abrí, vi a dos hombres con chaqueta de piel negra que se encorvaban sobre mí. Estábamos todavía dentro de la zona de gravedad.

—Salga del casco. Usted viene con nosotros.

—¿Qué...?

Aun a través de la somnolencia producida por el sedativo, percibí eso. Sólo un criminal, según la ley interestelar, puede ser apartado de un viaje con pasaje pagado en una nave cósmica una vez ha cumplido con todas las formalidades exigidas a bordo. Yo estaba legalmente, en este momento, sobre mi «planeta de destino».

—No he sido acusado...

—¿He dicho que lo fuera? —soltó uno de los hombres.

—Cállate, le han administrado una dosis de narcótico —dijo apresuradamente el otro—. Mire —continuó, pronunciando cada palabra fuerte y distante—, levántese ahora, y venga con nosotros. El coordinador parará si no salimos dentro de tres minutos, y habrá entorpecimientos. Ande, por favor.

Después yo estaba dando tropiezos a lo largo del iluminado y vacío pasillo, oscilando entre los dos hombres, dándome vagamente cuenta de que la tripulación debía creer que yo era un fugitivo cogido mientras intentaba salir del planeta.

Las trabas se dilataron. Un uniformado hombre del espacio nos observaba, mirando inquietamente un cronómetro. Se impacientaba.

—La oficina del despachador...

—Estamos haciendo lo que podemos —dijo el hombre de la fuerza del espacio—. ¿Puede andar, Cargill?

Podía, aun cuando mis pies eran un poco vacilantes en los escalones. La violada luz de la luna se había hecho más intensa hasta tomar un color de malva, y borascosas ráfagas lanzaban retorcidos zarcillos de arena contra mi rostro. Los hombres de la fuerza del espacio me conducían como a una oveja, uno a cada lado, a la entrada.

—¿Qué diablos es todo esto? ¿Ocurre algo con mi pase?

—¿Cómo he de saberlo? —Dijo el guarda, haciendo un mohín—. Magnusson expidió la orden, discútalos con él.

—Lo haré —musité—, créanme.

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—Diablos —dijo uno—, no está bajo arresto, no tenemos que arrastrarlo por ahí como un reo. ¿Puede andar bien ahora, Cargill? Usted sabe dónde está el departamento del Servicio Secreto, ¿no? En el piso 38. El jefe tiene necesidad de usted, y vaya allí aprisa.

Comprendía que no tenía sentido hacer preguntas, ellos obviamente no sabían más que yo. Inquirí, de cualquier modo.

—¿Están reteniendo la nave por mí? Debo salir en ella.

—No en esa —respondió el guarda, moviendo la cabeza a tirones hacia el puerto

del espacio.

Miré justamente a tiempo para ver a la nave oscurecida por el polvo mientras saltaba hacia arriba, brevemente emblanquecida a la luz de los reflectores del campo, y desaparecía en las ondulantes nubes en lo alto.

Mi cabeza se estaba aclarando aprisa, y la ira aceleraba la operación. El edificio del cuartel general estaba vacío en el frío silencio de poco antes del alba. Tuve que hacer levantar a un adormecido operario del ascensor, y mientras el ascensor se elevaba, mi ira subía con él. No trabajaba más por Magnusson. ¿Qué derecho tenía él, ni nadie, a sacarme de una nave de travesía interestelar como un criminal? Cuando entré en su despacho, yo estaba ansioso de pelea.

El departamento del Servicio Secreto estaba lleno de la claridad pardusca rosada de la mañana y de las amarillas luces dejadas encendidas desde la noche antes. Magnusson, frente a su escritorio, parecía como si hubiera dormido con su arrugado uniforme. Era un hombre fuerte y vigoroso como un toro, y su mesa llena de objetos en desorden, se parecía, como siempre, al rastro de un tifón en las planicies de sal.

La confusión estaba aumentada, aquí y allá, con solidópicos cubos de los cinco chicos de Magnusson, y, como de costumbre, Magnusson estaba jugando con uno de los cubos.

—Siento sacar esto en el último momento, Race —dijo sin levantar la vista—. Hubo apenas tiempo para expedir una orden de ir en busca de usted y hacerlo salir de la nave, pero no lo hubo para dar explicaciones.

—¡Parece que no puedo ni siquiera escapar del planeta sin mortificación! —exclamé, mirándole ferozmente—. Usted hizo concebir mucho todo el tiempo que estuve aquí, pero cuando trato de marcharme... ¿qué es esto, de cualquier modo? ¡Estoy cansado de que se me haga rondar por ahí!

Magnusson hizo un gesto conciliatorio.

—Espere a que oiga... empezó.

Y se interrumpió, mirando a alguien que estaba sentado en la silla enfrente de su escritorio, alguien vuelto de espaldas a mí. Luego la persona se contorció y quedé atónito, parpadeando y preguntándome si esto era una alucinación y yo despertaría en el casco de la nave interestelar, allá lejos en el espacio.

—¡Race, Race! ¿No me conoces? —gritó después la mujer.

Aturdido, di un paso. Y uno más. Luego la joven atravesó rápidamente el trecho que había entre nosotros dos; sus delgados brazos se enredaron alrededor de mi cuello, y la así, todavía lleno de estupor e incredulidad.

—Oh, Race, creí que me moriría cuando Mack me dijo que te ibas esta noche. Ha sido lo único que me ha mantenido viva, saber... saber que te vería —dijo la joven. Sollozaba y reía, ocultando el rostro en mi hombro.

Dejé que llorara por un momento, luego mantuve a mi hermana a la distancia del brazo. Por un instante había olvidado los seis años de alejamiento entre nosotros. Ahora los veía, la totalidad de ellos, estampados claramente sobre su rostro. Juli

había sido una linda muchacha. Seis años habían afinado y herloseado sus facciones, pero había tensión en la encorvadura de sus hombros, y sus grises ojos habían visto calamidades.

Parecía menuda y delgada y extremadamente endeble bajo los estrechos pliegues de su ropón de pieles, el ropaje de una mujer de la región de Dry. Sus muñecas estaban maniatadas; los apretados brazaletes adornados con piedras preciosas, trabados con los anillos de una larga y fina cadena de plateado brillo que batía un poquito, tenuemente, mientras sus manos caían a sus costados.

—¿Qué pasa, Juli? ¿Dónde está Rakhal?

Mi hermana temblaba, y ahora yo podía percibir que estaba en un estado de postración nerviosa.

—Se fue. Se fue, eso es todo lo que sé. Y... oh, Race, Race, ¡se llevó a Rindy consigo!

Por el tono de su voz, había creído que mi hermana estaba sollozando. Ahora me daba cuenta de que sus ojos estaban secos; estaba lejos de derramar lágrimas, su dolor era demasiado hondo para eso. Suavemente separé sus agarrados dedos y la acomodé de nuevo en la silla. Quedó sentada en ella como una muñeca; sus manos cayeron a sus costados con un tenue crujido de cadenas. Cuando los alcé y las puse en su falda, ella dejó que yacieran ahí inmóviles. Permanecí a su lado, y requerí:

—¿Quién es Rindy?

Mi hermana no se movió.

—Mi hija, Race. Nuestra pequeña.

—Bien, Cargill —interrumpió Magnusson, con voz áspera—, ¿debiera haber dejado que usted saliera?

—¡No sea necio!

—Temía que usted dijera a la pobre muchacha que tendría que vivir con sus propios errores —gruñó Magnusson—. Usted es capaz de ello.

Por primera vez, Juli mostró señales de animación.

—Temía dirigirme a usted, Mack. Usted nunca quiso que me casara con Rakhal, tampoco.

—Eso pasó ya —rezongó Magnusson—. Y tengo niños propios, señorita Cargill... señora... —Y se detuvo con apuro, recordando vagamente que en las poblaciones de Dry una impropia forma de tratamiento puede ser una grave afrenta.

Pero mi hermana adivinó su trance.

—Usted solía llamarme Juli, Mack. Eso basta, ahora.

—Usted ha cambiado —dijo sosegadamente Magnusson—. Juli, pues. Cuente a Race lo que me ha contado a mí. La totalidad de ello.

—No hubiera venido por mí misma... —dijo mi hermana, dirigiéndose a mí.

Yo sabía eso. Juli era orgullosa, y siempre había tenido el valor de vivir con sus propios errores. Cuando la vi al principio, comprendí que esto no sería nada tan sencillo como la queja de una esposa engañada o ni siquiera de una madre

abandonada o desamparada. Cogí una silla, y permanecí allí observando a mi hermana y escuchando.

—Usted cometió un error cuando echó a Rakhal del Servicio Secreto, Mack — empezó Juli—. A su modo, era el hombre más leal que usted tenía en Wolf.

Magnusson evidentemente no había esperado que Juli hiciera esta virada. Puso mal gesto y parecía estar desconcertado, moviéndose inquietamente en su gran sillón, pero como Juli no continuaba, obviamente esperando su respuesta, dijo:

—Juli, Rakhal no me dio ninguna opción. Nunca supe qué curso seguía su pensamiento. Ese pacto secreto que gestionó... ¿tiene usted alguna idea de cuánto costó eso al Servicio? ¿Y ha dado usted un buen vistazo al rostro de su hermano, Juli?

Juli alzó los ojos lentamente, y percibí que vacilaba. Yo sabía cómo se sentía. Durante tres años yo había mantenido mi espejo oculto, dejándome una desaliñada rama de barba porque ella disimulaba las cicatrices y me evitaba la dura prueba de encararme conmigo mismo para afeitarme.

—Sí, Rakhal es tan malo como eso. Pero todavía —susurró Juli.

—Es una satisfacción —dije.

Mack nos miró de hito en hito, desconcertado.

—Aún ahora, no sé sobre qué fue todo eso.

—Y nunca lo sabrá —dije, por la centésima vez—. Hemos tratado esto anteriormente. Nadie podría comprenderlo a menos que hubiera vivido en las poblaciones de Dry. No hablemos de ello. Habla tú, Juli. ¿Qué te trajo aquí de esta manera? ¿Qué me dices de la niña?

—No hay modo de que pueda relataros el final sin relataros el principio —dijo razonablemente Juli—. Al principio, Rakhal trabajaba como traficante en Shainsa.

No me sorprendió. Las poblaciones de Dry eran el centro del comercio terrano en Wolf, y era por su cooperación que el imperio de Terra existía aquí apaciblemente, en un mundo sólo medio humano, o menos.

Los hombres de las poblaciones de Dry vivían extrañamente equilibrados entre dos mundos. Habían hecho negociaciones con las primeras naves terranas, y de esta suerte dieron entrada a la cuña del Imperio Terrano. Sin embargo, permanecían orgullosos y aparte. Tan sólo ellos no habían cedido a la Terranización, que tarde o temprano alcanzará a todos los planetas del Imperio.

No había Trade Cities en las regiones de Dry; un hombre de la Tierra que fue allá sin defensa enfrentó mil veces la muerte, cada vez peor que la última. Había quienes decían que los hombres de Shainsa y Raillon y Ardcaran habían vendido el resto de Wolf a los terranos, para mantener a éstos alejados de sus propias puertas.

Hasta Rakhal, que había trabajado con la Terra desde la muchachez, había finalmente llegado a un punto de decisión y seguido su propio camino. Y no era el camino de Terra.

Eso era lo que Juli estaba diciendo ahora.

—No le gustaba lo que la Terra estaba haciendo en Wolf. No estoy tan segura de

que me guste a mí misma...

Magnusson la interrumpió de nuevo.

—¿Sabe usted qué aspecto ofrecía Wolf cuando vinimos aquí? ¿Ha visto usted la Colonia de Esclavos, la Aldea del Idiota? Su propio hermano fue a Shainsa y desconcertó La Lisse.

—¡Y Rakhal lo ayudó! —Le recordó Juli—. Aun después de dejarlos a ustedes, procuró mantenerse fuera de los asuntos. Podía haber revelado mucho que los perjudicara a ustedes, después de diez años en la oficina de información, usted sabe.

Yo lo sabía. Era, aún cuando no iba a decirle esto a Juli, una razón por la cual, al fin —durante esa terrible explosión de violencia que ninguna normalmente terrana podría comprender— yo había hecho todo lo que podía para aniquilarlo. Los dos sabíamos que después de esto, no habría espacio para ambos en el planeta. Podíamos seguir viviendo sólo dividiéndolo desigualmente. A mí se me había dado la lenta muerte en la zona terrana. Y Rakhal tenía todo el resto.

—¡Pero Rakhal nunca les reveló nada! Se lo digo, era uno de los hombres más leales...

—Sí, es un ángel —gruñó Mack—. Prosiga.

Juli no lo hizo, inmediatamente. En vez de ello, dirigió lo que parecía ser una desatinada pregunta.

—¿Es cierto lo que Rakhal me dijo? ¿Que el Imperio ha ofrecido una recompensa para un modelo práctico de transmisor?

—Ese ofrecimiento de recompensa ha estado vigente durante trescientos años, según el cómputo terrano. Un millón en dinero contante. No me diga que Rakhal estaba disponiéndose a inventar uno.

—No creo. Pero entiendo que él oyó rumores sobre uno. Decía que con esa clase de dinero podría negociar con los terranos para que no se metieran en Shainsa. Fue ahí donde empezó la cosa. Rakhal comenzó a ir y venir en extrañas ocasiones, pero no dijo nada más sobre ello. No quería hablarme en absoluto.

—¿Cuándo fue todo esto?

—Hace unos cuatro meses.

—En otras palabras, aproximadamente en el tiempo de los disturbios en Charin.

—Sí —asintió Juli—. Rakhal estaba allá en Charin mientras que soplaban el Viento de las Sombras, y volvió con unas cuchilladas en el muslo. Le pregunté si se había mezclado en el motín antiterreno pero no quiso decírmelo. Race, no entiendo de política. Realmente, no me importa. Pero aproximadamente en ese tiempo, la Gran Casa de Shainsa cambió de dueño. Estoy segura de que Rakhal tuvo algo que ver con eso.

—Y entonces —prosiguió Juli, retorciendo sus enlazadas manos en la falda—, Rakhal trató de mezclar a Rindy en ello. ¡Era insensato, horrible! Rakhal le había traído alguna clase de juguete no humano de una de las ciudades de las tierras bajas, Charin, creo. Era una cosa sobrenatural, fantástica; me asustaba. Pero Rakhal sentaba

a Rindy al sol y hacía que examinara el juguete, y Rindy decía toda clase de tonterías sobre hombrezuelos y pájaros y un fabricante de juguetes.

Las cadenillas de las muñecas de Juli batieron mientras ella retorció las manos. Tristemente, fijé la vista en la arropea. La cadena, que era larga, realmente no estorbaba mucho sus movimientos. Tales cadenillas eran ornamentos simbólicos, y la mayor parte de las mujeres de la región de Dry iban toda la vida con las manos encadenadas. Pero aún después de los años que yo había pasado en las poblaciones de Dry, la vista de esos adornos todavía me producía un ligero desasosiego, un vago malestar.

—Tuvimos una terrible pelea sobre eso —prosiguió Juli—. Yo estaba asustada, asustada de lo que esa chuchería estaba haciendo a Rindy. Tiré el juguete, y Rindy despertó y chilló... —Y Juli se detuvo, recobrando en seguida el dominio de sí misma.

—Pero no hay necesidad de que os hable de eso. Fue entonces que amenacé a Rakhal con dejarlo y llevarme a Rindy. El día siguiente... —De repente el histerismo que Juli había estado rechazando se desató, y ella bamboleó hacia adelante y hacia atrás en la silla, agitada y ahogada en sollozos—. ¡Rakhal se llevó a Rindy! Oh, Race, está loco, loco. Creo que aborrece a Rindy; Rakhal... oh, Race, rompió sus juguetes. Cogía todos los juguetes que la niña tenía y los rompía uno a uno, los hacía polvo, todos los juguetes que la niña tenía...

—Juli, por favor, por favor —suplicó Magnusson, agitado—. Si estamos tratando con un maniático...

—¡No me atrevo a pensar que Rakhal dañara a la pequeña! Me advirtió que no viniera aquí, o no volvería a ver jamás a la pequeña, pero aún cuando ello significara lucha contra la Terra tenía que venir. Pero, Mack, por favor, no haga nada contra Rakhal, por favor, por favor. Mi marido tiene a la niña, tiene a mi pequeña... —Su voz se quebró, y ocultó el rostro entre las manos.

Mack cogió el solidópico cubo de su hijo de cinco años, y lo hizo girar entre sus regordetes dedos, diciendo fríamente:

—Juli, tomaremos todas las precauciones. Pero ¿no puede usted comprender que tenemos que coger a Rakhal? Si se trata de un transmisor secreto, o algo parecido a eso, que esté en manos de los enemigos de Terra...

Yo podía comprender eso, también, por el angustiado rostro de Juli que se interponía entre mí y el cuadro del desastre. Cerré el puño alrededor del brazo de la silla, no sorprendido de notar que el frágil arricés de plástico crujía y se rajaba bajo mi agarro. Si hubiera sido el cuello de Rakhal...

—Mack, déjeme manejar esto. Juli, ¿busco a Rindy por ti?

La esperanza nació en el asolado rostro de mi hermana, y se extinguió, mientras yo esperaba.

—Race, Rakhal te mataría. O haría que te mataran.

—Haría lo posible —concedí.

En el momento en que Rakhal supiera que yo estaba fuera de la zona terrana, yo andaría con la muerte. Había aceptado el código durante mis años en Shainsa. Pero ahora era un hombre de la Tierra y sólo sentía desprecio.

—¿No puedes comprender? Una vez Rakhal sepa que estoy en libertad, ese mismo código suyo lo obligará a abandonar toda intriga, conspiración, llámase como se llame, y a venir en busca de mí primero. De ese modo hacemos dos cosas: sacarlo a él de la ocultación, y sacarlo de la conspiración, supuesto que haya una.

Miré a la trémula Juli, y algo se quebró. Me incliné hacia adelante y la levanté, no suavemente, mis manos clavándose en sus hombros.

—Y no lo mataré, ¿oyes? Rakhal quizá deseaba que yo lo hubiera hecho, cuando acabé con él... Le sacaré a golpes los diablos del cuerpo; hundiré los puños en su cuello. Pero lo arreglaré con él como un hombre de la Tierra. No lo mataré. ¿Me oyes, Juli? Porque eso es lo peor que podría hacerle: ¡Agarrarlo y dejarlo vivir después!

Magnusson dio un paso hacia mí y arrancó mis opresivas manos de los brazos de mi hermana. Juli se frotó las magulladuras maquinalmente, no sabiendo que lo estaba haciendo.

—Usted no puede hacerlo, Cargill —dijo Mack—. No llegaría hasta Daillon. No ha salido de la zona en seis años. Además...

Sus ojos reposaban de plano sobre mi rostro.

—Aborrezco decir esto, Race, pero, maldito sea, hombre; vaya a mirarse bien en un espejo. ¿Cree usted que lo habría sacado del Servicio Secreto, de otro modo? ¿Cómo diablos puede usted ocultarse ahora?

—Hay muchos hombres marcados con cicatrices en las poblaciones de Dry —dije—. Rakhal recordará las mías, pero no creo que ningún otro mirara dos veces.

Magnusson se encaminó a la ventana. Su enorme cuerpo parecía aún mayor enfrente de la luz, perceptiblemente oscureciendo el despacho. Examinó someramente el lejano panorama, la limpia y brillante Trade City más abajo y el vasto páramo que se extendía afuera. Yo podía casi sentir la viva actividad del mecanismo de su mente. Al fin, Mack se volteó.

—Race, he oído estos rumores anteriormente. Pero usted es el único al cual podía haber enviado para investigarlos, y no lo enviaría a sangre fría para que lo mataran. No pienso hacerlo ahora. La fuerza del espacio cogerá al hombre. Oí el bronco resuello de Juli, y dije: —Maldito sea. El primer paso que usted dé... No pude concluir. Rindy estaba en sus manos, y cuando conocí a Rakhal, él no era dado a hacer vanas amenazas. Los tres sabíamos lo que Rakhal pudiera hacer a la primera indicación de que el largo brazo de la ley terrana se estaba extendiendo para alcanzarlo.

—Por amor de Dios, dejemos que la fuerza del espacio se mantenga fuera de ello —dije—. Que la cosa se parezca a una cuestión personal entre Rakhal y yo, y arreglémoslo en esos términos. Recuerde que Rakhal tiene a la niña.

Magnusson suspiró. De nuevo cogió uno de los cubos y fijó la vista en el claro plástico, donde la tridimensional imagen de una niña de nueve años lo observaba, sonriente y pura. El rostro de Mack era transparente como el cubo de plástico. El jefe del Servicio Secreto obra tenazmente, pero tiene niños, y es tan blando.

Los ojos de Mack vagaron otra vez hacia el rostro de su hijita, allá en lo hondo del transparente cubo. Lo hizo girar en sus manos.

—Está bien, Cargill —dijo lentamente—, así estamos todos locos. Yo estaré loco, también. Pruebe a su modo.

CAPÍTULO IV

Al anochecer estaba preparado para partir. No había tenido ningunos cabos sueltos que atar en la Trade City, puesto que me había ya desprendido de la mayor parte de mis pertrechos antes de embarcarme en la nave interestelar. Nunca había estado en mejores circunstancias para partir para regiones desconocidas.

Mack, todavía en actitud de desaprobación, había abierto los archivos para mí, y yo había pasado la mayor parte del día en las piezas interiores del piso 38, escudriñando los legajos de la oficina de información para refrescar mi memoria, examinando las páginas de mis propios viejos informes enviados años ha desde Shainsa y Daillon. Mack había enviado a uno de los seres no humanos que trabajaban por nosotros, a comprar o adquirir en alguna parte de la antigua ciudad un equipo de habitante de Dry y las otras cosas que yo usaría y llevaría encima.

Me habría gustado ir yo mismo. Sentía que necesitaba la práctica. Sólo ahora empezaba a darme cuenta de cuánto podía haber olvidado durante los años pasados detrás de un escritorio. Pero hasta que estuviera preparado para hacer notoria mi presencia, nadie debía saber que Race Cargill no había salido de Wolf con la nave interestelar.

Sobre todo, no debía ser visto en el distrito de Kharsa hasta que fuera allá con el disfraz de la región de Dry el cual había llegado a ser, años ha, una honda segunda naturaleza, casi una alterna personalidad.

Hacia la anochecida anduve por las limpias callejuelas de la terrana Trade City con dirección a la mansión de Magnusson, donde Juli me estaba esperando.

La mayor parte de los hombres que participan en el servicio público del Imperio proceden de la Tierra, o de los cercados planetas de Próxima y Alpha Centaurus. Salen solteros, y permanecen de ese modo, o se casan con mujeres naturales de los planetas a donde son enviados.

Pero Joanna Magnusson era una de las raras mujeres de la Tierra que había salido con su marido, veinte años ha. Hay dos clases de mujeres de la Tierra de ese modo. Hacen de su vivienda algo parecido a un hogar, o algo parecido a un infierno. Joanna había hecho que su casa se pareciera a un transportado rincón de la Tierra.

Nunca supe enteramente qué pensar de la casa de Magnusson. Me parecía casi una locura vivir bajo un sol rojo, y pasar a un espacio iluminado con luz amarilla; morar en un mundo de la selvática belleza de Wolf, y sin embargo vivir como pudieran haber vivido en su planeta nativo. O quizás yo era el que no avanzaba al mismo paso que los otros. Había hecho la reprensible cosa que llamaban «hacerse indígena». Posiblemente había hecho sólo eso, incorporándome al nuevo mundo, había perdido la capacidad para encajar en el viejo.

Joanna, una rechoncha y reposada mujer de más de cuarenta años, abrió la puerta

y me dio la mano.

—Entre, Race. Juli lo está esperando.

—Es usted muy amable —proferí, inhábil para expresar mi gratitud.

Juli y yo habíamos venido de la Tierra; nuestro padre había sido un oficial en la antigua nave interestelar Landfall cuando Juli era sólo una niña. Había perecido en un naufragio frente a Procyon, y Mack Magnusson me había procurado un puesto en la oficina de información porque yo hable a cuatro de las lenguas de Wolf y rondaba por el territorio de Kharsa siempre que podía escaparme.

Los Magnusson habían también acomodado a Juli en su propia casa, como una hermana menor. No habían hablado mucho —porque querían a Rakhal— cuando llegó la ruptura. Pero esa terrible noche en que Rakhal y yo casi nos matamos el uno al otro, y Rakhal llegó con el rostro sangrante y se llevó a Juli consigo, los había herido con dureza. Sin embargo, ello los había hecho tanto más afables para conmigo.

—¡Tonterías, Race! —Dijo inmediatamente Joanna—. ¿Y qué más podíamos hacer? —Y me arrastró a lo largo del pasillo—. Puede hablar ahí dentro.

Me demoré un momento antes de pasar por la puerta que Joanna indicó.

—¿Cómo está Juli?

—Mejor, creo. La metí en la cama en el cuarto de Meta, y durmió la mayor parte del día. Estará pronto bien del todo. Lo dejaré a usted para que le hable —dijo Joanna. Y abrió la puerta y se fue.

Juli estaba despierta y vestida, y ya algo del terrible y frío horror había desaparecido de su rostro. Estaba todavía tensa y agitada, pero no histérica ahora.

El cuarto, uno de los dormitorios de los niños, no era grande. Ni siquiera en el primer puesto del Servicio Secreto, un agente de policía vive demasiado bien. No con la base de sueldos del servicio público de la Terra. Y con cinco chicos. Parecía como si la totalidad de los cinco niños lo hubieran hecho trizas, cada uno a su vez.

Me senté en una silla demasiado baja, y dije:

—Juli, no tenemos mucho tiempo. He de salir de la ciudad antes de que cierre la noche. Quiero informarme acerca de Rakhal, de lo que hace, de la vida que lleva ahora. Recuerda que hace años que no lo he visto. Cuéntame todo, sobre sus amigos, sus diversiones, todo lo que sepas.

—Siempre creí que lo conocías mejor que yo —dijo Juli.

Tenía una inquieta pequeña costumbre de enrollar los anillos de la cadencia alrededor de sus muñecas, y ello me ponía nervioso.

—Es rutina, Juli. Trabajo de policía. Mayormente obro de oído, pero trato de principiar siendo metódico.

Juli respondió a todo lo que le pregunté, pero la suma total no era gran cosa y no ayudaría mucho. Como dije, es fácil desaparecer en Wolf. Juli sabía que Rakhal había sido amigable para con los nuevos dueños de la Gran Casa de Shainsa, pero ni siquiera conocía sus nombres.

Oí que uno de los niños de Magnusson corría hacia la puerta de la calle y volvía,

llamando a su madre a gritos. Joanna tocó a la puerta del cuarto y entró.

—Hay un chak ahí fuera que quiere verle, Race.

Hice una seña afirmativa.

—Probablemente mi disfraz. ¿Puedo mudarme en el cuarto de atrás, Joanna? ¿Quiere guardarme la ropa aquí hasta que vuelva?

Me dirigí a la puerta y hablé al hirsuto ser no humano en la sibilante jerga de la región de Kharsa; y él me entregó lo que se parecía a un fardel de trapos. Había duros bultos dentro.

—He oído un rumor en el territorio de Kharsa, Raiss —dijo quedito el chak—. Quizás ello lo ayude. Tres hombres de Shainsa están en la ciudad. Vinieron aquí para buscar a una mujer que ha desaparecido, y a un confeccionador de juguetes. Regresan al amanecer. Quizás usted pueda concertarse para viajar en su caravana.

Le di las gracias y llevé el fardel adentro. En el vacío cuarto, me desnudé y desenvolví el fardel. Había unos rayados calzones en forma de saco, una deteriorada y raída capa con holgados bolsillos; un cinturón de presilla con la mitad del dorado desaparecido por el frote, asomando el metal bajo de ley; y unas botas bajas, de áspera superficie, anudadas con deshilachadas tiras de diferentes colores. Había también una pequeña colección de amuletos y sellos. Escogí dos o tres de la clase más corriente, y los ensarté alrededor de mi cuello.

Uno de los bultos del fardel era un pequeño tarro, que no contenía nada más que las ordinarias especias vendidas en el mercado, con las cuales los habitantes de Dry sazonan la comida. Me froté el cuerpo con un poco de polvillo, me metí una pulgarada en el bolsillo de la capa, y masqué unos cuantos de los cogollos, arrugando la nariz al sentir el ya poco familiar sabor.

El segundo bulto era un puñal, y a diferencia de las deterioradas y raídas prendas de vestir, este era nuevo y aguzado y brillante, y su filo tenía un brillo parecido al de una navaja de afeitar. Lo sujeté al broche de la capa; era un tranquilizador peso. Y era la única arma que podía atreverme a llevar.

El último de los objetos sólidos del fardel era una lisa caja de madera, aproximadamente de nueve por diez pulgadas. La abrí. Estaba dividida cuidadosamente en compartimientos provistos de pequeños cojines con absorbente plástico, y en ellos reposaban menudos pedacitos de vidrio, en Wolf tan preciosos como las joyas. Eran lentes; lentes de cámara, lentes de microscopio, hasta lentes para los ojos. Formando una compacta masa, había cerca de un centenar, colocados uno dentro de otro junto al esponjoso material protector.

Eran mi pretexto para hacer el viaje a Shainsa. Además de las necesarias cosas de comercio, unos cuantos artículos de fabricación terrana —tubos neumáticos, transistores, lentes para cámaras y microscopios, licores y pequeños utensilios primorosamente forjados— valen literalmente su peso en platino.

Aun en las ciudades a donde los terranos nunca han ido, estas cosas tienen unos precios exorbitantes, y traficar en ellas es un privilegio de las poblaciones de Dry.

Rakhal había sido traficante, así me lo dijo Juli, en finos artículos metálicos e instrumentos quirúrgicos. Wolf no es un planeta mecanizado, y nunca ha desarrollado un sistema industrial indígena; la psicología de los no humanos raramente tiende a los adelantos tecnológicos.

Anduve pasillo abajo otra vez, hacia el cuarto donde Juli estaba esperando. Captando una vislumbrante de mí mismo en un espejo de grandor natural, me sobresalté. Todos los vestigios del servidor público terrano, desgarrado e incómodo con su mal ajustada ropa, se habían disipado. Un habitante de la región de Dry, rudo y marcado con cicatrices, me observaba, y parecía que la expresión de su rostro era de asombro.

Joanna giró mientras yo entraba al cuarto y visiblemente palideció antes de que, recobrando el imperio sobre sí misma, emitiera una nerviosa risita.

—¡Ave María! ¡Race, no lo reconocía a usted!

—Ciertamente, yo... yo te recuerdo de mejor modo que ese —susurró Juli—. Eres... te pareces tanto a...

La puerta se abrió de repente y Mickey Magnusson entró en el cuarto precipitadamente, un regordete muchachito tostado por la luz de una lámpara solar de tipo terrano y rebosante de salud. Tenía en la mano alguna cosa brillante que despedía pequeños destellos y centelleos de color.

Ofrecí al muchachito una ancha sonrisa antes de que se diera cuenta de que iba disfrazado, de cualquier modo, y probablemente tenía un horrible aspecto. El pequeño retrocedió de prisa, pero Joanna puso su rolliza mano sobre el hombro de él, murmurando cosas confortantes.

Mickey fue hacia Juli haciendo pinitos, levantando el luciente objeto con las manos como si mostrara algo muy precioso y estimado. Juli se encorvó y extendió los brazos, luego su rostro se contrajo y trató de agarrar la chuchería. —Mickey, ¿qué es eso?

El niño lo ocultó rápidamente a su espalda con gesto protector. —¡Mío!

—Mickey, no seas malo —reprendió Joanna.

—Por favor, déjame verlo —instó Juli, y el pequeño lo presentó, lentamente, todavía receloso.

Era un esquinado prisma de cristal, en forma de estrella, engastado en un cerco que podía hacer que la estrella girara como un solidópico. Pero mostraba una nueva y cómica faz cada vez que se la hacía rodar.

Mickey la volteaba una y otra vez, encantado de ser el centro de atención. Parecía haber docenas de rostros, que cambiaban con cada giro del prisma, humanos y no humanos, todos confusos y ligeramente torcidos. Mi propio rostro, el de Juli, el de Joanna, salían en la superficie del cristal, no en fiel reflejo sino en caricatura.

Un ahogado sonido de Juli hizo que me volviera con espanto. Mi hermana se había dejado caer al suelo y estaba posada allí, pálida como la muerte, sosteniéndose con las dos manos.

—¡Race! Averigua dónde adquirió ésa... ¡esa cosa!

Me doblé y sacudí a Juli.

—¿Qué te pasa? —requerí.

Mi hermana había sido presa del confuso, sonambúlico horror de esta mañana.

—No es un juguete —susurró—. Rindy tenía uno igual. Joanna, ¿dónde lo consiguió el niño?

Y señaló la luciente cosa con una expresión de terror que habría causado risa si no hubiera sido tan genuina, y no hubiese estado tan llena de espanto.

Joanna ladeó la cabeza y arrugó la frente, reflexivamente.

—Pues, no sé, ahora que usted sale con esta pregunta. Creía que quizás uno de los chaks se lo había dado a Mickey. Lo compró en el bazar, tal vez. Está encariñado con él. ¡Levántese del suelo, Juli!

—Rindy tenía uno —dijo Juli, poniéndose de pie confusamente—. Eso... eso me aterrorizaba. Solía sentarse y lo miraba todo el rato, y... ya te lo conté, Race. Lo tiré una vez, y la niña despertó y chilló. Estuvo desgañitándose durante horas y horas, y salió a la oscuridad, buscándolo en el montón de basura, donde yo lo había escondido. Salió a la oscuridad, se rompió todas las uñas, pero lo desenterró de nuevo —y se detuvo, fijando la vista en Joanna, con una expresión de súplica en sus dilatados ojos.

—Bien, querida —dijo Joanna, con apacible y censurante benevolencia—, no necesita estar tan trastornada. No creo que Mickey le tenga tanto apego como eso al juguete, y, de cualquier modo, yo no voy a tirarlo —y pasó la mano por el hombro de Juli de un modo tranquilizador, luego dio a Mickey un ligero empujón con dirección a la puerta y se volvió para seguirlo—. Ustedes tendrán que hablar a solas antes de que Race se marche. Buena suerte, dondequiera que usted vaya, Race —dijo extendiendo la mano en seguida.

—Y no se inquiete por Juli —añadió, en voz baja—. Cuidaremos bien de ella.

Cuando retrocedí hacia Juli ella estaba de pie junto a la ventana, mirando a través del desigualmente filtrado vidrio que oscurecía la luz del rojo sol, dándole un color anaranjado.

—Joanna cree que estoy loca, Race.

—Cree que estás trastornada.

—Rindy es una niña rara, una verdadera muchachita de la región de Dry. Pero no es mi imaginación, Race, no. Algo hay... —Y de repente, Juli sollozó alto otra vez.

—¿Tienes nostalgia, Juli?

—Tenía, un poco, los primeros años. Pero era feliz, créeme —dijo mi hermana. Y volvió el rostro hacia mi; estaba brillante de lágrimas—. Tienes que creer que nunca lo sentí, ni por un momento.

—Me alegro —dije torpemente—. Esto fue algo admirable.

—Pero ese juguete...

—¿Quién sabe? Pudiera ser una pista para descubrir algo.

El juguete me había traído alguna cosa a la memoria, además, y trataba de recordar qué era. Había visto juguetes de naturaleza no humana en el distrito de Kharsa, hasta los había comprado para los niños de Mack. Cuando un soltero es invitado frecuentemente a una casa donde hay cinco chicos, es casi el único modo en que puede recompensar esa hospitalidad, trayendo a los niños fruslerías y baratijas curiosas. Pero nunca había visto nada enteramente igual a ésta, hasta...

... Hasta ayer. El juguetero que habían ahuyentado del distrito de Kharsa, el que se había introducido a hurtadillas en la capilla de Nebran y había desaparecido. El hombrezuelo llevaba una docena de esos objetos brillantes en forma de prisma y estrella.

Traté de formar un cuadro mental del menudo vendedor de juguetes. No tuve mucha suerte. Sólo lo había visto durante la rápida mirada lanzada desde debajo de su capucha.

—Juli, ¿has visto alguna vez a un hombrecillo, parecido a un chak pero más menudo, encarrujado, corcovado? Vende chucherías...

—No creo —dijo Juli, con aparente turbación—, aún cuando hay chaks enanos en las ciudades polares. Pero estoy segura de que nunca he visto uno.

—Fue sólo un pensamiento. Pero era algo en que meditar. Un juguetero se había perdido de vista. Rakhal, antes de desaparecer había roto todos los juguetes de Rindy. Y una chuchería de cristal mañosamente tallada había puesto a Juli histérica.

—Más vale que me vaya antes de que esté demasiado oscuro —dije. Me abroché la última hebilla de la capa, aseguré el puñal firmemente, y conté el dinero que Mack me había anticipado para gastos—. Quiero entrar en el territorio de Kharsa y buscar la caravana que se dirige a Shainsa.

—¿Vas allí, primero?

—¿A qué otro lugar, sino allí?

Juli se volvió, apoyando una mano en la pared. Parecía estar débil y enferma, tener más años de los que tenía. De repente echó sus delgados brazos alrededor de mí, y un anillo de la cadena que ceñía sus manos me batió con fuerza, mientras ella exclamaba:

—¡Race, Race, te matará! ¿Cómo puedo vivir con eso sobre mi conciencia, además?

—Se puede vivir con muchísimo sobre la conciencia —dije, desasiendo sus brazos firmemente de mi cuello.

Un anillo de la cadena se enganchó en el broche de mi capa, y de nuevo algo se quebró dentro de mí. Agarré la cadena con las dos manos y di un fuerte tirón, apoyando el pie en la pared. Los anillos se soltaron. Un volante cabo batió a Juli debajo del ojo. Arranqué los sellos de las bocamangas con piedras preciosas, los quité de sus brazos, y eché todo el conjunto en un rincón, donde cayó con un crujido.

—¡Maldito sea! —rugí—. ¡Eso se acabó! ¡No vas a llevar esas cosas nunca más!

Quizá después de seis años en las poblaciones de Dry, Juli empezaba a imaginar lo

que esos seis años pasados detrás de un escritorio habían significado para mí.

—Juli, buscaré a tu Rindy por ti, y traeré a Rakhal vivo. Pero no me pidas más que eso. Sólo vivo. Estaría vivo cuando yo acabara con él. Ciertamente, estaría vivo. Tan sólo.

CAPÍTULO V

Estaba anocheciendo cuando paré por una puerta lateral, andrajoso e indiscernible, y salí a la plaza del puerto del espacio. Más allá de las lámparas amarillas, percibía que la antigua ciudad empezaba a tomar animación con la cayente noche. De las hendidas casas de guija, hombres y mujeres, humanos y no humanos, salían a las calles iluminadas por la luna.

Si alguien me vio atravesar la plaza, de lo cual dudaba, me tomaron simplemente por otro cualquiera. Un vagabundo de la región de Dry, ansioso de conocer el mundo de los extranjeros procedentes de allende las estrellas, y el cual, satisfecha la curiosidad, volvía al lugar en donde residía. Torcí por una de las sombrías callejuelas que se desviaban, y pronto estuve caminando en la oscuridad.

El territorio del Kharsa no me era desconocido a mí como terrano, excepto por los últimos seis años en que había visto sólo su faz de día. Dudaba que hubiera una docena de hombres de la Tierra en la antigua ciudad esta noche, aún cuando vi a uno en el bazar, mugriento y obviamente borracho; uno de los que andan, renegados y sin casa ni hogar, entre dos mundos, no perteneciendo a ninguno. Esto era lo que yo casi había llegado a ser.

Avancé colina arriba por las ascendentes calles. Una vez me volví, y vi debajo de mí el fuertemente iluminado puerto del espacio, la oscura mole de muchas ventanas del rascacielos, como un pedazo de disorde sombra en la luz rojo violeta de la luna. Volví la espalda a todo eso y seguí andando.

En la orla del mercado de ladrones me detuve afuera de una taberna donde los habitantes de la región de Dry eran recibidos con agasajo. Una rubia niña no humana murmuró algo mientras corría con cortos y vivos pasos cerca de mí en la calle, y me paré, presa de un espasmo de nerviosidad semejante al que experimenta uno al presentarse ante un público por primera vez. ¿Se había el dialecto de Shainsa entorpecido en mi lengua? A los espías se les daba poco tiempo entre la condenación y el castigo aquí en Wolf, y a una milla del puerto del espacio, yo podía igualmente haber estado en una de esas lunas. No había guardas del puerto espacial a mi espalda ahora. Y alguien pudiera recordar la rondalla de un hombre de la Tierra con un rostro marcado con cicatrices que había ido a Shainsa con disfraz.

Contraje la capa alrededor de mis hombros, empujé la puerta y entré. Había recordado que Rakhal me estaba esperando. No detrás de esta puerta, sino al término del sendero, detrás de alguna otra puerta, en alguna parte. Y tenemos un trillado dicho en Shainsa: Un sendero sin principio no tiene fin.

Ahí mismo me detuve pensando en Juli, Rindy, el Imperio Terrano, o lo que Rakhal, que conocía demasiados de los secretos de la Terra, pudiera hacer si se había vuelto renegado. Mis dedos subieron y acariciaron, de un modo pensativo, el costurón

de tejido de cicatriz a lo largo de mi boca. En ese momento yo estaba pensando sólo en Rakhal, en una no arreglada contienda sangrienta, y en mi venganza.

Unas lámparas rojas ardían dentro de la taberna, donde los hombres se recostaban en sucios canapés. Tropecé con uno de ellos, encontré un sitio vacío y me dejé en él, colocándome automáticamente en la indolente posición de los habitantes de Dry que estaban ahí dentro. En público se tenían derechos, tiesos y solemnes, hasta para comer y beber. Entre ellos mismos, nada más que el relajamiento de los miembros del cuerpo revelaba una insolente vigilancia; sólo un hombre que teme el asesinato secreto se mantiene alerta.

Una muchacha con una enmarañada trenza colgando a su espalda vino hacia mí. Sus manos no estaban encadenadas, significando que era una mujer de la clase más baja, no digna de guardar.

Su blusa de piel estaba raída y llena de mugre. La envié a por vino. Cuando este llegó resultó ser pasmosamente bueno, el dulce y aleve vino de Ardcaran. Lo sorbí despacio, mirando alrededor.

Si una caravana para Shainsa salía mañana, lo sabrían aquí. Una palabra mía diciendo que yo regresaba allá me traería por rigurosa costumbre, una invitación a viajar en su compañía.

Cuando envié la mujer a por vino una segunda vez, un hombre posado en un cercano canapé se levantó, y avanzó hacia mí.

Era alto, hasta para un habitante de la región de Dry, y había algo vagamente familiar en él. No era ninguna gentuza del distrito de Kharsa, tampoco, pues su capa era de excelente seda entrelazada de hilos metálicos, e incrustada de macizos bordados. El puño de su puñal estaba esculpido con una única gema verde. Estuvo mirándome arrogantemente por algún tiempo antes de que hablara.

—No he olvidado la voz, aún cuando no puedo traer su rostro a la memoria. ¿Tengo una obligación para con usted?

Yo había hablado en la jerga a la muchacha, pero el hombre se dirigió a mí en el alegre y cadencioso lenguaje de Shainsa. No di ninguna respuesta, sólo le hice gestos para indicarle que se sentara. En Wolf, la formalista cortesía exige una serie de atentas *non sequiturs*, y mientras que una directa pregunta linda simplemente con la rudeza, una directa respuesta es la señal de un gahnápiro.

—¿Un trago?

—Me he unido a usted sin ser invitado —replicó el hombre, y llamó a la muchacha de enmarañada cabeza—. ¡Tráenos mejor vino que esta bazofia!

Con esas palabras y el gesto lo reconocí, y apreté los dientes con fuerza contra el labio. Este era el hablador que había mostrado deseos de pelea en el bar del puerto del espacio, y huido antes que la enigmática muchacha con el signo de Nebran sobre su pecho.

Pero con esta débil luz, él no me había reconocido a mi. Entré deliberadamente en la plena soflama roja. Si el hombre no me discernía como el terrano al cual había

retado la noche pasada en el bar del puerto del espacio, era improbable que algún otro me reconociera. Me miró descaradamente por unos minutos, pero al fin sólo se encogió de hombros y escanció el vino de la botella que había pedido.

Después de tres tragos supe que se llamaba Kyrál y que era traficante en cuerdas metálicas y primorosos utensilios de acero en las poblaciones de raza no humana. Y yo le había dado el nombre que había escogido para mí: Rascar.

—¿Piensa volver a Shainsa? —preguntó Kyrál.

Precaviéndome de una trampa, vacilé, pero la pregunta parecía inocente, por tanto sólo opuse:

—¿Hace mucho que está usted en el territorio de Kharsa?

—Unas semanas.

—¿Traficando?

—No —respondió Kyrál. Y recurrió al vino de nuevo—. He estado buscando a un miembro de mi familia.

—¿Lo encontró?

—Una mujer —dijo Kyrál, y escupió ceremoniosamente—. No, no la encontré. ¿Cuál es su ocupación en Shainsa?

Reí brevemente entre dientes.

—En realidad, estoy buscando a un miembro de mi familia.

Kyrál frunció los párpados como si sospechara que me estaba burlando de él, pero la reserva personal es la más rígida convención de las poblaciones de Dry y tal burla mostraría una perceptible desatención para las preguntas inquiridoras si yo no quisiera contestarlas. No preguntó más.

—Puedo emplear a un hombre adicional para manejar las cargas. ¿Es usted experto con los animales de carga? Si es así, está a la disposición de usted viajar bajo la protección de mi caravana.

Accedí. Luego, considerando que Juli y Rakhal tenían, al fin y al cabo, que ser conocidos en Shainsa, pregunté:

—¿Conoce usted a un traficante que se llama Sensor?

Kyrál se estremeció ligeramente; vi que sus ojos se movían a lo largo de mis cicatrices. Luego la reserva, como una bajada cortina, se cerró sobre su rostro, ocultando un fugaz vislumbre de satisfacción.

—No —mintió, y se levantó.

—Salimos con la primera luz del día. Tenga sus pertrechos preparados —dijo. Me tiró algo, y lo cogí en el aire. Era una piedra grabada con el nombre de Kyrál en los símbolos de Shainsa—. Puede dormir entre la caravana si lo desea. Muestre ese distintivo a Cuinn.

La caravana de Kyrál estaba acampada en un atrancado campo más allá de las más distantes puertas del distrito de Kharsa. Aproximadamente una docena de hombres estaban activos cargando a los animales de carga —caballos traídos de Darkover, mayormente. Pregunté al primer hombre que encontré por Cuinn. Él señaló

a un corpulento sujeto envuelto en una brillante capa roja, que estaba atareado graznando a uno de los jóvenes por el modo en que había puesto una albarda sobre su acémila.

El habla de Shainsa es un excelente lenguaje para blasfemar, pero Cuinn tenía un especial talento en ello. Miré con admiración mientras esperaba a que el hombre cesara de modo que pudiera pasarle el distintivo de Kyrál.

A la luz del fuego vi lo que había casi esperado: ese hombre era el segundo de los habitantes de Dry que había tratado de irritarme en el bar del puerto espacial. Cuinn escasamente aludió a la tallada piedra y me la echó de nuevo, señalando uno de los caballos de carga.

—Cargue sus pertrechos personales sobre ése, luego póngase activo y enseñe a este cabeza de hongo que lleva sandalias —una injuria que incluía implicaciones particularmente sucias en Shainsa— cómo hay que asegurar una correa de carga.

Respiró fuerte y empezó a echar ternos al desdichado muchacho de nuevo, y yo me sosegué. Evidentemente no me había reconocido, tampoco. Tomé la correa en mi mano, guiándola a través de la abrazadera de la silla.

—De ese modo —dije al muchachito.

Y Cuinn cesó de blasfemar el tiempo suficiente para otorgarme una breve seña de agradecimiento, y señaló un montón de encajonados y encastados objetos.

—Ayúdale a cargar. Tenemos necesidad de salir de la ciudad al amanecer —ordenó, y se fue para echar ternos a algún otro.

Kyrál reapareció a la madrugada, y unos minutos después el campamento había desaparecido; todo lo quedaba de él era una pequeña dispersión de objetos en desorden, y nosotros estábamos en camino.

La caravana de Kyrál, a pesar de las execraciones de Cuinn, estaba bien dirigida y bien manejada. Los hombres eran habitantes de las poblaciones de Dry; había once, callados y competentes, y la mayor parte de ellos muy jóvenes. Estaban alegres en el camino, manejaban a los animales de carga capazmente, durante el día, y pasaban la mayor parte de las noches agrupados alrededor del fuego, jugando silenciosamente con la tirada de los prismas de cristal tallado que usaban como dados.

A los tres días de haber salido del distrito de Kharsa empecé a desazonarme por Cuinn.

Era, por supuesto, una ostensible mala suerte encontrar a la totalidad de los tres hombres del bar del puerto espacial en la caravana de Kyrál. Kyrál obviamente no me había reconocido, y ni siquiera a la luz del día me prestaba atención, excepto para dar una ocasional orden. El segundo de los tres era un nervudo muchachito que probablemente nunca me echó una segunda mirada, ni mucho menos una tercera.

Pero Cuinn era otra cosa. Era un hombre de mi propia edad, y sus fieros ojos tenían una sutileza de la cual no me fiaba. Más de una vez lo sorprendí observándome, y en las dos o tres ocasiones en que me atrajo a una conversación, encontré sus preguntas más directas de lo que permitían los buenos modales de las

ciudades de Dry. Consideré la posibilidad de que pudiera tener que matarlo antes de que llegáramos a Shainsa.

Atravesamos las bajas colinas y empezamos a subir hacia los montes. Los primeros días me encontré respirando con dificultad mientras subíamos con esfuerzo hacia el más denso aire, luego mi aclimatación retornó y empecé a ajustarme al patrón de los días y noches en el sendero. La Trade City era todavía un faro en la noche, pero su soflama sobre el horizonte se hacía más confusa con cada día de marcha.

Subimos más alto, a lo largo de peligrosos senderos donde los hombres tenían que descabalgarse y dejar que los animales de carga avanzaran solos, paso a paso. Aquí en estas altitudes el sol al mediodía fulguraba con luz más roja y más brillante, y los habitantes de la región de Dry, que proceden a los resecos terrenos de los fondos de mares, estaban quemados y llenos de ampollas por la violenta luz. Yo había crecido bajo el resplandeciente sol de Terra, y un sol rojo como el de Wolf, hasta cuando era más ardiente, no me ocasionaba ninguna molestia. Esto tan sólo me habría hecho sospechar. Otra vez vi que los fieros ojos de Cuinn me observaban.

Según atravesábamos los pasos y empezábamos a descender por el largo sendero a través de los densos bosques, penetrábamos en territorio de seres no humanos. Corriendo de prisa contra el Viento de las Sombras,ladeamos la región alrededor de Charin, y los bosques habitados por los terribles hombres del Ya, criaturas semejantes a los pájaros que se vuelven caníbales cuando sopla el Viento de las Sombras.

Luego el sendero serpenteaba a través de más densos bosques de índigos y zarzales de un color morado pardusco, y de noche oímos los aullidos de los hombres gatos de estas latitudes. De noche situamos guardas cerca de la caravana, y los espacios oscuros y las sombras estaban llenas de ruidos y olores y susurros extraños.

Sin embargo, las marchas de día y las guardias de noche pasaron exentas de acontecimientos notables hasta la noche en que participé de la guardia con Cuinn. Yo me había situado en el borde del campamento, con el fuego detrás de mí. Los hombres estaban durmiendo y roncando, arrebujados apretadamente alrededor del fuego. Los animales trabados con cuerdas dobles, de las patas delanteras a las traseras, se meneaban inquietamente y soltaban prolongados y pavorosos plañidos.

Oí que Cuinn pasaba detrás de mí. Percibí un crujido en la margen del bosque, una agitación y un murmullo al otro lado de los árboles, y me volví para hablarle; luego vi que se escabullía hacia las inmediaciones del claro.

Por un momento no pensé nada de ello, creyendo que Cuinn estaba dando unos pasos hacia el espacio entre los árboles donde había desaparecido. Supongo que tenía la idea de que se había escabullido para investigar algún ruido o sombra sospechosas, y que yo debiera estar cerca.

Luego vi la vacilante flama de luz al otro lado de los árboles; ¡la luz de la linterna que Cuinn había estado llevando en la mano! ¡Estaba haciendo señas!

Quitó el corchete de seguridad del puño de mi puñal y fui tras de Cuinn. A la

confusa soflama del fuego se me antojó que veía ojos luminosos que me observaban; sentí un hormigueo en la piel de mi espalda, detrás de Cuinn, y brinqué. Nos enredamos en una maraña de piernas y brazos batientes, y en menos de un segundo Cuinn había sacado su puñal y yo estaba agarrando su muñeca, tratando desesperadamente de alejar la afilada hoja de mi cuello.

—¡No sea necio! —exclamé, con voz entrecortada—. ¡Un grito, y todo el campamento despertará! ¿A quién estaba usted haciendo señas?

A la luz de la caída linterna, unos labios se contrajeron con un gruñido; Cuinn parecía casi infrahumano. Estiró el brazo con el cual sujetaba el puñal por un momento, luego soltó el arma.

—Déjeme ponerme de pie —dijo.

Yo me levanté y eché de un puntapié el caído puñal hacia él.

Aparte eso. ¿Qué diablos estaba usted haciendo? ¿Tratando de echar a los hombres gatos sobre nosotros?

Por un momento Cuinn pareció estar cortado, luego su fiero rostro se contrajo otra vez y dijo furiosamente:

—¿No puede un hombre marcharse del campamento sin ser casi estrangulado?

Le lancé una mirada feroz y penetrante, pero me di cuenta de que realmente yo no tenía nada a que atenerme. Cuinn podía haber estado respondiendo a una llamada de la naturaleza, y el movimiento de la linterna haber sido accidental. Y si alguno hubiera saltado sobre mi desde detrás, yo mismo podía haber blandido un cuchillo ante él. Por tanto, sólo dije:

—No vuelva a hacerlo. Todos estamos demasiado agitados.

No hubo otros incidentes esa noche, ni la siguiente. La noche inmediata, mientras yo yacía arrebujado con mi capa y la manta cerca del fuego, vi que Cuinn salía de su camastro sin ser observado y se marchaba a hurtadillas. Un momento después hubo un fulgor en la oscuridad, pero antes de que yo pudiera reunir la determinación para levantarme y hacerle cara a Cuinn, él volvió, miró cautamente a los roncantes hombres, y se metió otra vez dentro de las mantas.

Mientras estábamos desenfundando en el siguiente campamento, Kyril se paró a mi lado.

—¿Ha oído algo sospechoso últimamente? Tengo la idea de que nos están siguiendo el rastro. Saldremos de estos bosques mañana, y después de eso es libre sendero todo el camino hasta Shainsa. Si va a ocurrir algo, ocurrirá esta noche.

Deliberé sobre si debía hablarle de las señales de Cuinn. No, tenía mi propia ocupación esperándome allá en Shainsa. ¿Por qué mezclarme en alguna otra, privada intriga?

—Los pondré a usted y a Cuinn de guardia otra vez. Los viejos se adormecen ligeramente, y los jóvenes pasan el tiempo forjando ilusiones o ganduleando. Esto está bien las más de las veces, pero necesito alguno que se mantenga vigilante esta noche. ¿Conocía usted a Cuinn antes de esto?

—Nunca me fijé en él.

—Es extraño, yo tenía la idea de que... —dijo Kyril. Se encogió de hombros y se desvió; luego se detuvo.

—No lo piense dos veces respecto a despertar al campamento si hay algún disturbio. Vale más una falsa alarma que una emboscada que nos coja a todos dentro de las mantas. Si ello parara en una lucha, pudiéramos hallarnos en una mala situación. Todos llevamos puñales, pero no creo que haya una arma fuerte en todo el campamento, ni mucho menos un arma de fuego. ¿No tiene usted una, por casualidad?

Después que los hombres se hubieron guarnecido, Cuinn, patrullando el campamento, se paró un momento a mi lado y levantó la cabeza con dirección al crujiente bosque.

—¿Qué pasa allá?

—¿Quién lo sabe? Hombres gatos que están rondando, probablemente, pensando que los caballos constituirían un buen manjar, o tal vez nosotros.

—¿Cree que parará en una lucha?

—No sabría decirlo.

Cuinn me examinó por un momento, sin hablar.

—¿Y si fuera así? —dijo luego.

—Nos batiríamos.

En seguida me contuve, porque Cuinn había hablado en el normal lenguaje terrano, y yo, sin pensar había respondido en el mismo idioma. Cuinn hizo una mueca, mostrando unos blancos y aguzados dientes.

—¡Lo suponía!

Así su hombro y requerí ásperamente:

—¿Y qué va uno a hacer sobre ello?

—Eso depende de usted —respondió—, y de lo que necesite en Shainsa. Dígame la verdad. ¿Qué estaba haciendo en la zona terrana? —Y no me dio oportunidad para contestar—. Usted sabe quién es Kyril, ¿no?

—Un traficante —dije— que me paga mi salario y no se mete donde no le llaman.

Retrocedí, con la mano sobre el puñal, preparado para una repentina embestida. Cuinn no hizo ningún gesto agresivo, sin embargo.

—Kyril me hizo saber que usted había estado haciendo preguntas acerca de Rakhal Sensar —dijo—. Hábil. Mas yo, por mí mismo, podría haber dicho a usted que él nunca se fijó en Rakhal. Yo...

Se detuvo, oyendo un ruido en el bosque, un prolongado e imponente alarido.

—Si usted ha echado a los hombres gatos sobre nosotros... —susurré.

Cuinn movió la cabeza vivamente.

—Tenía que correr ese riesgo, para dar aviso a los otros. No surtiré efecto. ¿Dónde está la muchacha?

Apenas le oí. Estaba oyendo el chasquido de ramitas, y unos silenciosos y furtivos pasos. Me volví para dar un grito que despertara el campamento, y Cuinn me asió con fuerza, diciendo insistentemente:

—¡Aprisa! ¡Dónde está la muchacha! ¡Retroceda y dígame que ello no surtirá efecto! Si Kyril sospechara...

No terminó la frase. Justamente desde detrás de nosotros llegó otro de los prolongados e imponentes alaridos. Alejé a Cuinn a fuerza de golpes, y de repente la noche se llenó de agachadas formas que descendían sobre nosotros como un torbellino.

Grité furiosamente mientras el campamento se animaba con hombres que salían de entre mantas forcejeando, luchando por la vida misma. Corrí diligentemente, todavía gritando, hacia el cercado donde habíamos atado los caballos. Un hombre gato, delgado y cubierto con negras pieles, estaba agachado y cortando las cuerdecillas que sujetaban el animal más cercano. Me lancé sobre él. El hombre gato estalló, arañando, rayando mi hombro con garras que rasgaban la dura tela como papel. Arrebaté mi puñal y tiré tajos y reveses hacia arriba. Las garras se contrajeron en mi hombro y chillé de dolor. Luego el repugnante ser aulló y se alejó, arañando en el aire. Se encogió y quedó tendido, inmóvil.

Cuatro disparos en rápida sucesión sonaron en el claro. Kyril en contra, alguno debía de haber llevado una pistola. Oí que uno de los hombres gatos gemía, con un ronco y agonizante chirrido. Alguna cosa oscura agarró mi brazo, y tiré tajos con el cuchillo, descendiendo mientras otra serie de garras se hincaba en mi espalda, rodantes y arpantes.

Me arreglé para acuñar las patas delanteras del hombre gato debajo de mi codo, mi rodilla hincada en su espinazo. Me levanté y me bajé alternativamente, doblé al extraño ser hacia atrás, hacia atrás hasta que chilló, con un agudo gemido.

Luego sentí que el espinazo se quebraba y el inerte animal lloró una vez, con el lloro de un niño, escapando sólo aire de los desfallecientes pulmones, y se escurrió flojamente de mi muslo. Erguido no habría tenido más de cuatro pies de altura, y a la luz del agonizante fuego podía haber sido un inerte lince.

—Rascar...

Oí un sonido entrecortado, un gemido. Giré y a Kyril que sucumbía, agitándose, ahogándose entre media docena o más de los fieros seres semihumanos. Salté sobre la confusión de cuerpos, arranqué uno con un fuerte agarro, le acuchilló el cuello.

Eran fáciles de matar.

Oí un agudo y vivo chillido en su maulladora lengua. Luego los hirsutos y negros seres parecieron disiparse en el bosque tan silenciosamente como habían venido. Kyril, aturdido, goteando sangre de su frente, con el brazo hendido hasta el hueso, estaba abatido en el suelo, todavía atontado.

Alguien tenía que encargarse de ellos. Y grité:

—¡Luces! Traigan luces. Los hombres gatos no volverán si tenemos suficiente

luz; sólo pueden ver en la oscuridad.

Alguno avivó la lumbre. Se encendió en llama mientras amontonaban ramas secas y rudamente ordené a uno de los muchachitos que llenara todas las linternas que pudiera encontrar y las encendiera. Cuatro de los inertes hombres gatos yacían en el claro. El muchacho al cual había ayudado a cargar los caballos, el primer día, contempló fijamente uno de los hombres gatos, medio destripado por el puñal de alguno, y de repente se lanzó hacia los arbustos, donde oí que vomitaba.

Indiqué a los otros, de más fuertes estómagos, que quitaran los destrozados cuerpos del claro y retrocedieran para inquirir si Kyral estaba en muy mal estado. Tenía la laceración en el brazo y su rostro estaba cubierto de sangre de una superficial herida en el pericráneo, pero insistía en levantarse para examinar las lesiones de los otros.

No había nadie sin una rasgadura en la pierna, la espalda o el hombro, pero ninguna era seria, y todos nos estábamos sintiendo cabalmente animados, cuando alguien requirió:

—¿Dónde está Cuinn?

No parecía estar en ninguna parte. Kyral, tambaleándose ligeramente, insistía en buscar, pero yo percibía que no lo encontraríamos.

—Probablemente se largó con sus amigos —dije, resoplando; e informé sobre las señales que había estado haciendo.

Kyral tenía un aire grave.

—Usted debiera habérmelo hecho saber —empezó.

Pero unos gritos procedentes de la distante extremidad del claro nos hicieron correr allá de prisa. Casi tropezamos con una única, solitaria e inmóvil forma, extendida y exánime, sus ciegos ojos mirando con asombro hacia arriba, a las lunas.

Era Cuinn. Y su cuello había sido enteramente hendido.

CAPÍTULO VI

Una vez estuvimos libres del monte, el camino a las poblaciones de Dry estaba en línea recta al frente de nosotros, sin ocultos peligros. Algunos de nosotros cojearon por un día o dos, o usaron con cuidado un brazo o una pierna desgarrados por los hombres gatos, pero yo sabía que lo que Kyral dijo era cierto; era una afortunada caravana, la cual tuvo que rechazar sólo un ataque.

Cuinn me causaba obsesión. Una noche o dos de dar vueltas a sus secretas palabras en mi mente me habían convencido de que a quienquiera o cualquier cosa que él hubiera estado haciendo señas, no eran los hombres gatos. Y su apremiante pregunta «¿Dónde está la muchacha?», flotaba perpetuamente en mi cerebro, no teniendo más sentido que cuando la había oído al principio. ¿Por quién me había tomado Cuinn? ¿En qué creía que yo estaba mezclado? ¿Y quiénes, sobre todo, eran los «otros» a los cuales tenían que hacerse señas, aún a riesgo de un ataque de los hombres gatos que había significado su propia muerte?

Con Cuinn muerto y Kyral creyendo que yo le había salvado la vida, una gran parte de la responsabilidad por la caravana ahora caía sobre mí. Y extrañamente me gozaba en ello, empleando este intervalo con la mayor ventaja cuando estaba apartado del pensamiento de pelea sangrienta o venganza, de la necesidad de espiar o la amenaza del escándalo. Durante esos días y noches en el sendero lentamente me convertía de nuevo en el habitante de Dry que había sido en otro tiempo. Sabía que lo sentiría cuando los muros de Shainsa se alzaran sobre el horizonte, devolviéndome sin posibilidad de escape a mi trabajo de averiguación.

Giramos anchamente, dejando el recto sendero hacia Shainsa, y Kyral declaró su intención de parar por un día en Canarsa, una de las cercadas ciudades no humanas que estaba situada suficientemente lejos del recorrido sendero. A mi accidental muestra de sorpresa, Kyral replicó que tenía relaciones comerciales allí.

—Todos necesitamos un día de reposo, y los Silenciosos me comprarán a mí, aun cuando tienen pocos tratos con los hombres. Mire, le debo algo. ¿Tiene usted lentes? Uno puede conseguir un mejor precio en Canarsa del que conseguiría en Ard carran o Shainsa. Venga conmigo, y saldré fiador por usted.

Kyral había sido muy propicio desde la noche que yo lo había sacado de debajo de los hombres gatos, y no conocía ningún modo de rehusar sin mostrarme como el fingido traficante que era. Pero estaba sumamente receloso. Ni siquiera con Rakhal había entrado nunca en ninguna de las poblaciones no humanas.

En Wolf, los humanos y los no humanos han vivido lado a lado durante siglos. Y el humano no es siempre el ser superior. Yo quizás podría pasar, entre los habitantes de la región de Dry y los relativamente estúpidos humanoides chaks, por otro habitante de Dry. Pero Rakhal me había advertido que yo no podría pasar entre los no

humanos por natural wolfiano, y me previno contra probarlo.

Sin embargo, acompañé a Kyril, llevando la caja que me había costado casi la paga de una semana en la zona terrana y la cual valía una pequeña fortuna en las poblaciones de Dry.

Canarsa parecía, de puertas adentro, igual que Cualquiera otra ciudad. Las casas eran redondas, en forma de colmena, y las calles estaban totalmente vacías. Inmediatamente al otro lado de las puertas una encapuchada figura nos saludó y nos indicó por medio de señas que lo siguiéramos. Iba cubierto de los pies a la cabeza con alguna basta y lustrosa tela de fibra que se parecía a la de saco.

Pero bajo la gruesa envoltura de la capucha, era una cosa de horror. La figura se escabulló ligeramente, y no tenía nada parecido a una forma o un andar humanos; sentí el primitivo mono dentro mío, alegrándose y farfullando en un rincón de mi cerebro.

—A ningún extraño se le permite jamás ver a los Silenciosos en su verdadera forma —Kyril me susurró al oído—. Creo que son sordomudos, pero sea cauteloso.

—Puede darlo por cierto —murmuré.

Me alegraba de que las calles estuvieran vacías. Seguí andando, procurando no mirar el escurridizo meneo de esa abrigada cosa que avanzaba allá al frente.

El comercio se hacía en una abierta barraca de cañas que parecía como si hubiera sido construida aprisa, y no era cuadrada, redonda, hexagonal ni de ninguna otra forma geométrica que pudiera ser reconocida. Constituía un diseño propio, posiblemente, pero mis ojos humanos no podían distinguirlo.

—Derribarán la choza y le pegarán fuego después que salgamos —dijo Kyril, en un susurro—. Creen que la hemos contaminado demasiado para que ninguno de los Silenciosos vuelva a entrar nunca en ella. Mi familia ha comerciado con ellos durante siglos, y nosotros somos casi los únicos que hayamos entrado jamás en la ciudad.

Luego dos de los Silenciosos de Canarsa, también cubiertos con esa basta y lustrosa tela, pasaron ligeramente al interior de la choza, y Kyril suprimió sus palabras, como si se las hubiera tragado.

Fue el más extraño trato que yo hubiera hecho jamás. Kyril expuso los pequeños utensilios de acero forjado y los rollos de delgado y fino alambre, y yo desempaqueté los lentes y los coloqué en ordenadas hileras. Los Silenciosos ni hablaban ni se movían, pero a través de una fina parte del velo gris vi una motita que pudiera haber sido un fosforescente ojo, y la cual corría hacia adelante y hacia atrás como si examinara los objetos expuestos para su inspección.

Luego ahogué una exclamación, porque de repente aparecieron espacios vacíos en las hileras de géneros. Algunos pequeños utensilios —cortadores metálicos, calibradores, tijeras quirúrgicas— se habían disipado, y todos los rollos de alambre habían desaparecido. Igualmente, habían aparecido huecos en las hileras de lentes; la totalidad de las menudas y potentes lentes para microscopio se habían disipado. Eché una rápida mirada a Kyril, pero él parecía no estar sorprendido. Recordé vagos

rumores sobre los Silenciosos, y deduje que, por impotente que pareciera, este era simplemente su modo de negociar.

Kyral señaló uno de los utensilios, unas lentes binoculares excepcionalmente finas, en el extremo de los rollos de alambre. Los embozados no se menearon, pero las lentes y el alambre se disiparon. El pequeño utensilio permaneció, y un momento después Kyral dejó caer la mano.

Seguí el ejemplo de Kyral y permanecí inmóvil, esperando cualquier sorpresa que llegara. Casi había esperado lo que ocurrió luego. En los espacios vacíos empezaron a vislumbrarse unos puntitos de luz, y un momento después, aparecieron allí piedras preciosas azules, rojas y verdes. A mí la sustitución me parecía escasamente equitativa y justa, aunque no entiendo de gemas.

Kyral se enfurruñó ligeramente y apuntó a una de las gemas verdes, y un momento después ella se marchó de prisa y una azul ocupó su lugar. En otro sitio donde había estado una primorosa colección de instrumentos quirúrgicos, Kyral señaló la gema azul que ahora yacía allí, movió la cabeza y extendió tres dedos. Un momento después una segunda piedra azul estaba centelleando al lado de la primera.

Kyral no se movió, pero firmemente mantuvo extendidos los tres dedos. Hubo un ligero remolino en el aire, y en seguida las dos gemas desaparecieron, y la caja de instrumentos quirúrgicos estaba ahora en su lugar.

Todavía Kyral no se movió, pero mantuvo los tres dedos extendidos por un entero minuto. Finalmente los dejó caer y se encorvó para coger los instrumentos de la caja. Otra vez el ligero remolino en el aire, y los instrumentos desaparecieron. En su lugar estaban tres de las gemas azules. Mi boca se crispó con el primer entretenimiento que yo había tenido desde que entramos en este misterioso lugar. Evidentemente negociar con los Silenciosos no era muy diferente de negociar con cualquiera en todas partes. Sin embargo, bajo los ojos de esas embozadas, pero horribles figuras —si es que tenían ojos, de lo cual dudaba— no sentía ningún impulso de rechazar sus ofrecidos precios.

Recogí las desechadas lentes, las volví a empaquetar diestramente, y ayudé a Kyral a recoger los utensilios e instrumentos que los Silenciosos no habían querido. Observé que además de las lentes para microscopio y los instrumentos quirúrgicos, habían cogido la totalidad del fino alambre. No podía imaginar, y no deseaba particularmente hacerlo, qué pensaban hacer con él.

En el camino de regreso a través de las calles, no acompañados ahora, a Kyral se le desató la lengua, como si se hubiera liberado de una gran tensión.

—Son telekinésicos —me informó—. Bastantes de las razas no humanas lo son. Supongo que tienen que serlo, no teniendo ojos ni manos. Pero a veces me pregunto si nosotros los de las poblaciones de Dry debiéramos tratar con ellos en modo alguno.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté, no escuchando realmente.

Estaba pensando mayormente en el modo en que los pequeños objetos se habían evaporado y reaparecido. La vista de ello había suscitado algún penoso recuerdo, un

vago sentimiento de peligro. No era suficientemente tangible para que yo supiera por qué lo tenía, sino sólo una subliminal desazón que continuaba punzándome, como un diente que no está doliendo mucho todavía.

—Nosotros los de Shainsa vivimos entre el fuego y el agua —dijo Kyral—. La Terra por un lado, y por otro quizás algo peor, ¿quién sabe? Sabemos tan poco sobre los Silenciosos, y los semejantes a ellos. ¿Quién sabe? Quizás les estamos dando las armas para destruirnos... —Se detuvo, con una boqueada, y permaneció mirando hacia abajo de una de las calles.

La calle estaba libre y sola, entre dos hileras de casas redondas, y Kyral estaba mirando fijamente a una puerta que se había abierto allá. Seguí su paralizada mirada, y vi a la muchacha.

El cabello parecido a retorcido vidrio negro caía en sólidas ondas alrededor de sus hombros, y los rojos ojos sonreían con discorde malicia, discorde perversidad, bajo la oscura corona de estrellitas. Y el Dios Sapo se extendía en repugnantes bordados a través de los blancos pliegues sobre el pecho.

Kyral hizo un ronco ruido con la garganta. Levantó la mano rápidamente y agarró los dijes ensartados alrededor de su cuello. Imité el gesto maquinalmente, mientras observaba a Kyral y me preguntaba si se voltearía y correría de nuevo. Pero Kyral permaneció inmóvil por un minuto. Luego el encanto se rompió y Kyral dio un paso hacia la muchacha, con los brazos extendidos.

—¡Myellyn! —exclamó, y había angustia en su voz.

Y otra vez, el grito resonó en la extraña calle:

—¡Miellyn! ¡Miellyn!

Ahora fue la muchacha que giró y huyó. Su blanca ropa aleteó y observé la titilación de sus rápidos pies mientras la joven entraba en un espacio entre las casas y desaparecía.

Kyral dio un ciego paso calle abajo, luego otro. Pero antes de que pudiera lanzarse a una corrida yo lo tenía del brazo, procurando hacerlo entrar en razón.

—¡Hombre, usted se ha vuelto loco! ¿Una persecución, en una ciudad no humana?

Kyral contendió por un momento, luego, con un bronco suspiro, dijo:

—Está bien, no... —Y se soltó de mi brazo con una sacudida.

No volvió a hablar hasta que llegamos a las puertas de Canarsa y se cerraron, silenciosamente e impasibles, detrás de nosotros. Yo había olvidado el lugar ya. Sólo tenía tiempo para pensar en la muchacha, cuyo rostro no había olvidado desde el momento en que ella me protegió y desapareció. Ahora la joven había surgido de nuevo ante Kyral. ¿Qué significaba todo eso?

—¿Conoce usted a esa muchacha? —pregunté, mientras nos encaminábamos al campamento.

Pero sabía que la pregunta era vana. El rostro de Kyral estaba cerrado, no otorgando nada, y su amistad había desaparecido completamente.

—Ahora lo conozco a usted —dijo—. Me salvó de los hombres gatos, y segunda vez en Canarsa, por lo cual mis manos están impedidas de dañarlo. Pero es malo tener tratos con los que han sido tocados por el Dios Sapo —escupió ruidosamente en el suelo, me miró con repugnancia, y dijo—: Llegaremos a Shainsa dentro de tres días. No se acerque a mí.

CAPÍTULO VII

Shainsa, primera de la serie de poblaciones de Dry que están en el fondo de un océano secado hace mucho tiempo, está situada en el centro de una vasta planicie de álcali; una polvorienta y reseca ciudad emblanquecida por un millón de años de sol. Las casas son altos y extendidos edificios de muchas habitaciones y anchas ventanas. Las de clase más mala estaban hechas de ladrillo secado al sol; las más imponentes estaban construidas con la emblanquecida piedra salina de los riscos que se alzaban detrás de la ciudad.

Los rumores corren de prisa en las poblaciones de Dry. Si Rakhal estaba en la ciudad, pronto sabría que yo estaba aquí, y barruntaría quién era y por qué había venido. Podría disfrazarme de suerte que mi propia hermana, o la madre que me engendró, no me reconociera. Pero no me hacía ilusiones tocante a mi habilidad para ocultarme con respecto a Rakhal. Él había creado la máscara que era yo.

Cuando el segundo sol se puso, rojo y ardiente, detrás de los riscos salinos, supe que Rakhal no estaba en Shainsa, pero permanecí, esperando a que ocurriera algo. De noche dormí en un sitio abrigado, detrás de una taberna, pagando un excesivo precio por ese muy dudoso privilegio. Y cada día, en el soporífero silencio de la luna roja como la sangre, recorría a pasos la plaza pública de Shainsa.

Esto continuó durante cuatro días. Nadie se fijaba en lo más mínimo en un desconocido más, envuelto en una raída capa, sin nombre ni identidad ni ocupación conocida. Nada parecía verme excepto los polvorientos niños, de claro y lanudo cabello, que jugaban sus pacientes partidas en la plaza, en la hilera de piedras del reborde de la acera barrida por el viento. Miraban mi rostro lleno de cicatrices sin curiosidad ni temor, y se me ocurrió que Rindy pudiera ser otra semejante a estas.

Si hubiera todavía pensado como un hombre de la Tierra, podría haber tratado de interrogar a una de las niñas, o ganarme su confianza. Pero tenía una más abstrusa partida entre manos.

El quinto día yo era tan cabalmente un trasto que mi andadura fue inadvertida hasta por los niños. Sobre el pardo musgo de la plaza, unos cuantos ancianos de seco aspecto, con rostros tan descolorados como sus capas y mostrando las cicatrices de cuchillo de un centenar de olvidadas peleas, se adormecían en los bancos de piedra. Y a lo largo del adoquinado paseo en el borde de la plaza, tan repentinamente como una tormenta de verano en las planicies de sal, una mujer vino andando.

Era alta, con una soberbia y oscilante andadura, y un metálico golpeo acompasado a sus rápidos pasos. Sus brazos estaban encadenados, cada muñeca ceñida con un brazalete adornado con piedras preciosas y los brazaletes trabados con una larga cadena plateada pasada a través de una presilla de seda en la cintura. De la presilla se balanceaba un menudo candado de oro, pero en la cerradura se mantenía

una llave aún más menuda, significando que la mujer era de una más alta casta que su marido o consorte, que si llevaba cadenas en los brazos era por preferencia y por mandato.

Se paró exactamente delante de mí y levantó el brazo en formalista saludo como un hombre. La cadena hizo un retiñiente ruido en la aquietada plaza mientras la otra mano era apretada contra la presilla de seda de la cintura. La mujer permaneció allí mirándome por unos momentos, y finalmente yo levanté la cabeza y devolví su fija mirada. No sé por qué había esperado que aquella tendría un cabello como retorcido vidrio negro y unos ojos que arderían con un rojo reflejo del abrasador astro.

Los ojos de esta mujer eran más oscuros que las bayas venenosas de los riscos salinos, y su boca era una hendida baya que parecía igualmente peligrosa. Era joven; la delgadez de sus hombros y las estrechas muñecas ceñidas con duras cadenas me revelaban cuán joven era, pero su rostro había visto mal tiempo y tormentas, y sus oscuros ojos habían aguantado peores tormentas emocionales que eso. No se acobardó a la vista de mis cicatrices, e hizo frente a mi fija mirada sin bajar los ojos.

—Usted es un forastero. ¿Cuál es su quehacer en Shainsa?

Respondí a la directa pregunta con la insolencia que ella requería, apenas moviendo los labios.

—He venido a comprar mujeres para los burdeles de Ardcarran. Quizás cuando se haya lavado, usted sea adecuada. ¿Quién podría concertar su venta?

La mujer recibió la reprimenda impasiblemente, si bien el severo carmesí de su boca se crispó un poquito con malicia o rabia. Pero la joven no hizo ninguna indicación. La batalla estaba trabada entre nosotros, y yo sabía ya que sería llevada hasta el fin.

De alguna parte de su ropaje, algo cayó al suelo con un ligero retintín. Pero conocía ese ardid, también, y no me moví. Finalmente la joven se fue sin encorvarse para recuperar el objeto, y cuando miré alrededor vi que todos los niños se habían escabullido, dejando sus juguetes en la hilera de piedras del reborde de la acera. Sólo uno o dos de los viejos sentados en los bancos de piedra, y los cuales tenían bastante edad para mostrar curiosidad sin perder la compostura, me estaban observando con impasibles ojos.

Podía haber preguntado el nombre de la mujer entonces, pero me retuve, sabiendo que ello sólo podría disminuir el prestigio que había ganado con el encuentro. Miré de prisa hacia abajo, sin parecer que lo hacía, al menudo espejo que había caído de los escondrijos del ropaje de pieles. Su nombre podía haber sido grabado en el reverso.

Pero lo dejé yacente allí, para que lo recogieran los niños cuando volvieran, y retrocedí hacia la taberna. Había logrado mi primer punto objetivo; si uno no puede ser indiscernible, sea tan conspicuo que nadie pueda dejar de verle. Y eso en sí mismo es un verdadero encubrimiento. ¿Cuántas personas pueden exactamente describir un tumulto callejero?

Estaba terminando una mala comida con una botella de piedra de peor vino

cuando entró el chak, no haciendo caso del dueño, y se dirigió en derechura a mí. Iba cubierto con pieles inmaculadamente blancas. Su terciopelado morro estaba contraído como si los mismos olores pudieran mancharlo, y él mantenía una delicada garra extendida para evitar un accidental contacto con los grasientos tableros, o mesas o colgaduras mugrientas. Su pelaje estaba perfumado, y su cuello rodeado con un collar de seda bordada. Este mimado esbirro me examinó, con la inocente malicia de un ser no humano ajeno a las intrigas puramente humanas.

—Tienen necesidad de usted en la Gran Casa de Shainsa, hombre desfigurado — dijo. Hablaba el dialecto de Shainsa con un afectado ceceo—. ¿Quiere venir conmigo, por favor?

Fui, con no más que una cortés protesta, pero estaba asustado. No había esperado que el choque con la mujer de la plaza llegara a la Gran Casa tan pronto. La Gran Casa de Shainsa había cambiado de dueño cuatro veces desde la última vez que yo estuve en Shainsa. No estaba excesivamente ansioso de aparecer allí.

El blanco chak, tan fuera de lugar en la tosca ciudad de Dry como una joya en las calles o una gota de agua en el desierto, me condujo a lo largo de una sinuosa avenida hacia un distante distrito. No hizo ninguna tentativa para atraerme a una conversación, y realmente yo tenía la clara impresión de que este fachendista no humano me consideraba un ser inferior en el cual no valía la pena fijar la atención. Parecía ser mucho más consciente del aventado polvo de la calle, el cual desordenaba y tiznaba su cuidadosamente peinado pelaje.

La Gran Casa estaba construida con bloques de tosco basalto rosado, y la entrada guardada por dos grandes cariátides envueltas con cadenas de grabado metal, engastadas de alguna manera en la superficie del basalto. El dorado hacía mucho tiempo que había casi desaparecido de las cadenas, de modo que alternadamente ofrecía un brillo de oro o de tiznado metal bajo de ley. Las cariátides eran sufridas y ciegas; sus ojos de gemas se habían disipado mucho tiempo ha bajo un sol más ardiente que el de hoy.

El vestíbulo era enorme. Una nave interestelar terrana podía haberse mantenido enhiesta dentro de él. Esa fue mi primera impresión, pero deseché tal pensamiento; cualquier terrano creía que podía desmentirme. Pero el gran salón estaba erigido en una escala aún más vasta, y era todavía más frío que el legendario infierno de los chaks. Era demasiado grande para la gente que había en él.

Había un pequeño calorífero solar en el techo, pero no ayudaba mucho. Una confusa soflama emanaba de un brasero de metal, pero eso no auxiliaba mucho tampoco. El chak se disipó en las sombras, y yo bajé la escalera del gran salón solo, tentando cuidadosamente con los pies a cada paso que daba y procurando no dar la impresión de que lo hacía. Mi relativa ceguera nocturna es el único significativo modo en que realmente me diferencio de un natural wolfiano.

Había tres hombres, dos mujeres y una niña en la cámara. Todos ellos eran ciudadanos de Dry y tenían un vago parecido familiar, y todos llevaban ricas prendas

de piel teñida de muchos colores. Uno de los hombres, viejo, encorvado y mustio, estaba haciendo algo en el brasero. Un delgado muchacho de catorce años estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una pila de cojines en el rincón. Había algo irregular en sus piernas.

Una muchachita de diez años cubierta con una camisa demasiado corta que descubría unas largas piernas de araña por encima de sus bajas botas de cuero estaba entreteniéndose con alguna especie de cristales de un débil resplandor, esparciéndolos en diseños y recogiénolos de nuevo de las desiguales losas del piso. Una de las mujeres era una gruesa y arrugada hembra desaliñada, cuyas joyas y teñidas pieles no ocultaban su mugrienta dejadez.

Sus manos no estaban encadenadas, y ella estaba mordiscando una fruta que vertía un rojo jugo a lo largo de la rica piel azul de su ropaje. El viejo le dirigió una asesina mirada mientras yo entraba, y la mujer se enderezó ligeramente, pero no depuso la fruta. Toda la sala tenía un extraño aire de austera y enaltecida pobreza, en la cual la mujer gruesa era la única nota discordante.

Pero eran el hombre y la mujer restantes que atraían mi atención, de modo que observé a los otros sólo superficialmente, en su órbita más exterior. Uno era Kyrál, de pie en la base de la grada y mirándome ceñudo.

La otra era la mujer de ojos oscuros que yo había increpado hoy en la plaza pública.

—De modo que es usted —dijo Kyrál. Y en su voz no había nada. Ni represión, ni amistad o carencia de ella, ni siquiera aborrecimiento.

Nada.

Había sólo un modo de hacer frente a la situación. Me encaré con la joven — estaba sentada en un sillón semejante a un trono, contiguo a la mujer gruesa, y se parecía a una liebre junto a una cerda— y dije osadamente:

—Supongo que esto quiere significar que usted informó a sus parientes sobre mi ofrecimiento.

La muchacha se sonrojó, y eso era un regular triunfo. Retuve el triunfo, sin embargo, precaviéndome de una excesiva confianza. El vejete rió con el agudo cacareo de la senectud, y Kyrál prorrumpió en un vivo y airado monosílabo por lo cual conocí que mi observación había realmente sido repetida, y no había perdido nada en la exposición. Pero sólo el perfil de su mandíbula mostró la ira mientras él decía sosegadamente.

—Tranquilícese, Dallisa. ¿Dónde recogió usted esto?

—La Gran Casa ha cambiado de dueño desde la última vez que olisqueé los cerros salinos —dije audazmente—. Los recién llegados no conocen mi nombre y el suyo me es desconocido a mí.

El vejete se meneó, y dijo tenuemente a Kyrál:

—Nuestro nombre ha perdido kihar. Una hija es arrebatada con añagazas por el Juguetero y otra charla con extraños en la plaza, y un mostrenco haragán de la calle

no sabe nuestro nombre.

Mis ojos, acostumbrados a la oscura flama del brasero, percibieron que Kyril no estaba mordiendo el labio y mirando con ceño. Luego hizo un gesto hacia una mesa donde estaba colocada una colección de vajillas de cristal, y al gesto de Kyril, el blanco chak se adelantó con silenciosos pasos y escanció vino.

—Si usted no tiene ninguna fuerte hostilidad hacia mi familia, ¿quiere beber conmigo?

—Acepto —dije, sosegándome.

Aún cuando Kyril hubiera asociado mentalmente al traficante con el desfigurado hombre de la Tierra que estuvo en el puerto del espacio, parecía haber decidido abandonar el asunto. Parecía estar sobrecogido, pero esperó a que yo hubiera alzado el vaso y tomado un sorbo. Luego, con la rapidez de un rayo, saltó de la grada y me quitó de golpe el vaso de los labios.

Retrocedí tambaleándome, secando mi mutilada boca, en un santiamén combinando las contingencias. La afrenta era terrible y grave. No podía hacer nada ahora sino batirme. Se había asesinado a hombres en Shainsa por mucho menos. Había venido a arreglar una pendencia, no para meterme en otra, pero mientras que estos rápidos pensamientos revoloteaban en mi mente, yo había arrebatado mi puñal y estaba sorprendido de la chillona cualidad de mi propia voz.

—Usted fragua las ofensas bajo su propio techo...

—¡Espía y renegado! —tronó Kyril.

No tocó su puñal. Cogió de la mesa un largo zurriago de cuatro cabezas, haciéndolo silbar por el aire. La hiña zanquilarga retrocedió, apretando a correr. Yo di un paso atrás, procurando ocultar mi terrible perplejidad. No podía imaginar qué había impulsado el ataque de Kyril, pero sea lo que sea, yo debía haber cometido algún serio error y me podía considerar dichoso si salía de ahí vivo.

La voz de Kyril perceptiblemente tembló de rabia.

—Usted osa entrar en mi propia mansión después que lo he rastreado hasta el territorio de Kharsa y traído de vuelta, ¡insensato necio que fui! Pero ahora lo va a pagar.

El zurriago batió en el aire, silbando más allá de mis hombros. Me eché a un lado, retrocediendo paso a paso mientras Kyril blandía las potentes correhuelas. El zurriago saltó de nuevo, y un dolor parecido a la quemadura de un hierro candente laceró la parte superior de mi brazo. Mi puñal cayó con ruido de mis entumecidos dedos.

El zurriago golpeó el pavimento.

—Recoja su puñal —dijo Kyril—. Recójalo, si se atreve —y balanceó el látigo otra vez.

La mujer gruesa lanzó un chillido.

Me mantuve tieso, midiendo mis probabilidades de desarmar a Kyril con un repentino salto. De repente la muchacha llamada Dallisa brincó de su asiento con un

áspero y sonoro repique de cadenas.

—¡No Kyrál, no! ¡No, Kyrál!

Kyrál se meneó ligeramente, pero no apartó los ojos de mí.

—Retírate, Dallisa.

—¡No! ¡Espera!

La joven corrió hacia Kyrál y asió el brazo que sostenía el zurriago, arrastrándolo hacia abajo; luego le habló apresurada y apremiantemente. El semblante de Kyrál mudó mientras la muchacha hablaba; Kyrál respiró largamente y echó el látigo sobre el pavimento, cerca de mi puñal.

—Responda directamente, por su vida. ¿Qué está usted haciendo en Shainsa?

Apenas podía creer que por el momento era librado de una repentina muerte, de ser golpeado mortalmente y de un modo violento allí a los pies de Kyrál. La muchacha retrocedió hacia su sillón semejante a un trono. Ahora yo tenía que decir la verdad o una mentira convincente, y estaba extraviado en un juego cuyas reglas no conocía. La explicación que yo creía me sacaría de ahí vivo pudiera ser la misma que hiciera caer sobre mí una inmediata y dolorosa muerte. De repente, con una acerbidad que era casi tormento, deseé que Rakhal estuviera situado aquí a mi lado.

Pero tenía que salir de la situación solo. Y valiéndome de alguna baladronada.

Si me habían reconocido por Race Gargill, el espía terrano que había estado frecuentemente en Shainsa, podían quizás soltarme; era posible, consideraba, que fueran simpatizantes con los terranos. Por otra parte, los gritos de Kyrál de «¡Espía renegado!» parecían indicar lo contrario.

Me tenía firme, procurando no hacer caso del lacerante dolor de mi azotado brazo, pero sabía que la sangre estaba fluyendo vehemente debajo de mi hombro.

—Vine a arreglar una pendencia de parientes —dije finalmente.

Los labios de Kyrál se adelgazaron para mostrar lo que quizás habría podido ser una sonrisa.

Dijo:

—Sí, sin duda. Pero falta ver con quién.

Sabiendo que no tenía nada más que perder, dije:

—Con un renegado llamado Rakhal Sensor.

—¿Rakhal Sensor? —dijo el vejete, repitiendo lentamente mis palabras.

Me sentía animado, viendo que no había llegado el fin para mí todavía.

—He jurado matarlo.

Kyrál de repente batió las manos y voceó al blanco chak que quitara el roto vidrio del pavimento.

—¿No es usted mismo Rakhal Sensor? —dijo secamente.

—Te dije que no lo era —opuso Dallisa, en voz alta y agitada—. Te dije que no lo era.

—Un hombre marcado con cicatrices, alto... ¿qué tenía yo que pensar? —Gruñó Kyrál, y parecía estar muy excitado. Él mismo llenó un vaso y me lo pasó, diciendo

roncamente—: No creía que el renegado Rakhal quebrantara el código hasta el punto de beber conmigo.

—No lo haría —dije.

Podía estar seguro de esto. Los códigos de la Terra habían hecho alguna impresión superficial en Rakhal, pero en lo hondo de su propio mundo regían. Si estos hombres estaban en duradera hostilidad para con Rakhal y él se hallara aquí donde yo estaba, habría dejado que lo molieran a golpes antes de catar su vino.

Cogí el vaso, lo alcé y lo vacié de prisa. Luego, manteniéndolo delante de mí, dije:

—La vida de Rakhal es la mía. Pero juro por el rojo astro y por los inmovibles montes, por la blanca nieve y por el Viento de las Sombras, que no tengo ninguna pendencia con ninguno de los que están bajo este techo —y tiré el vaso al suelo, donde se hizo pedazos sobre las losas.

Kyral vaciló, pero bajo los flameantes ojos de la muchacha llenó prontamente un vaso de vino y bebió unos sorbos, luego tiró el vaso. Se adelantó y puso sus manos sobre mis hombros. Reculé mientras Kyral rozaba el refuerzo del zurriago, y no pude levantar mi propio brazo para completar el ceremonial brindis.

Kyral se desvió y se encogió de hombros.

—¿Hago que una de las mujeres cuide de su lesión? —dijo. Y miró a Dallisa, pero la joven torció la boca.

—¡Hazlo tú mismo!

—No es nada —dije, no verazmente—. Pero pido en compensación que puesto que estamos ligados por la sangre derramada bajo su techo, usted me dé las noticias que tenga sobre Rakhal, el espía y renegado.

—Si supiera algo, ¿estaría yo bajo mi propio techo? —dijo fieramente Kyral.

El vejete allá en la grada prorrumpió en una aguda y plañidera risa.

—Has bebido con él, Kyral; ¡ahora él te ha obligado a no hacerle ningún daño! ¡Conozco la historia de Rakhal! Fue espía para la Terra durante doce años. Doce años, y entonces se rebeló y les echó su sucio dinero al rostro y los dejó. Pero su compañero era algún mestizo de la región de Dry o un espía terrano y se batieron con saña, y casi se mataron uno a otro; pero los terranos, que no tienen dignidad, los pararon. ¡Observa las señales de kifirgh en su rostro!

—Por Sharra, la de las cadenas de oro —dijo Kyral, contemplándome fijamente con algo semejante a una mueca—. Usted es, si no otra cosa, un hombre muy hábil. ¿Qué es usted, espía, o mestizo de alguna sucia mujer de Ardcarran?

—Lo que soy no le importa —dije—. Usted tiene una afrenta que vengar con respecto a Rakhal, pero la mía es más antigua que la suya y la vida de Rakhal es la mía. Así como usted está obligado por dignidad a matar —las formalistas frases me venían fácilmente a la lengua ahora; el hombre de la Tierra se había escabullido—, así también está obligado por dignidad a ayudarme a matar. Si alguno de los que están bajo su techo sabe algo de Rakhal...

La ancha sonrisa de Kyrál descubrió sus dientes.

—Rakhal trabaja contra el Hijo del Mono —dijo, usando el injurioso término empleado en Wolf para designar a los terranos—. Si lo ayudamos a usted a matarlo, quitaremos un agujón de sus flancos. Prefiero dejar que los sucios terranos gasten sus energías tratando de quitarlo ellos mismos. Además, creo que usted mismo es un hombre de la Tierra.

—Usted no tiene ningún derecho a la gracia que concedo a nosotros, la Gente del Cielo. Pero ha bebido vino conmigo, y no tengo ninguna pendencia con usted —y Kyrál levantó la mano en despedida, dejándome confuso—. Salga de mi mansión en seguridad y de mi ciudad con honra.

No podía protestar o suplicar. El kihar de un hombre, su dignidad personal, es una preciosa cosa en Shainsa, y Kyrál me había situado de modo que yo no podía comprometer más la mía con palabras. Pero perdería kihar igualmente si me marchaba a su indicación, como un inferior desechado.

Quedaba una jugada desesperada.

—Una palabra —dije, levantando la mano.

Y mientras que Kyrál se volvía, sobresaltado, creyendo que realmente yo estaba a punto de comprometer mi dignidad con una nueva súplica, le espeté:

—Apuesto en el shegri con usted.

La firme compostura de Kyrál parecía haberse alterado. Había dado un golpe a su creencia de que yo era un hombre de la Tierra, pues es dudoso que haya seis terrícolas en Wolf que tengan conocimiento del shegri, el peligroso juego de las poblaciones de Dry.

No es ninguna jugada ordinaria, por cuanto las mejoras puestas son la vida del jugador, y quizá su razón. Raramente a la verdad apostará un hombre en el shegri, a no ser que fuera de eso no tenga nada que perder.

Es un juego cruel, posiblemente decadente, que no tiene paralelo en ninguna parte del universo conocido.

Pero yo no tenía opción. Había encontrado un esquivo rastro en Shainsa. Rakhal podía estar en Cualquier parte del planeta y la mitad del mes concedido por Magnusson había pasado ya. A menos que pudiera forzar a Kyrál a revelar lo que sabía, lo mismo daba que desistiese.

—Apuesto en el shegri con usted —repetí, por tanto.

Y Kyrál permanecía inmóvil.

Por cuanto en las apuestas en el shegri, lo que cuenta es el valor y la resistencia de uno frente a la tortura y a una incierta suerte. Por su parte, las apuestas son claramente fijadas con antelación. Pero si uno pierde, su castigo o pena está al capricho del que lo ha aceptado como competidor, y puede ser sometido a cualquier condena que el ganador determine.

Y esta es la lid:

El shegrin o apostador se permite ser torturado desde el amanecer hasta el ocaso.

Si resiste la prueba, gana. Es bien sencillo. Puede suspender la tortura en cualquier momento con una palabra, pero hacerlo así es una concesión de derrota.

Esto no es tan peligroso como pudiera, al principio, parecer. El otro partícipe de la apuesta está legalmente obligado por los rigurosos códigos de Wolf a no infligir ningún permanente daño físico (ninguna lesión que no se cure dentro de tres cursos del sol). Pero desde el amanecer hasta el ocaso, debe ser aguantado todo tormento o dolorosa ingeniosidad que pueda idear la semihumana mentalidad de Wolf.

El hombre que pueda sobreponerse a la tortura del momento, el hombre que pueda mantener en su mente el solo pensamiento de su meta, ese hombre puede reclamar las apuestas que ha hecho, tan bien como otros privilegios hechos tradicionales.

El silencio crecía en el gran salón. Dallisa se había enderezado y me estaba observando atentamente; sus labios estaban separados, y la punta de su pequeña y roja lengua era visible por entre sus dientes. El único sonido era el pequeño crujido producido mientras la mujer gruesa mordisqueaba una especie de nueces y echaba las cáscaras en el brasero. Hasta la niña allá en la gradería había abandonado su entretenimiento con los dados de cristal, y estaba mirándome con la boca abierta. Finalmente, Kyrál requirió:

—¿Sus apuestas?

—Dígame todo lo que sepa de Rakhal Sensar y guarde silencio sobre mí en Shainsa.

—¡Por la roja sombra! —Prorrumpió Kyrál—. ¡Usted tiene valor, Rascar!

—¡Diga sólo sí o no! —repliqué.

Increpado, Kyrál callaba. Dallisa se inclinó hacia adelante y de nuevo, por alguna razón ignorada, pensé en una muchacha de cabello semejante a retorcido vidrio negro.

—Digo no —declaró Kyrál, levantando la mano—. Tengo una afrenta que vengar con respecto a Rakhal y no quiero vender su muerte a otro. Además, creo que usted es terrano, y no quiero tratar con usted. Y, finalmente, usted me ha salvado la vida dos veces, y encontraría escaso gozo en torturarlo. Digo no. Beba otro vez conmigo y nos despedimos sin una querella.

Vencido, me volví para irme.

—Espere —dijo Dallisa.

La joven se levantó y bajó de la grada, despacio esta vez, andando con dignidad al ritmo de sus crujientes, sonoras cadenas.

—Tengo una pendencia con este hombre.

Empecé a decir que no contendía con mujeres, y me detuve. El concepto terrano de la caballerosidad no tiene ningún equivalente en Wolf.

La muchacha me miró con sus oscuros ojos de bayas venenosas, fríos y rasos y solazados, y dijo:

—Apuesto en el shegri con usted, a menos que usted me tema, Rascar.

Y percibí de repente que si yo perdía, más valía que me hubiera confiado a Kyril y su zurriago, o a los feroces hombres bestias de los montes.

CAPÍTULO VIII

Dormí poco esa noche.

Se cuenta una historia en Daillon de un shegri donde el retador fue dejado en un cuarto solo, donde le fueron vendados los ojos y se le dijo que aguardara el comienzo del tormento.

En alguna parte de esas oscuras horas de espera, entre lo desconocido y lo inesperado, las horas de contarse a sí mismo los horrores de pasados shegris, la tortura de la expectación, se haría una cosa insufrible. Poco después del mediodía el desdichado se desplomó con gritos de horror y murió delirando, sin daño, ileso.

Llegó lentamente el alba, y con las primeras flámulas de luz Dallisa y el blanco chak, maliciosamente reservado, se abrieron camino a través de la raída pobreza del gran salón. Me condujeron a un bajo calabozo donde el sesgo de la luz del sol no era tan visible.

—Ha salido el sol —dijo Dallisa.

No dije nada. Cualquier palabra podía ser interpretada como una confesión de derrota, Resolví no darles ningún pretexto. Pero sentía un hormigueo en la piel y tenía la extraña y punzante sensación de que el pelo de mis antebrazos se estaba erizando de tensión y temor.

—Sus pertrechos no fueron registrados —Dallisa dijo al chak—. Asegúrese de que no ha tragado ninguna droga anestésica.

Brevemente atribuí a la muchacha la cualidad de entereza, aun cuando me pregunté en un santiamén por qué yo no había pensado en esto. Las drogas podían entorpecer la conciencia, por lo menos, o interrumpir la realidad. El blanco ser no humano se abalanzó y me ató los brazos con unos fuertes músculos de acero. Con la otra mano abrió mis quijadas por fuerza. Sentí los hirsutos dedos en la parte posterior de mi garganta, nauseé, luché brevemente y me doblé con irrefrenable arcada.

Los ojos de bayas venenosas de Dallisa me miraban rectamente mientras yo me enderezaba con esfuerzo, rechazando la vertiginosa náusea de hastío. Algo en su impasible rostro me paró en seco. Yo había estado, momentáneamente, rabiando de furia y humillación. Ahora me daba cuenta de que esto había sido una calculada y cuidadosa acción para hacerme perder la calma y de este modo minar mi resistencia.

Si la muchacha podía determinarme a defenderme, si podía hacerme gastar mi energía con intensidad, mi propia imaginación lucharía a su lado para hacerme perder el freno antes del final. Deslizándome en el fúlgido brillo de sus ojos, me daba cuenta de que no había creído ni por un momento que yo hubiera tomado ninguna droga. Obrando con arreglo a la insinuación de Kyril de que yo era un terrano, la joven se aprovechaba del bien conocido apartamiento de los terranos para con los no humanos.

—Véndeles los ojos —ordenó Dallisa, luego inmediatamente contramandó eso—:

No, desnúdele primero.

El chak quitó de un tirón capa, camisa, zapatos, pantalones, y obtuve mi primer triunfo cuando las vivas señales de unas garras sobre mis hombros —peores, si era posible, que las que desfiguraban mi rostro— fueron descubiertas. El chak torció el morro con desdeñoso horror, y Dallisa parecía estar agitada. Podía casi leer sus pensamientos:

Si soportó esto, ¿qué esperanzas tengo de hacerle pedir clemencia?

También yo estaba muy poco seguro...

Brevemente recordé los meses en que yacía febril y medio muerto, esperando a que las heridas que Rakhal había infligido sanaran; esos meses en que había creído que nada volvería a dañarme nunca, que había conocido el peor de todos los sufrimientos. Pero era más joven entonces.

Dallisa había cogido dos pequeños y aguzados cuchillos. Los examinó brevemente, haciendo gestos al chak. Sin resistir, dejé que este me echara hacia atrás, con las piernas y brazos extendidos en forma de águila contra la pared.

—¡Clávele las palmas de las manos en la pared con los cuchillos! —ordenó Dallisa.

Mis manos se crisparon convulsivamente, esperando el latigazo del acero, y mi garganta se cerró con espasmódico terror. Esto era quebrantar el pacto, pues estaban legalmente obligados a no infligir daño físico. Abrí la boca para protestar de este quebrantamiento del pacto de honor e hice frente a la sombría y flamante mirada fija de Dallisa, y de repente el sudor brotó de mi frente. Me había puesto totalmente en manos de ellos, y como había dicho Kyril, ¡no estaban de ningún modo obligados por el honor a respetar una promesa hecha a un terrano!

Luego, mientras mis puños se cerraban, me violenté para sosegarme. Esto era una baladronada, un ardid mental para inducirme a quebrantar el pacto y pedir clemencia. Apreté los labios, extendí las palmas de las manos contra la pared y estuve esperando impasiblemente.

—Tenga cuidado de no cortar los tendones —dijo Dallisa con su canturreante voz —, o sus manos quedarían paralizadas y él podría pretender que hemos roto nuestro pacto.

Las puntas del acero, afiladas como una navaja de afeitar, tocaron las palmas de mis manos, y sentí fluir la sangre por mi mano antes que el dolor. Hice un esfuerzo que volvió mi rostro pálido, pero no logré separarme de la puntiaguda arma. Los cuchillos se clavaron más hondamente.

Dallisa hizo gestos al chak. Los cuchillos se detuvieron. Dos punturas, de un cuarto de pulgada de profundidad, pungían en las palmas de mis manos. ¿Había yo sobrepujado a Dallisa en baladronadas? ¿Era así?

Si había esperado que la muchacha mostrara desilusión —y lo había esperado— me llevaba chasco. De rondón, como si el entretenimiento la hubiera cansado ya, hizo gestos, y no pude reprimir una boqueada mientras mis brazos eran levantados por

encima de mi cabeza, retorcidos violentamente uno alrededor de otro y liados con delgados cordeles que penetraban hondamente en la carne. Luego el brusco tirón hacia arriba casi me dislocó los hombros, y oí que el gigantesco chak gruñía con esfuerzo mientras yo era izado hasta que mis pies escasamente, de puntillas, tocaban el suelo.

—Véndeles los ojos —dijo lánguidamente Dallisa—, de modo que no pueda observar la ascensión del sol o su descenso, ni saber lo que ha de llegar.

Una oscura suavidad embozó mis ojos. Poco después oí los pasos de la joven, que retrocedía. Mis brazos, retorcidos sobre la cabeza y entumecidos por la mordedura de los cordones, empezaban a doler terriblemente ahora. Pero no era demasiado cruel. Sin duda Dallisa no pretendía que esto fuera todo...

Severamente reprimí mi imaginación, poniendo un fuerte freno a mis pensamientos. Había sido un modo de hacer frente a esto —colgando ciego y amarrado en el espacio, los dedos de mis pies escasamente escarabajando en el suelo— y ese era tomar cada cosa como venía y no mirar al frente por un instante. Primero de todo traté de traer los pies debajo de mí, y hallé que arqueándome hacia arriba hasta mi mayor elevación podía sostener mi peso de puntillas y aliviar, un poco, el descoyuntador dolor de mis sobacos aflojando el cordel de encima de mi cabeza.

Pero un poco después, un calambre empezó a torturar los arcos de mis pies, y se hizo imposible sostener mi peso de puntillas. Eludí el suelo de nuevo, con violenta tensión en mis muñecas y mis retorcidos hombros, y por un momento el punzante dolor fue tan intenso que casi grité. Creí oír un suave resuello cerca de mí.

Poco después se calmó, haciéndose un dolor agudo, luego un dolor sordo, y en seguida el violento calambre de nuevo, y otra vez forcejeé para libertar los dedos de mis pies. Me daba cuenta de que dejando que los dedos de los pies escasamente tocaran el suelo habían doblado y triplicado el dolor por la atormentadora esperanza de, si no un momentáneo alivio, por lo menos el cambio de un dolor por otro.

No tengo la más mínima idea, ni siquiera ahora, de por cuánto tiempo repetí ese desesperante ciclo: esfuerzo para mantener los dedos de los pies sobre la áspera piedra, que raía cruzadamente mis desnudos pies; doblamiento hacia arriba con toda mi fuerza para aflojar por unos momentos la tensión de mis retorcidos hombros; la momentánea ilusión de alivio mientras encontraba el equilibrio y la presión sobre mis muñecas se disminuía.

Luego el lento deslizamiento, primero de un dolor ligero, luego de un dolor agudo, después de un dolor violento en los arcos de los pies y las pantorrillas. Y, demorado hasta el último soportable momento, ese terrible tormento final cuando la caída de mi entero peso arrastraba hombros y muñecas y junturas de los codos con una sacudida que parecía quebrantar los huesos.

Empecé una vez a calcular cuánto tiempo había pasado, cuántas horas habían transcurrido, luego me detuve, pues eso era inminente locura. Pero una vez la operación había empezado, mi cerebro no desistiría y me encontré, con compulsiva

precisión, contando los segundos y los minutos de cada ciclo: estirón hacia arriba, aflojamiento de la presión sobre los brazos; el comienzo del dolor en las pantorrillas y los arcos y dedos de los pies; el deslizamiento del dolor hacia arriba, a las costillas y los lomos y hombros; el repentino y sacudidor caimiento de los brazos de nuevo.

Tenía la garganta terriblemente seca. En otras circunstancias podía haber calculado el tiempo por el crecimiento del hambre y la sed, pero el duro tratamiento que había recibido hacía esto imposible. Había otros, infandos, humillantes tormentos.

Algún tiempo después, para levantar mi abatido ánimo, me puse a pensar en todas las maneras en que ello podría haber sido peor. Había oído decir que un shegrin estuvo expuesto a la mordedura —no mortal, pero dolorosamente venenosa— de venenosos insectos, y al tormento de los pequeños roedores mordientes que pueden ser adiestrados para morder y rasguñar. O pudiera haberme marcado con hierro candente...

Ahuyenté el recuerdo con un poderoso exorcismo: el hombre de Daillon cuya expectación, tan sólo, de una tortura que nunca llegó, lo había enloquecido. Había sólo un modo de superar esto, y ese era obrar como si el momento presente fuera el único, y no olvidar ni por un instante que el más fuerte de los pactos les obligaba moral y legalmente a no dañarme, que el fin de esto estaba fijado por la puesta del sol.

La totalidad de esos pensamientos tan razonables, sin embargo, se ponían gradualmente borrosos en un semidelirio de sed y dolor, reduciéndose a una roja flama de agonía que torturaba mis omoplatos. Me alcé de nuevo sobre los dedos de mis pies.

Un dolor intenso corrió a través de mis pies. La áspera piedra en la cual penetraban los dedos de mis pies había sido cubierta de metal y olisqueé la carne ardiente, levantando los pies de un tirón con un inarticulado gruñido de rabia y furia, colgando en agonía de mis hombros tan sólo.

Y entonces perdí el sentido, al menos por unos momentos, pues cuando fui de nuevo consciente de lo que me rodeaba, a través de la pesadilla del dolor, los dedos de mis pies reposaban ligera y seguramente sobre fría piedra. El olor de carne quemada persistía, y también los dolorosos pinchazos en los dedos de los pies. Mezclado con ese olor había un vaho de perfume muy cerca.

—No deseo romper nuestro pacto dañando sus pies —susurró Dallisa—. No es más que un poquito de fuego para evitar que usted tenga demasiada seguridad al apoyarlos.

Sentí que el sabor de la sangre se mezclaba en mi boca con el acre sabor del vómito. Estaba delirante, desvariado. Después de otra eternidad me pregunté si realmente había oído el canturreante susurro de Dallisa o si era una pesadilla nacida del febril dolor:

Suplíquemelo. Una palabra, sólo una palabra y lo soltaré, hombre fuerte, hombre

marcado con cicatrices. Quizá le pida sólo un poco de espacio en sus brazos. ¿No sería ligera una tal condena sobre usted? Quizá lo liberte para que busque a Rakhal, aunque sólo sea para atormentar a Kyril. Una palabra, sólo una palabra de usted, una palabra, sólo una palabra...

Ello se extinguió en un murmullo perpetuamente resonante. Oscilando, cegado, me preguntaba por qué sufría. Saqué mi seca lengua por encima de los labios, salobres y ensangrentados, y angustiosamente pensé en ceder, acercándome de algún modo a Dallisa y rodeándola. O dejándola repentinamente insensible de un golpe y huyendo... yo, que no necesitaba tampoco sujetarme a los códigos de Wolf. Busqué una rígida forma de palabras.

Y un respiro me salvó, un suave y suelto respiro de expectación. Era otro ardid. Yo oscilaba, flojo y atormentado. No era Race Cargill ahora. Era un muerto que colgaba de unas cadenas, balanceándome, con inmundos buitres picoteando mis bamboleantes pies. Era...

Un ruido de botas resonó sobre la piedra y la voz de Kyril, baja y áspera, requirió en alguna parte detrás de mí:

—¿Qué has hecho con él?

Dallisa no respondió, pero oí que las cadenas de sus manos batían ligeramente e imaginé su gesto.

—Las mujeres no tienen talento para la tortura fuera de... —musitó Kyril.

Su voz se extinguía lentamente, extendiéndose a gran distancia. Sus palabras llegaron hasta mí en una especie de borrascoso retintín, semejante al lamento de los hombres extraviados, que perecen en los nevosos pasos de los montes.

Dallisa le increpó:

—Habla, necio, no puede oírte ahora.

—¡Si has dejado que perdiera el conocimiento, eres chapucera!

—¡Y tú hablas de chapucerías! —exclamó Dallisa. Su voz, aun estando atenuada por la pesadilla retumbante en mi cabeza, encerraba un reconcentrado ludibrio—. ¡Quizá lo suelte, para que encuentre a Rakhal cuando tú fallaste! Los terranos han puesto precio a la cabeza de Rakhal, además, ¡Y por lo menos este hombre no se confundirá con respecto a su presa!

—Si crees que yo te dejaría pactar con un terrano...

—¡Tú negocias con los terranos! —exclamó coléricamente Dallisa—. ¿Cómo me detendrías, pues?

—Negocio con ellos porque tengo que hacerlo. A no ser por una cuestión que comprometa el honor de la Gran Casa...

—¡La Gran Casa cuya gradería jamás habrías subido, a no ser por Rakhal! —replicó Dallisa. Hablaba como si estuviera desmenuzando las palabras en pedacitos y escupiéndolos a Kyril—. ¡Oh, fuiste hábil tomándonos a los dos como tus consortes! No sabías que ello fue obra de Rakhal, ¿verdad? ¡Aborrece a los terranos, pues! —Y le soltó una obscenidad—. Gózate en tu odio, revólcate en la aversión, y al fin toda

Shainsa será del Juguetero, igual que Miellyn.

—Si vuelves a pronunciar ese nombre —dijo Kyril muy bajo—, te mataré.

—Igual que Miellyn, Miellyn, Miellyn —repitió deliberadamente Dallisa—. ¡Necio, Rakhal no sabía nada sobre Miellyn!

—Le vieron...

—¡Conmigo, necio! ¡Conmigo! ¿No sabes todavía distinguir una cosa de otra semejante? ¡Rakhal vino a pedirme noticias de ella!

—¿Por qué no me lo dijiste? —exclamó roncamente Kyril, como un hombre en viva aflicción—. Realmente no tienes que preguntarlo, Kyril.

—¡Zorra! —clamó Kyril—. ¡Inmunda zorra! —Y oí el ruido de un golpe. En el momento siguiente Kyril me arrancó la venda de los ojos y parpadeé con la repentina flama de luz. Mis brazos estaban totalmente entumecidos ahora, retorcidos por encima de mi cabeza, pero la sacudida del tocamiento de Kyril hizo que un nuevo dolor recorriera mi cuerpo. El rostro de Kyril parecía surgir del mismo infierno—. Si eso es cierto, luego esto es una detestable tramoya, Dallisa. Has disipado nuestra oportunidad de enterarnos de lo que él sabe sobre Miellyn.

—¿Lo que él sabe? —repitió Dallisa. Y bajó la mano de su rostro, donde había ya una oscura magulladura.

—Miellyn ha aparecido dos veces mientras que yo estaba con él. Desátalo, Dallisa, y pacta con él. Lo que nosotros sabemos de Rakhal a cambio de lo que sabe de Miellyn.

—Si crees que te dejaría pactar con terranos —dijo burlonamente Dallisa—. ¡Canijo, esta pendencia es mía! ¡Necio, los otros de la caravana me darán informes, si tú no quieres hacerlo! ¿Dónde está Cuinn?

La repentina risa de Kyril parecía venir de un millón de millas lejos.

—Has errado el tiro, Dallisa. Los hombres gatos lo mataron —dijo. Su puñal fue soltado. Kyril trepó a una percha contigua a la cuerdecilla que ceñía mis muñecas—. ¡Pacte conmigo, Rascar!

Tosí, impotente para hablar, y Kyril insistió:

—¿Quiere usted pactar? ¿Y concluir la maldita tramoya de esta mujer que hace burla de shegri?

El sesgo del sol me revelaba que quedaba luz todavía. Me arreglé para proferir algo, con un tenue jirón de voz, no sabiendo qué iba a decir hasta que lo hube dicho, irrevocablemente.

—Esto es entre Dallisa y yo.

Kyril me miró con creciente rabia. Salió del cuarto con cuatro zancadas, respondiendo violentamente, de un modo áspero y furioso:

—¡Espero que se maten el uno al otro!

Y la puerta se cerró de golpe y con estrépito.

El rostro de Dallisa se puso rojo, y otra vez como anteriormente, comprendía que la batalla que estaba trabada entre nosotros sería llevada a un terrible fin. Dallisa tocó

mi pecho ligeramente, pero el tocamiento lanzó un agudísimo dolor de parte a parte de mis hombros.

Repentinamente, Dallisa quiso saber.

—¿Mató usted a Cuinn?

Me pregunté, cansadamente, qué presagiaba esto.

—¿Lo hizo? —insistió Dallisa, con un berrinche—. ¡Conteste! ¿Lo mató?

Me golpeó con fuerza, y donde el tocamiento había sido dolor, el golpe era una blanca flama de agonía. Perdí el conocimiento.

—¡Conteste! —clamó Dallisa. Me golpeó otra vez, y el violento dolor hizo que yo recobrará el sentido—. ¡Contésteme! ¡Conteste! —Cada exclamación amagaba un golpe, hasta que dije finalmente, con sonidos entrecortados.

—Cuinn hizo señales... lanzó a los hombres gatos sobre nosotros...

—¡No!

Dallisa estaba mirándome de hito en hito y su pálido rostro era una máscara mortuoria en la cual subsistían los ojos. Gritó salvajemente y el enorme chak vino corriendo.

—¡Derríbele de un tajo! ¡Derríbele! ¡Derríbele!

Un cuchillo cortó la cuerdecilla y me hundí, cayendo al suelo con un quebrantador tropel. Mis brazos estaban todavía retorcidos por encima de mi cabeza. El chak quitó los cordeles, empujó rudamente mis brazos dejándolos en su posición normal, y yo me contorcía de dolor mientras la sangre empezaba a fluir penosamente por las excoriadas e hinchadas manos.

Y entonces perdí el conocimiento. Más o menos permanente, esta vez.

CAPÍTULO IX

Cuando recobré los sentidos de nuevo estaba tendido con la cabeza en la falda de Dallisa, y el rojizo color del ocaso llenaba el cuarto. Sentía la suavidad de los muslos de la muchacha bajo mi cabeza, y por un instante me pregunté si, en el delirio, yo había cedido a sus requerimientos.

—El sol... no se ha puesto —musité.

—Silencio. Silencio —susurró Dallisa, inclinando su rostro sobre el mío.

Era el cielo, y me dejé arrastrar de nuevo. Un momento después sentí una copa junto a mis labios.

—¿Puedes beber esto?

Podía y lo hice. No pude saborearlo sin embargo, pero era una bebida fría y húmeda y era divino sentirla escurrirse por mi garganta. Dallisa se encorvó y me miró a los ojos; y yo me sentía como si estuviera hundiéndome en esas rojizas y turbulentas profundidades. La muchacha me tocó mi boca marcada de cicatrices con un leve dedo. De repente mi cabeza se aclaró, y me incorporé.

—¿Es esto un ardid para forzarme a considerar mi apuesta?

Dallisa reuló como si yo la hubiera pegado, luego el rastro de una sonrisa se deslizó alrededor de su roja boca. Sí, entre nosotros había contienda.

—Tienes razón en estar receloso, supongo. Pero si le revelo lo que sé acerca de Rakhal, ¿confiarás en mí entonces?

—No —dije, mirándola de hito en hito.

Pasmosamente, Dallisa echó la cabeza hacia atrás y rió. Doblé mis libertadas muñecas cautamente. La piel estaba arrancada y excoriada, y mis brazos dolían hasta el hueso. Cuando me meneaba, fuertes punzadas de dolor atravesaban mi pecho.

—Bien, hasta la puesta del sol no tengo ningún derecho a pedirte que confíes en mí —dijo Dallisa cuando hubo acabado de reír—. Y puesto que estás ligado por mi mandato hasta que el último rayo se haya extinguido, te ordeno que pongas la cabeza sobre mis rodillas.

—¿Estás haciendo un entretenimiento de mí! —exclamé con agitación.

—¿Ese es mi privilegio! ¿Rehúsan?

—¿Qué si rehusó?

No era todavía el ocaso. Esto podía ser una tortura más compleja que todas las que había sufrido hasta ahora. Por el brillo escarlata de sus ojos percibía que Dallisa estaba jugando conmigo, como los hombres gatos del monte juegan con sus desvalidas víctimas. Mi boca se crispó con un gesto de mortificación mientras yo me agachaba obedientemente hasta que mi cabeza reposó sobre las rodillas cubiertas con pieles.

—¿Es esto tan insufrible, pues? —susurró Dallisa, sonriendo.

No dije nada. Ni siquiera por un instante podía olvidar que —por más que Dallisa pareciera enteramente un ser humano, enteramente una mujer— la raza a la cual pertenecía estaba gastada y vieja cuando el Imperio Terrano no había salido aún de su astro propio. La mentalidad de los seres de Wolf, que se ha mezclado con los no humanos desde antes de los comienzos del tiempo recordado, es insondable para un extraño. Yo estaba mejor aprestado que la mayor parte de los hombres de la Tierra para caminar al mismo paso que sus hechos de superficie, pero no podía pretender conocer sus más hondos motivos.

Esa mentalidad obra con arreglo a una compleja e irracional lógica. El agravio es una integrante parte de ella. Hasta la grave pendencia con Rakhal había empezado con un bien elaborado bromazo —el cual había hecho perder al Servicio, incidentalmente, el equivalente a varios miles de veces el valor de la nave interestelar.

Por tanto, no podía fiarme de Dallisa ni por un instante. Pero era maravilloso descansar ahí con la cabeza en la perfumada suavidad de su cuerpo.

Luego de repente sus brazos me estaban agarrando, frenéticos y deseosos; ese algo subyugado de su voz, de sus ojos, se manifestó ardiente y violentamente. Dallisa estaba apretando todo su cuerpo contra el mío, pechos y muslos y piernas, y su voz era ronca.

—¿Es esto tortura también?

Bajo el ropaje de pieles Dallisa era suave y blanca, y el penetrante olor de su cabello parecía ser una trampa más honda que ninguna. A pesar de su delicado aspecto, sus brazos tenían la firmeza del acero, y el dolor corría por mis retorcidos hombros, laceraba las dobladas muñecas. Luego olvidé el tormento.

Por encima de su hombro la última decadente rojez del sol se disipó, sumiendo el cuarto en un crepúsculo de orquídeas.

Cogí sus muñecas entre mis manos, empujándolas hacia atrás, doblándolas hacia arriba por encima de su cabeza.

—El sol se ha puesto —dije llanamente. Y en seguida detuve su desenfrenada boca con la mía.

Y comprendí que la batalla entre nosotros había alcanzado una culminación y una victoria a un tiempo, y toda cuestión sobre quién la había ganado era puramente académica.

Durante la noche en algún tiempo, mientras su oscura cabeza yacía inmóvil sobre mi hombro, me encontré mirando en la oscuridad, desvelado. La vibración de mis magulladuras tenía poco que ver con mi insomnio; estaba recordando otras encadenadas muchachas de los viejos tiempos de las poblaciones de Dry, y la miel y el veneno de ellas destilaban en los besos de Dallisa. Su cabeza era muy ligera sobre mis hombros, y ella se sentía singularmente insustancial, como una mujer de plumas.

Una de las menudas lunas era visible a través de las hendidas ventanas. Pensé en mis habitaciones de la Trade City terrana, limpias, claras y calientes, y en todas las noches en que había medido el pavimento a pasos, abominando, lleno de amargura

hasta los dientes, encaprichándome de las brillantes estrellas barridas por el viento de las poblaciones de Dry, deseoso del salobre olor de los aires y del armonioso crujido del andar de las encadenadas mujeres.

Con un vivo sentimiento de culpa, me di cuenta de que casi había olvidado a Juli, mi promesa hecha a ella y su infortunio que me habían libertado de nuevo, por esto.

Sin embargo había ganado, y lo que ellos sabían había reducido mi busca a lo ancho del planeta a un pequeño punto. Rakhal estaba en Charin.

No estaba del todo sorprendido. Charin es la única ciudad de Wolf, excepto el territorio de Kharsa, donde el Imperio Terrano ha plantado hondas raíces en el planeta, construido una Trade City, y un más pequeño puerto espacial. Igual que el distrito de Kharsa, está dentro del círculo de la ley terrana, y un millón de millas más allá de él.

Ciudad no humana, habitada mayormente por chaks, es el núcleo y centro del movimiento de resistencia, una ruidosa población en perpetuo fermento. Era el lugar propio para un renegado. Me coloqué de modo que el dolor de mis torturados hombros fuera menos violento, y musité:

—¿Por qué Charin?

El meneo, a pesar de ser muy leve, despabiló a Dallisa. La muchacha se revolvió y se apoyó en los codos, diciendo soñolientamente:

—La presa anda más segura a la puerta del cazador.

Fijé la vista en el cuadro de la violada luz de la luna, tratando de juntar todas las piezas del rompecabezas, y pregunté en voz alta:

—¿Qué presa y qué cazadores?

Dallisa no respondió. No había esperado que lo hiciera. Y dirigí la verdadera pregunta que tenía en consideración:

—¿Por qué Kyrál odia a Rakhal Sensor, cuando ni siquiera lo conoce de vista?

—Hay razones —dijo sobriamente Dallisa—. Una de ellas es Miellyn, mi hermana gemela. Kyrál subió la gradería de la Gran Casa reclamándonos a las dos como sus consortes. Es hijo de nuestro padre por otra esposa.

Eso explicaba mucho. Los casamientos entre hermanos, no raros en las poblaciones de Dry, están basados en la conveniencia y la desconfianza, y son frecuentemente, aún cuando no siempre, desamorados. Ello explicaba los vituperios de Dallisa, y en parte, sólo en parte, explicaba por qué yo la hallé en mis brazos. No explicaba, sin embargo, el papel de Rakhal en esta misteriosa intriga, ni por qué Kyrál me había tomado por Rakhal (pero sólo después que recordó haberme visto con ropa de terrano).

Me preguntaba por qué no se me había ocurrido nunca antes que pudieran tomarme por Rakhal. No había ninguna estrecha semejanza entre nosotros, pero una accidental descripción se adaptaría igualmente a mí o a Rakhal. Mi estatura es extraordinaria para un terrano —pulgada más o menos de la propia de Rakhal— y teníamos aproximadamente la misma complexión, la misma coloración. Yo había

imitado su modo de andar, remedado sus amaneramientos, desde que éramos niños.

Y, haciendo indistintos los rasgos faciales secundarios, había las cicatrices del *kifirgh* en la boca, las mejillas, los hombros. Cualquiera que no nos conociera de vista, cualquiera que nos hubiera conocido de nombre desde los días en que trabajábamos juntos en las poblaciones de Dry, podía fácilmente tomarnos uno por otro. Hasta Juli había dicho abruptamente: «Eres tan parecido a...», antes de considerarlo mejor.

Otros singulares pedazos del rompecabezas flotaban en mi mente, obstinadamente rehusando ajustarse a patrones que puedan ser reconocidos: la desaparición de un vendedor de baratijas; la histérica chachara de Juli; el modo en que aquella muchacha —¿Miellyn?— había desaparecido en el interior de una capilla de Nebran; y los vituperios de Dallisa y el viejo sobre un misterioso «Juguetero». Y algo, algún fortuito y ligero recuerdo, de ese imponente trato en la ciudad de los Silenciosos. Sabía que todas estas cosas se ajustaban de algún modo, pero no tenía ninguna verdadera esperanza de que Dallisa pudiera completar el patrón por mí.

—¡Miellyn es sólo el pretexto! —dijo, con una vehemencia que me sobrecogió—. ¡Kyril odia a Rakhal porque Rakhal quiere transigir y porque él quiere hacer la guerra!

Dallisa se revolvió y se apretó contra mí en la oscuridad. Le temblaba la voz.

—Race, nuestro mundo se está extinguiendo. No podemos hacer frente a la Terra. Y hay otras cosas, peores cosas.

Me incorporé, sorprendido de encontrarme defendiendo a la Terra ante esta muchacha. Después de todos estos años estaba otra vez en mi propio mundo. Sin embargo, me oí a mí mismo decir sosegadamente:

—Los terranos no están explotando a Wolf. No hemos abolido el régimen de Shainsa. No hemos alterado nada.

Era cierto. La Terra ocupaba Wolf por pacto, no por conquista. Pagaban, y lo hacían generosamente, por el arriendo de los terrenos donde se alzarían sus Trade Cities, y pasaban más allá de ellos sólo cuando se les invitaba a hacerlo.

—Dejamos que toda ciudad o estado que quiera mantener su independencia se gobierne por sí mismo hasta que se derrumba, Dallisa. Y, ciertamente, se derrumban después de una generación o cosa así. Muy pocos planetas primitivos pueden mantenerse firmes frente a nosotros. La gente misma se cansa de vivir bajo regímenes feudales o teocráticos, y pide que se les admita en el Imperio. Eso es todo.

—Pero es justamente eso —arguyó Dallisa—. Dais a la gente todas las cosas que nosotros acostubrábamos a darle, y lo hacéis mejor. Sólo estando aquí, estáis destruyendo las poblaciones de Dry. Están volviéndose hacia vosotros y dejándonos a nosotros, y dejáis que lo hagan.

—Hemos mantenido la Paz Terrana durante siglos —dije, haciendo un mohín—. ¿Qué esperáis? ¿Debiéramos daros instrumentos, aviones, bombas, armas para tener sujetos a vuestros esclavos?

—¡Sí! —me soltó Dallisa, furiosa—. Las poblaciones de Dry han regido a Wolf desde... desde... ¡ni siquiera puedes imaginar por cuánto tiempo! E hicimos un pacto con vosotros para comerciar aquí...

—Y os hemos remunerado dejándoos intactos —dije sosegadamente—. Pero no hemos impedido que las poblaciones de Dry entren en el Imperio y trabajen con la Terra.

—Los hombres como Kyrál morirán primero —dijo amargamente Dallisa. Y apretó su rostro desamparadamente contra mí—. Y yo moriré con ellos. ¡Miellyn se escabulló, pero yo no puedo! Lo que me falta es valor. Nuestro mundo está corrompido, Race, corrompido por entero, y yo estoy tan corrompida como el núcleo de él. Podía haberte matado hoy, y estoy aquí en tus brazos. Nuestro mundo está corrompido, pero no tengo ninguna seguridad de que el nuevo mundo sea mejor.

Puse mi mano debajo de su barbilla, y la miré seriamente al rostro, ahora sólo un pálido óvalo en la oscuridad. No había nada que yo pudiera decir; Dallisa lo había dicho todo, y fielmente. Yo había abominado, anhelado y ansiado vivamente esto, y cuando lo adquirí se volvió salobre y sanguinolento en mis labios, como los desesperantes besos de Dallisa. La joven pasó los dedos por las cicatrices de mi cara, luego cerró sus pequeñas y delicadas manos alrededor de mis muñecas tan furiosamente que me quejé.

—No me olvidarás —dijo en su voz extrañamente canturreante—. No me olvidarás, aunque salieras victorioso —y se enroscó y permaneció recostada mirándome, sus ojos brillando tenuemente en la oscuridad. Yo sabía que podía verme tan claramente como si fuera de día—. Creo que fue mi victoria, no la tuya, Race Cargill.

El tono con que dijo esto, me alentó.

Suavemente, bajo un impulso que no podía explicar, cogí una delicada muñeca, luego la otra, desabrochando los macizos brazaletes adornados con piedras preciosas. Dallisa soltó un ahogado grito de congoja. Y en seguida tiré las cadenas en un rincón, antes de que atrajera salvajemente a la muchacha a mis brazos de nuevo e hiciera retroceder su cabeza debajo de mi boca.

Me despedí de ella tan sólo, en el rojizo espacio barrido por el viento delante de la Gran Casa. Dallisa apretó su cabeza contra mi hombro y susurró:

—¡Race, llévame contigo!

Por toda respuesta, sólo cogí sus estrechas muñecas y las doblé sobre la palma de mi mano. Los adornados brazaletes estaban ceñidos de nuevo alrededor de las articulaciones escasamente huesudas, y por algún mortificante impulso Dallisa había acortado las cadenas de modo que no podía ni siquiera poner los brazos alrededor de mi cuerpo. Alcé las castigadas muñecas hasta mi boca y las besé suavemente.

—No tienes necesidad de marcharte, Dallisa.

Lo sentía inmensamente por ella. Dallisa se hundiría con su agonizante mundo, orgullosa y fría y sin ningún lugar en el nuevo. Me besó, y sentí un sabor de sangre;

su delicado y encadenado cuerpo se abrazaba salvajemente a mí, sacudido por desgarradores y convulsivos sollozos. Luego Dallisa se volteó y desapareció de nuevo en la sombra de la grande y oscura casa.

No la volví a ver jamás.

CAPÍTULO X

Unos días después me encontré cerca del término del sendero.

El crepúsculo se extendía sobre Charin, activa y llena del picarón brillo de fuegos que ardían, humeantes, en el distante cabo de la calle de los Seis Pastores. Me acuclillé a la sombra de una pared, y estuve en expectativa.

La piel me picaba por la sucia capa que no me había mudado en muchos días. El desaseo es algo juicioso en regiones de población no humana, y los habitantes de Dry aprecian demasiado el agua para malgastarla mucho en superfluos lavados de cualquier modo. Me rasqué discretamente y miré con cautela calle abajo.

Parecía estar vacía, excepto por unos cuantos empapados remisos tendidos en los portales —la calle de los Seis Pastores es un inmundo barrio bajo— pero me aseguré de que mi puñal estaba desatado. Charin no es una población particularmente segura, ni siquiera para los habitantes de la región de Dry, y menos aún para los hombres de la Tierra, a ninguna hora.

Hasta con lo que Dallisa me había revelado, la busca había sido difícil. Charin no es Shainsa. En Charin, donde humanos y no humanos viven en una mayor proximidad que en ninguna otra parte del planeta, puede comprarse información sobre hombres tales como Rakhal, pero la norma es dejar que el comprador se recele. Eso es bastante justo, porque la vida del vendedor no vale gran cosa después, tampoco.

Un viento asqueroso y cargado de polvo soplaba a lo largo de la calle, llena de extraños olores. El acre humo de incienso de una capilla pública estaba entre esos olores. Un fuerte y picante olor que hacía que mi piel se encogiera. En los collados detrás de Charin, se estaba levantando el Viento de las Sombras.

Llevados por este viento, los hombres del Ya solían descender precipitadamente de los montes, y todo lo humano o casi humano se dispersaba a su paso. Acostumbraban a recorrer la región toda la noche, y por la mañana se disipaban, hasta que el Viento de las Sombras soplaba otra vez. En cualquier otra ocasión, habría ya buscado un refugio. Se me antojaba que podía oír, llevados por el viento, los lejanos gañidos, y contemplar las figuras hirsutas y adornadas con plumas que avanzaban saltando calle abajo.

En ese momento, la quietud de la calle se rajó.

Desde alguna parte la voz de una muchacha gritó de agudo dolor o de pánico. Luego la vi, mientras se escabullía entre dos de las hendidas casas de guija. Era una niña, delgada y descalza; una extensa maraña de negro cabello se agitaba sueltamente según ella pasaba como un dardo y se viraba para eludir al indolente sujeto que le pisaba los talones. La extendida garra del perseguidor sacudió cruelmente la delicada muñeca de la niña.

La pequeña gritó, se soltó de un tirón y se lanzó en derechura a mí, arrollándose alrededor de mi cuello con la violencia de una turbonada. Su cabello penetró en mi boca y sus manecitas se agarraron con fuerza a mi espalda como las encorvadas garras de un gato.

—Oh, ayúdeme —dijo, entre sollozos—. No deje que él me alcance.

Y hasta con esa interrumpida súplica comprendí que la pequeña golfa no hablaba la jerga de ese barrio bajo, sino el puro lenguaje de Shainsa.

Lo que hice entonces fue tan automático como si hubiera sido Juli. Solté a la niña, la empujé detrás de mí, y miré con ceño al bruto que avanzaba hacia nosotros tambaleándose.

—Hágase parco —advertí—. No perseguimos a las niñas en el lugar de donde vengo. Aléjese, vamos.

El hombre bamboleaba. Olisqueé la fetidez de sus andrajos mientras extendía una mugrienta garra hacia la niña. Nunca fui el tipo de héroe, pero había comenzado algo que tenía que llevar a cabo.

—Usted... usted, habitante de Dry.

El hombre emitió un vacilante rugido, y respiré fuerte. Ahora me aguardaba algo malo. A menos que saliera de ahí de prisa, perdería lo que había venido a averiguar todo el camino hasta Charin.

Me sentía inclinado a entregar a la niña. A lo que veía, el rufián podía ser su padre y la pequeña estaba propiamente en línea para una zurra. Esto no era asunto mío. Mi quehacer estaba en el extremo de la calle, donde Rakhal estaba esperando cerca de los fuegos. No estaría allí mucho. Ya el olor del Viento de las Sombras era fuerte y acerbo, y pequeñas ráfagas de arena pasaban corriendo a lo largo de la calle, enriscando las hojas de las puertas.

Pero no hice nada tan sensato. El grueso salvaje agarró a la niña, y arrebaté mi puñal e hice gestos.

—¡Lárguese!

—¡Habitante de Dry! —exclamó el bruto. Escupió las palabras como una inmundicia, y sus ojos de cerdo se estrecharon hasta quedar reducidos a simples ranuras—. ¡Hijo del Mono! ¡Hombre de la Tierra!

—¡Terrano!

Alguien recogió el alarido. Hubo un movimiento, un bullicio, todo a lo largo de la calle que había parecido vacía, y pronto el espacio enfrente de mí estuvo atestado de oscuras figuras, humanas y no humanas, surgidas como por encanto.

—¡Agárralo, Spilkar! ¡Échalo fuera de Charin!

—¡Hombre de la Tierra!

Sentí que los músculos de mi vientre se atesaban, formando como una faja de hielo. No creía que me hubiera expuesto a ser descubierto como hombre de la Tierra. El rufián estaba usando la desacreditada táctica de provocar un tumulto prontamente, pero a pesar de las alteradas circunstancias miré con presteza alrededor, buscando un

camino de escape.

—¡Métele tu puñal en la tripa, Spilkar! ¡Agárralo!

—¡Hai ai! ¡Hombre de la Tierra! ¡Hai ai!

Fue el último alarido que me produjo pánico. A través del bochornoso resplandor del extremo de la calle, podía ver las hirsutas figuras adornadas con plumas de los hombres del Ya, deslizándose por entre los gonfalones de humo. La turba se disipó.

No me paré a reflexionar sobre el hecho —de repente muy claro— de que Rakhal no podía haber estado cerca de los fuegos al fin y al cabo, y que mi informante me había introducido en una abierta trampa, un enjambre del Ya a la hora de estar dentro de Charin. La turba retrocedió marchando de lado y gruñó, y de repente hice mi elección. Giré, tomé a la niña en mis brazos y corrí en derechura hacia las avanzantes figuras de los hombres del Ya.

Nadie me seguía. Hasta oí un ahogado grito que parecía ser una advertencia. Oía los gañientes chillidos de los hombres del Ya, que crecían hasta convertirse en un feroz alarido, y en el último momento, cuando sus tiesas y crujientes plumas lucían sólo a unas cuantas yardas de distancia, me metí oblicuamente en una callejuela, tropecé con algún escombros y solté a la niña.

—¡Corre, pequeña!

La muchachita se sacudió como un cachorro que saliera del agua. Sus deditos se cerraron igual que un cepo de acero sobre mi muñeca.

—Por aquí —instó con un vivo susurro.

Y me encontré lanzándome hacia el distante cabo de la callejuela y metiéndome en el resguardo de una capilla pública. El acre hedor de incienso picaba en las ventanas de mi nariz; y podía oír los gañidos de los hombres del Ya mientras brincaban y triscaban callejuela abajo, sus fríos y venenosos ojos descubriendo el retiro donde yo estaba agazapado con la niña.

—Ahí —dijo la pequeña, jadeando—, conténgase cerca de mí sobre la piedra...

Reculé, sobrecogido.

—Oh, no se pare a discutir —gimió la niña—. ¡Venga aquí!

—¡Hai ai! ¡Hombre de la Tierra! ¡Hele ahí! Los brazos de la niña me rodearon de nuevo.

Sentí que su tieso cuerpecito se apretaba contra el mío, y la pequeña literalmente me arrastró hacia el diseño de losas del centro de la capilla. Yo no habría sido humano si no la hubiera sujetado más estrechamente todavía.

El mundo vacilaba. La calle desaparecía en un cono de rodantes luces, las estrellas danzaban locamente; y me lancé a través de un ensanchado seno de vacío espacio, trabado por los brazos de la niña. Me caí, rodé, metí la cabeza encima de unos tacones por entre luces y sombras cortejeantes que nos hundían en eternidades de desmedro. Los gañidos de los hombres del Ya se extinguían en remolino a inimaginable distancia, y por un instante sentí el cruel *blackout* que se experimenta en un avión al descender precipitadamente sin cerrar las válvulas de la maquinaria,

con la sangre manando de las ventanas de mi nariz y llenando mi boca.

CAPÍTULO XI

Unas luces brillaban ante mis ojos.

Estaba firmemente de pie en la capilla pública, pero la calle había desaparecido. Espirales de incienso todavía ahumaban el aire. El Dios Sapo se agazapaba en su retiro. La niña estaba colgando flácida, encerrada en mis apretados brazos. Mientras el suelo se enderezaba bajo mis pies me tambaleé, perdido el equilibrio por el repentino retorno del peso de la pequeña, y busqué ciegamente apoyo.

—Entréguemela —dijo una voz.

Y el combado cuerpo de la niña fue quitado de mis brazos. Una fuerte mano asió mi codo. Encontré una silla bajo mis rodillas y me senté agradecidamente en ella.

—La conducción no es fácil sin embargo, entre términos tan distantes —observó la voz—. Veo que Miellyn se ha desmayado otra vez. Es una encanijada, la niña, pero útil.

Escupí sangre, y procuré poner la habitación en foco. Porque estaba en el interior de una habitación, un aposento de alguna sustancia traslúcida, sin ventana, con una claraboya a gran altura por encima de mí, a través de la cual fluía la rosada luz del día. Luz del día... ¡y poco antes era medianoche en Charin! ¡Había recorrido medio camino alrededor del planeta en unos momentos!

Procedente de alguna parte, oí ruido de martilleo, un pequeño, retñente martilleo, el repique de un yunque de duendes. Alcé los ojos y vi a un hombre —¿un hombre? — que me observaba.

En Wolf se ve toda clase de existencia humana, semihumana y no humana, y me considero algo así como un experto en los tres órdenes. Pero nunca había visto a nadie, o nada, que se asemejara tan estrechamente a lo humano y tan obviamente no lo fuera. El extraño ser, o la cosa, era alto y flaco, de forma de hombre pero singularmente musculoso, con una vaga indicación de algo menos que humano en la floja curvatura de su postura.

Parecido a un hombre, llevaba unos ajustados pantalones verdes y una camisa de borra del mismo color que revelaba unos combados bíceps situados donde no debieran estar, y unos angulosos planos donde debiera haber habido prominentes músculos. Los hombros eran altos, el cuello desagradablemente sinuoso, y la faz, un poco más estrecha que la humana, era gallardamente arrogante, con una especie de cauta y vigilante malicia que era la cosa menos humana en él.

Se dobló, volcó el inerte cuerpo de la niña en un diván de alguna clase, y le volvió la espalda, levantando la mano con un gesto inquieto y desagradablemente recordativo.

El retintín de los pequeños martillos cesó como si un conmutador hubiera sido desconectado.

—Ahora —dijo el no humano—, podemos hablar.

Igual que la niña extraviada, hablaba el lenguaje de Shainsa, y lo hablaba con mejor acento que ningún no humano que yo hubiera conocido jamás; tan bien, que miré otra vez para estar seguro. No estaba demasiado aturdido para responder en la misma lengua, pero no podía retener un cúmulo de preguntas:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es usted? ¿Qué lugar es este?

El no humano estuvo esperando, cruzando las manos —unas manos bastante regulares, si uno no miraba con demasiada atención lo que debieran haber sido uñas— y se inclinó hacia adelante con un bosquejado gesto.

—No culpe a Miellyn. Obró bajo órdenes. Era una imperiosa necesidad que usted fuera traído aquí esta noche, y teníamos motivo para creer que pudiera no hacer caso de un ordinario requerimiento. Fue hábil esquivando nuestra vigilancia, por algún tiempo. Pero no habría dos habitantes de Dry en Charin esta noche que arrostraran el Viento de las Sombras. Su fama le hace justicia, Rakhal Sensor.

¡Rakhal Sensor! ¡Otra vez Rakhal!

Agitado saqué un trapo de bolsillo y me sequé la sangre de la boca. Había hallado, en Shainsa, por qué el error era lógico. Yo aquí en Charin había estado rondando por las antiguas guaridas de Rakhal, recorriendo sus antiguas veredas. Otra vez, la equivocada identidad era natural.

Natural o no, no iba yo a desmentirla. Si estos eran enemigos de Rakhal, mi verdadera identidad debiera ser mantenida como un as en reserva que podría, quizás, sacarme vivo de nuevo. Si eran sus amigos... bien, sólo podía confiar en que nadie que lo conociera suficientemente de vista se metería conmigo.

—Sabíamos —continuó el no humano— que si usted permanecía donde estaba, el terrano Cargill lo habría prendido. Estamos informados sobre su pendencia con Cargill, entre otras cosas, pero no considerábamos necesario que usted cayera en sus manos ahora.

—Todavía no comprendo —dije, confuso—. ¿Dónde estoy, exactamente?

—Esto es la capilla principal de Nebran.

¡Nebran!

Las perdidas piezas del rompecabezas de repente se ajustaron. Kyrál me había prevenido, no sabiendo que lo hacía. Apresuradamente imité el gesto que había hecho Kyrál, musitando unas palabras de un arcaico ensalmo.

Como todos los hombres de la Tierra que han vivido en Wolf por más tiempo que una simple temporada de turista, había visto rostros que se ponían pálidos e impasibles a la sola mención del Dios Sapo. El rumor hacía omnipresentes a sus espías, omniscientes a sus sacerdotes, todopoderosa su ira. Yo había creído aproximadamente una décima parte de lo que había oído decir. O menos.

El Imperio Terrano tiene poco que decir tocante a las religiones planetarias, y el culto de Nebran es notablemente oscuro, a pesar de las capillas públicas que se encuentran en todos los rincones. Ahora yo estaba en su capilla principal, y el

proyector que me había traído aquí era, fuera de toda duda, un modelo práctico de transmisor de energía.

Un transmisor de energía, un modelo práctico... esas palabras despertaron el recuerdo. Rakhal iba tras de ello.

—¿Y quién es usted, señor? —pregunté lentamente.

El hombre, o el animal, vestido de verde dobló su flaca espalda de nuevo con un ceremonioso gesto.

Dijo:

—Me llamo Evarin. Humilde servidor de Nebran y de usted —añadió, pero no había ninguna humildad en su aire—. Me llaman el Juguetero.

Evarin. Ese era otro nombre al cual el rumor había dado peso. Un soplo de parladoría en un mercado de estafadores. Una palabra garabateada en tizado papel. Un descolorido pliego de la oficina de información terrana. Otra pieza del rompecabezas se ajustaba: ¡Juguetero!

La niña tendida en el diván se sentó de repente, pasando sus delicadas manos por su desgreñado cabello.

—¿Me desmayé, Evarin? Tuve que contener para introducirlo allí en el espacio de piedra, y los diseños no estaban ordenados en línea recta en ese término. Tiene que enviar a uno de los Pequeñuelos para que los ponga en buen orden. Juguetero, usted no me está escuchando.

—Cesa de parlotear, Miellyn —dijo indiferente Evarin—. Lo trajiste aquí, y eso es todo lo que importa. ¿No estás lastimada?

Miellyn se enfurruñó y miró tristemente sus desnudos y magullados pies, luego pasó la mano por las arrugas de su andrajoso vestido con desdeñoso gesto.

—¡Mis pobres pies —se lamentó—, están negros y amoratados de los guijarros y mi cabello está lleno de arena y marañas! Juguetero, ¿de qué modo iba esto a llevarme a atraer a un hombre? Cualquier hombre se habría acercado aprisa, aprisa, si me hubiera visto con aspecto agradable, pero usted... ¡usted me envió en andrajos!

Golpeó con un desnudo piecezuelo. No era cabalmente tan joven como había parecido en la calle. Aún cuando inmadura y poco desarrollada según las normas terranas, tenía un bien formado cuerpo para una mujer de Dry. Sus andrajos caían ahora en graciosos pliegues. Su cabello era retorcido vidrio negro, y... vi lo que los harapos y la confusión de la inmunda calle me habían impedido ver antes.

Era la muchacha del bar del puerto del espacio, la muchacha que había surgido y desaparecido en las imponentes calles de Canarsa.

Evarin la estaba observando con lo que, en un humano, podía haber sido terrible desasosiego.

—Sabes que gozaste, como siempre, Miellyn. Corre a ponerte hermosa de nuevo, diablillo.

La muchachita salió de la habitación brincando, y yo me alegraba igualmente de ver que se iba. El Juguetero me hizo señas.

—Por aquí —indicó, y me condujo a través de una diferente puerta.

El martilleo entre bastidores que había oído, tenues sonidos campaniles semejantes a los de un xilófono de duendes, empezó de nuevo mientras la puerta se abría, y pasamos a un taller que me hizo recordar cuentos de niños de una casi olvidada infancia en la Terra. Porque los operarios eran menudos y nudosos gnomos.

Eran chaks. Chaks de los montes polares, achicados y cubiertos con pieles y semihumanos, con faz de bruja y grandes y brillantes ojos, y tenía la extraña sensación de que si miraba con bastante atención vería al menudo vendedor de baratijas que habían ahuyentado del distrito de Kharsa. No miré. Me figuraba que me hallaba en una situación bastante apurada ya.

Chiquitos martillos batían con ruido acompasado en yunques en miniatura, en un retiñiente, resonante coro de tañidos y sonidos armónicos. Brillantes ojos se concentraban como lentes de microscopio sobre joyas y chucherías centelleantes. Activos duendes. ¡Fabricantes de baratijas!

Evarin sacudió los hombros con un imperioso gesto. Lo seguí a través del taller de los duendes, pero no pude abstenerme de dirigir una prolongada mirada a las mesas de trabajo. Un macilento duende tenía la vista fija en la cabeza de un menudo sabueso. Hirsutos dedos trabajaban metales preciosos en invisible filigrana para la pieza del collar de una muñeca danzante. Plumas metálicas eran insertadas con la precisión de movimiento de relojería en las alas de un ave en esqueleto no más largas de mi uña. El hocico del sabueso bamboleaba, las alas del ave temblaban, los ojos de la pequeña danzarina seguían mis pasos.

—¿Juguetes?

—Por aquí —profirió vivamente Evarin.

Y una puerta se cerró ligeramente detrás de nosotros. Los tañidos y los sonidos metálicos se hacían más tenues, más débiles, pero no cesaban.

Mi rostro debía haber revelado más que una convencional impasibilidad, porque Evarin sonrió.

—Ahora usted sabe, Rakhal, por qué me llaman Juguetero. ¿No es extraño? El sacerdote superior de Nebran, un fabricante de juguetes; y la capilla del Dios Sapo un taller para niñerías...

Evarin se detuvo, de un modo sugerente. No eran obviamente niñerías y esta era mi ocasión para decirlo, pero evité la trampa. Evarin abrió un panel corredero y sacó una muñeca.

Tenía quizá la largura de mi dedo mayor, amoldada a las exactas proporciones de una mujer, y trajeada a la rara moda de las bayaderas de Ardcaran. Evarin no tocó ningún botón o llave que yo pudiera ver, pero cuando puso la figura de pie, esta ejecutó una arremolinada y viva danza de rápido y diestro movimiento.

—Soy, bajo un solo aspecto, humano —susurró Evarin. Castañeó, y la muñeca cayó de rodillas y se posó allí, quieta—. Además, tengo el miedo y, digamos, la capacidad para dar libre curso a mis pequeñas fantasías.

Luego se refirió a la muñeca.

—A la hijuela del presidente de la confederación de Trade Cities de Samarra le fue enviada una muñeca semejante recientemente. ¡Qué lástima que Paolo Arimengo fuera tan de repente acriminado y relegado! —Y el Juguetero hizo rechinar los dientes compasivamente—. Quizás esta menuda compañera igualará para la pequeña Carmela el ajustamiento a su nueva... posición.

Repuso la danzarina y abatió algo parecido a una perinola.

—Esto pudiera interesarle —consideró, y lo hizo girar.

Miré con asombro el diseño de luces que fluían y desaparecían, entrando y saliendo de externas sombras. De repente me di cuenta de lo que el objeto estaba haciendo. Aparté los ojos con un esfuerzo. ¿Había habido un intervalo de segundos o minutos? ¿Había hablado Evarin?

Evarin detuvo el compulsivo movimiento con un dedo.

—Varios de estos bonitos juguetes están disponibles para los chicos de hombres importantes —dijo negligentemente—. Algo de valor para nuestro explotado y empobrecido mundo. Infortunadamente son, quizás, un poco... ah, conspicuos. La incidencia de postración nerviosa es... ah, pone obstáculos a su venta. Los niños, por supuesto, no son afectados, y se deleitan en ellos.

Evarin puso el disco hipnótico en movimiento otra vez, me miró de soslayo, luego lo retiró cuidadosamente.

—Ahora —la voz de Evarin, áspera, con algo de la suavidad del maullido de un gato, rasgó el silencio—, hablaremos de negocios.

Me volví, dando a mi rostro una sosegada expresión. Evarin tenía algo escondido en una mano, pero no creía que fuera un arma. Y aunque lo hubiera sabido, no habría tenido que hacer caso de ello de cualquier modo.

—Tal vez usted se pregunte cómo lo reconocimos y lo encontramos.

Un panel clareó en la pared y se hizo traslúcido. Confusas imágenes vacilantes aparecieron luego, se fijaron; me di cuenta de que el panel era una ordinaria pantalla de televisión, y yo estaba viendo ahora el bien conocido interior del bar de los Tres Arco Iris de la Trade City de Charin.

Al presente no tenía gran curiosidad y hasta mucho mucho después no me pregunté cómo eran transmitidas las televisadas imágenes alrededor de la curva de un planeta. Evarin manipuló e hizo más intensa la visión del extenso bar de tipo terrano, donde un hombre alto, con ropa de terrícola, estaba hablando a una muchacha de cabello claro.

—En este momento, Race Cargill ha resuelto, sin duda alguna, que usted cayera en su trampa y en las manos de Los hombres del Ya. Está desprevenido ahora.

Y de repente toda la cosa pareció tan irresistiblemente, tan extrañamente divertida que mis hombros se estremecieron con el esfuerzo para retener una peligrosa risa. Desde que había llegado a Charin, me había afanado por evitar la Trade City, o toda persona que pudiera haberme asociado mentalmente con ella. Y Rakhal, de algún

modo sabedor de esto, había convenientemente llenado el blanco. Colocándose en mi lugar.

No era tan difícil como parecía. Había descubierto eso allá en Shainsa. Charin está muy muy lejos de la principal Trade City inmediata al distrito de Kharsa. Yo no tenía un solo amigo íntimo allí, ni a centenares de millas, para que reconocieran la impostura. A lo más, había media docena de los oficiales que había visto una vez, o echado un trago con ellos, ocho o diez años ha.

Rakhal podía hablar en perfecto lenguaje modelo cuando quería; si se deslizaba en el habla de la región de Dry, eso también estaba dentro de mi reconocida índole. No tenía ninguna duda de que Rakhal estaba aprovechándose con muy buen éxito de todo ello, probablemente haciéndolo mucho mejor con mi identidad de lo que pudiera haberlo hecho nunca con la suya.

—Cargill se proponía salir del planeta —dijo Evarin, con voz estridente—. ¿Qué lo detuvo? Usted podría ser de utilidad para nosotros, Rakhal. Pero no con esta querrela pendiente.

Eso no requería ninguna aclaración. Ningún wolfiano en su recto juicio pacta con un habitante de Dry que tenga una no resuelta querrela encima. Por ley y costumbre, una declarada pendencia familiar tiene la primacía sobre todo otro asunto, público o privado, y es suficiente justificación para rompimiento de promesas, abandono de obligaciones, robo, hasta asesinato.

—Deseamos que ello sea arreglado de una vez para siempre —prosiguió Evarin; su voz era ahora débil y sosegada—. Y no somos incapaces de apreciar los valores. Este Cargill puede, y lo ha logrado, fingirse un habitante de la región de Dry, sin ser descubierto. No nos satisfacen los hombres de la Tierra que pueden hacer eso. Arreglando su contienda, usted nos estará ayudando, y apartando un peligro. Estaríamos... agradecidos.

Evarin abrió su cerrada mano, mostrando algo pequeño, ensortijado, inerte.

—Toda cosa viviente emite un característico patrón de impulsos eléctricos de los nervios. Tenemos medios para registrar esos impulsos, y hemos tenido a usted y a Cargill bajo observación durante largo tiempo hemos tenido muchas oportunidades para sintonizar este juguete con el patrón de radiaciones de Cargill.

En la palma de su mano el ensortijado objeto se meneó, extendió unas alas. Un volantón pájaro yacía allí; su delicado cuerpecillo palpitaba ligeramente. Medio escondido en un collarín de plumas metálicas, vislumbré un pico horriblemente prolongado. Las alas estaban cubiertas de delicado plumón de menos de un cuarto de pulgada de largo. Batían con suave insistencia contra los aprisionantes dedos del Juguetero.

—Esto no es peligroso para usted. Apriete ahí —me explicó—, y si Race Cargill está a cierta distancia —y depende de usted estar dentro de esa distancia— el pajarito mecánico lo encontrará, y lo destruirá. Infalliblemente, inevitablemente, sin que se pueda averiguar cómo ha sido. No queremos revelarle la distancia exacta. Y le

daremos a usted tres días.

Evarin detuvo mi sobrecogida exclamación con un gesto.

—Por supuesto, esto es una prueba. En el momento oportuno Cargill recibirá un aviso. ¡No queremos incompetentes que tengan que ser ayudados demasiado! ¡Tampoco queremos cobardes! Si usted fracasa, o suelta el pájaro a una distancia demasiado grande, o elude la prueba —la cruda y desapiadada malignidad de sus ojos me hizo sudar—, tenemos otro pájaro.

Ahora mi cerebro estaba dando vertiginosas vueltas, pero creía entender la compleja e inhumana lógica implicada.

—¿El otro pájaro está preparado para mí?

Evarin movió la cabeza con calmoso menosprecio.

—¿Usted? Usted está habituado al peligro y es aficionado a las jugadas. ¡Nada tan sencillo! Le hemos dado tres días. Si, dentro de ese tiempo, el pájaro que usted dirigirá no ha efectuado su obra de destrucción, será lanzado el otro pájaro. Y este lo matará. Rakhal, usted tiene una esposa.

Sí, Rakhal tenía una esposa. Podían amenazar a la esposa de Rakhal. Y su mujer era mi hermana Juli.

Después de eso, todo era anticlímax. Por supuesto yo tenía que beber con Evarin, elaborado y formalista ritual sin el cual no se cierra ningún trato en Wolf. Evarin me distrajo con sangrientas y técnicas descripciones del modo en que los pájaros, y otros de sus infernales juguetes, hacían su mortífera obra, y cosas peores.

Miellyn danzó en la habitación y turbó la exquisita solemnidad del ritual del vino sentándose sobre mi rodilla, hurtando un sorbo de mi copa, y enfurruñándose lindamente cuando vio que le prestaba menos atención de la que creía que merecía. No me atrevía a prestarle mucha atención, aún cuando la muchachita susurró con la premeditada y cabal picardía de una mujer de Dry de alta clase social que ha desechado sus cadenas, algo sobre una cita en los Tres Arco Iris.

Pero finalmente se acabó; y pasé por una puerta que se viró con un vertiginosa confusión, y me encontré afuera en Charin de nuevo, junto a una desnuda pared sin ventana; la noche era estrellada y fría. El acre olor del Viento de las Sombras se estaba debilitando cuando una última patrullante horda de hombres del Ya, la postrera de su refulgente oleada, triscó calle abajo. Me dirigí a mi habitación de una inmunda posada de un chak, y me eché sobre la tosca cama infestada de bichos.

Lo crean o no, dormí.

CAPÍTULO XII

Una hora antes del alba hubo un ruido en mi cuarto. Desperté, y puse rápidamente la mano sobre el puñal. Alguien o algo estaba chapuceando debajo del colchón donde había metido el pájaro de Evarin. Me lancé, di con algo caliente y respirante, y me agarré con ello en la oscuridad. Algo de olor hediondo se agarró en mi boca con fuerza. Lo arranqué y batí reciamente con el puñal. Hubo un agudo chillido. La agarradora porquería se desasíó, se debilitó, y algo feneció sobre el suelo.

Encendí un fósforo, nauseando con revulsión. No había sido un ser humano. No habría habido esa abundancia de sangre con un humano. Ni de ese color, tampoco.

El chak que dirigía el local apareció luego y me farfulló algo. Los chaks tienen horror a la sangre, y este me dio a entender que mi inquilinato había acabado ahí y en ese momento, y que no estaba dispuesto a discutir ni a hacer ninguna restitución de dinero. Ni siquiera quiso dejarme ir a la dependencia accesoria de piedra para quitar la porquería de mi capa con un lavado. Renuncié, y busqué debajo del colchón para recoger el juguete de Evarin.

El chak captó una vislumbre de los bordados del tejido de seda con que estaba envuelto el objeto, y retrocedió, sus flojos e hirsutos labios colgando abiertos, mientras yo recogía mis escasos bártulos y salía del cuarto a zancadas. No quiso tocar las monedas que ofrecí; las puse sobre un arca y el chak dejó que yacieran allí; y mientras yo salía a la creciente luz rojiza de la mañana, las monedas saltaron detrás de mí a la calle.

Quitó el juguete de la envoltura de seda, y traté de sacar algún sentido de mi apuro. El pequeño objeto yacía inofensivo y quieto en la palma de mi mano. No quería revelarme si había sido sintonizado conmigo, el verdadero Cargill, en algún tiempo del pasado, o con Rakhal, que usaba mi nombre y mi fama en la colonia terrana aquí en Charin.

Si apretaba el botón el objeto mecánico podía ejecutar esta comedia de errores acosando a Rakhal, y todas mis penas habrían acabado. Por algún tiempo, al menos, hasta que Evarin descubriera lo que había ocurrido. No me hacía ilusiones de que podía llevar la impostura desde el principio hasta el fin de otra entrevista.

Por otra parte, si apretaba el botón, el pájaro pudiera volverse contra mí. Y entonces todas mis penas acabarían para siempre.

Si me demoraba más allá del fijado límite de tiempo, y no hacía nada, el otro pájaro de Evarin acosaría a Juli y le daría una rápida y no demasiado suave muerte.

Pasé la mayor parte del día en el garito de un chak, formando planes. Juguetes, inofensivos y siniestros. Espías, mensajeros. Juguetes que destruían y mataban horriblemente. Artefactos que podían ser dirigidos, quizás, por la flexible mente de un niño, ¡y todos los niños detestaban a sus padres de vez en cuando!

Hasta en la colonia terrana, ¿quién estaba seguro? En la misma casa de Mack, uno de los chicos de Magnusson tenía un objeto brillante que podía, o no podía, ser uno de los infernales juguetes de Evarin. ¿O quizás estaba yo empezando a pensar como un supersticioso habitante de la región de Dry?

Maldito sea, Evarin no podía ser infalible; ni siquiera me había reconocido como Race Cargill. ¿O acaso —y de repente el sudor brotó, de nuevo, de mi frente— me había ciertamente reconocido? ¿Había sido toda la cosa una de esas siniestras, fatales e incomprensibles chanzas no humanas?

Seguía llegando a la misma conclusión. Juli estaba en peligro, pero se hallaba a medio mundo de distancia. Rakhall estaba aquí en Charin. Había una niña implicada, la hija de Juli. El primer paso era penetrar en la colonia terrana y ver cómo estaba el terrano.

Charin es una ciudad en forma de una media luna, que rodea a la pequeña Trade City: un puerto espacial en miniatura, un cuartel general en un rascacielos en miniatura, las apiñadas viviendas de los terranos que trabajaban ahí, y los que moraban con ellos y les proporcionaban artículos necesarios, vajilla y cosas que deleitan los sentidos.

La entrada desde una a la otra es por un guardado paso con portillo, pues este es territorio hostil, y Charin está situada mucho más allá de la marca de la ordinaria ley terrana. Sin embargo, la puerta estaba abierta de par en par, y los guardas parecían estar flácidos y aburridos. Llevaban toscas armas, pero no parecía que las hubieran usado últimamente.

Uno de ellos hizo un gesto a su compañero arqueando una ceja mientras yo subía bamboleándome. Podía imaginar bastante bien la impresión que causaba, sucio, desgredado y manchado de sangre no humana. Pedí permiso para entrar en la zona terrana.

Me preguntaron el nombre y la ocupación, y jugué con la idea de dar el nombre del hombre que estaba inadvertidamente personificando. Luego juzgué que si Rakhall se había hecho pasar por Race Cargill, esperaría exactamente eso. Y era también capaz del golpe magistral de desfachatez, de sacar una orden de detención, por medio de la fuerza del espacio, para su propio nombre.

Por tanto di el nombre que habíamos usado desde Shainsa hasta Charin, y añadí una de las contraseñas del Servicio Secreto al final de él. Los guardas se miraron el uno al otro y uno dijo:

—Rascar, ¿eh? Este es el tipo, perfectamente.

Me hizo entrar en la pequeña barraca por la barrera mientras el otro usaba un sistema espacial de comunicación mutua. Luego me llevaron hacia el edificio del cuartel general, y una vez allí me hicieron entrar en un departamento que decía: «Embajador».

Traté de alejar el miedo, ¡pero no era fácil! Claramente me había metido de lleno en otra trampa.

—Está bien, pero ¿cuál es exactamente su quehacer en la Trade City? —me preguntó uno de los guardas.

Había esperado localizar a Rakhal primero. Ahora sabía que no tendría ninguna oportunidad, y costara lo que costara, tenía que arreglar este asunto de la identidad antes que la cosa fuera más lejos.

—Póngame en comunicación con el despacho de Magnusson. Piso 38 de la Oficina Central. Para refrendación —reclamé.

Estaba tratando de recordar si Mack había alguna vez siquiera oído decir el nombre que usábamos en Shainsa. Juzgué que no podía arriesgarme a darlo.

—En nombre de Race Cargill —dije.

El guarda hizo una mueca, sin moverse.

—Ese es el sujeto, perfectamente —dijo a su compañero. Y puso una mano sobre mi hombro, haciéndome girar.

—Vamos, hombre. Sacúdase las botas.

Había dos de ellos, y los guardas de la fuerza del espacio no son escogidos por su primor. Lo mismo daba; hice una relación de mí mismo bastante buena, hasta que se abrió la puerta interior y salió un hombre estallando de cólera.

—¿Qué diablos es todo este barullo?

Un guarda me dio un agarrón.

—Este holgazán de la región de Dry trató de persuadirnos a hacer una llamada de prioridad a Magnusson, el jefe de la Central. Conocía un par de las contraseñas del Servicio Secreto. Es eso lo que le dio entrada. Recuerde que Cargill pasó el aviso de que aparecía alguien que trataría de hacerse pasar por él.

—Me acuerdo —dijo el desconocido; sus ojos eran cautos y fríos.

—¡Malditos necios! —Gruñí—. ¡Magnusson me identificará! ¿No pueden darse cuenta de que están tratando con un impostor?

—Quizás debiéramos detenerlo como persona sospechosa —uno de los guardas dijo al embajador, en voz baja.

Pero el embajador movió la cabeza.

—No vale la pena. Cargill dijo que era un asunto privado. Ustedes podrían registrarlo, asegurarse de que no está ocultando armas de contrabando —añadió, y habló quedito al asombrado empleado del fondo mientras los guardas examinaban mi capa y mis bolsillos detenidamente.

Cuando empezaron a desenvolver el juguete cubierto con el tejido de seda grité; si el artefacto se ponía en marcha accidentalmente, habría disturbio.

—¿No pueden ver que hay un bordado del Dios Sapo? —reprochó el embajador, volviéndose—. Es un amuleto religioso de alguna clase. No lo toquen.

Los guardas refunfuñaron, pero me lo devolvieron, y el embajador ordenó:

—No lo molesten más. Devuélvanle el cuchillo y acompañenlo a las puertas. Pero asegúrense de que no retroceda.

Me encontré agarrado y conducido boca abajo por cuatro hombres, cada uno de

los cuales me asía de un miembro. Uno de los guardas repuso mi puñal en su broche. El otro me empujó con fuerza, y caí abierto de brazos y piernas en el polvo de la calle empedrada con guijarros, con el acompañamiento de una blasfema declaración de lo que podía esperar si volvía. Un coro de befas de un grupo de niños y mujeres cubiertas con velos, de raza *chak*, se desató sobre mí.

Me alcé, miré tan ferozmente a los rientes espectadores que la risa huyó de ellos y guardaron silencio; cerré los puños, casi inclinado a retroceder y abrirme camino. Luego me apacigué. El primer *round* de Rakhal. Me había tendido la trampa, muy diestramente.

La calle era estrecha y curva, serpenteando entre dobladas hileras de casas de guija, y estaba llena de oscuras sombras aún en el rojo mediodía. Anduve sin designio, moviendo con cuidado el brazo que el guarda había estrujado. No estaba más cerca de arreglar las cosas con Rakhal, y había cerrado de golpe por lo menos una puerta detrás de mí.

¿Por qué no había tenido suficiente juicio para subir y decir que quería ver a Race Cargill? ¿Por qué no había insistido en una confrontación de las huellas digitales? Podía probar mi identidad; y Rakhal, que usaba mi nombre en mi ausencia, ante los que no me conocían de vista, no podía. Podía al menos haberle compelido a hacer lo posible. Pero Rakhal lo había tramado tan hábilmente, que yo no tenía una oportunidad para insistir en pruebas.

Entré en una taberna y pedí una copita de verdusco licor de fresas silvestres, sorbiéndolo lentamente y manoseando los pocos billetes y monedas de mis bolsillos. Más valía que me olvidara de prevenir a Juli. No podía avisarla desde Charin, excepto en la zona terrana. No tenía ni el dinero ni el tiempo necesarios para hacer el viaje en persona, aún cuando pudiera conseguir pasaje en una línea aérea dirigida por terranos en las próximas veinticuatro horas.

Miellyn. Había coqueteado conmigo, y, igual que Dallisa, pudiera resultar vulnerable. Podía ser otra trampa, pero correría el albur. Por lo menos podría recibir indicaciones acerca de Evarin. Necesitaba información. No estaba ya habituado a esta clase de intriga. El olor de peligro era ajeno a mi ahora, y lo encontraba desagradable.

El pequeño bulto del pájaro que guardaba en el bolsillo me atormentaba. Lo saqué de nuevo. Era una tentación apretar el botón y dejar que el artefacto arreglara las cosas, o por lo menos las pusiera en marcha, entonces y allí.

Poco después noté que los dueños de la taberna tenían la vista fija en la seda de la envoltura. Recularon, recelosos. Ofrecí una moneda, y movieron la cabeza.

—La bebida está a la disposición de usted —dijo uno de ellos—. Todo lo que tenemos está a la disposición de usted. Pero, por favor, váyase. Váyase prontamente.

No tocaron las monedas que ofrecí. Me metí el pájaro en el bolsillo, blasfemé y me fui. Era mi segundo incidente con respecto a ser de algún modo tabú, y no me gustaba.

Era casi de noche. Y entonces me di cuenta de que alguien me seguía.

Al principio fue una vislumbre desde el rabillo del ojo, una cabeza vista con demasiada frecuencia por casualidad. Luego unas pisadas demasiado persistentes, de ritmo desigual.

Tac, tac, tac. Tac, tac, tac.

Tenía el puñal a la mano, pero tenía la idea de que esto no era nada que pudiera arreglar con un puñal. Me metí en una calle lateral y estuve en expectativa.

Nada.

Continué, riéndome de mis imaginarios temores.

Luego, poco después, las tenues y persistentes pisadas sonaron detrás de mí otra vez.

Tomé por el atajo de un mercado de ladrones, trampeando de puesto en puesto, maldecido por viejas que vendían caliente carpa frita, mujeres con rayados velos que me injuriaban en su estridente habla cuando rozaba sus arrolladas alfombrillas con ligeros pies. A distancia, detrás, oía el familiar golpeo desigual: tac, tac, tac, tac, tac.

Huí a lo largo de una calle donde se veía a mujeres en balcones adornados con flores; los rasos fanales suministraban manantiales y riachuelos de lumbre color de oro y de naranja. Corrí de prisa por tranquilas calles donde niños cubiertos con pieles se arrastraban hasta las puertas y me observaban con grandes y brillantes ojos que relucían en la oscuridad.

Me metí en una callejuela y me mantuve allí quieto, respirando con dificultad. Alguien escasamente a dos pulgadas de distancia dijo:

—¿Es usted uno de nosotros, hermano?

Musité algo insolente, en su dialecto, y una mano, felizmente de un ser humano, se cerró sobre mi codo.

Me gimió:

—Por aquí.

Sofocado con la larga carrera, dejé que el hombre me condujera, pensando desasirme después de unos cuantos pasos, disculparme por haber dado una equivocada identidad y desaparecer, y entonces un ruido en el extremo de la calle hizo que me atiesara con una sacudida y escuchase.

Tac, tac, tac. Tac, tac, tac.

Dejé que mi brazo cediera dentro de la mano que me guiaba, eché un pliegue de mi capa encima de mi rostro, y acompañé a mi desconocido guía.

CAPÍTULO XIII

Tropecé con unos peldaños, di una sacudidora zancada hacia abajo, y me encontré en una oscura habitación atestada de vagas figuras, humanas y no humanas.

Las figuras oscilaban en la oscuridad, cantando en un dialecto que no me era enteramente familiar, un monótono y plañidero canto con una única frase periódica: «¡Kamaina! ¡Kamaina!». Empezaba en un agudo tono, descendiendo en fantástica cromática al más bajo tono que el oído humano pudiera analizar.

El sonsonete me hizo recular. Hasta los habitantes de la región de Dry rehuían los orgiásticos rituales de Kamaina. Los hombres de la Tierra tienen fama de librarse de las más censurables costumbres —según las normas humanas— en todos los planetas donde moran. Pero no tocan a las religiones, y el Kamaina, en la sobrefaz de cualquier modo, era una religión.

Empecé a voltearme y a salir, como si inadvertidamente me hubiera equivocado de puerta, pero mi guía me tiró del brazo, y estaba acuñando demasiado apretadamente ahora para correr el albur de un alboroto. Tratar de forzar mi salida sólo habría atraído la atención hacia mí, y la primera de las máximas del Servicio Secreto es: cuando esté en duda, continúe, calle y observe al otro sujeto.

Mientras mis ojos se adaptaban a la débil luz, vi que la mayor parte de la muchedumbre eran hombres de los llanos de Charin o chaks. Uno o dos llevaban capas de la región de Dry, y hasta creí ver un hombre de la Tierra entre la multitud, aún cuando no estaba seguro y fervorosamente deseaba que me equivocara. Estaban agachados alrededor de unas mesillas en forma de media luna, y todos contemplando con atentos ojos una vacilante mota de luz en la parte delantera del sótano. Vi un sitio vacío en una mesa y paré allí, encontrando el pavimento suave, como si estuviera protegido con cojines.

Sobre cada mesa, ardían unas pequeñas pastillas fumigatorias, y de estos cucuruchos de fuego con cabos de cenizas emanaba el vaporoso y flotante humo que llenaba la oscuridad de extraños colores. A mi lado una inmadura muchacha chak estaba arrodillada en grave actitud; sus encadenadas manos extendidas apretadamente hacia atrás en sus costados, sus desnudos pechos acribillados por anillas adornadas con piedras preciosas.

Bajo la pálida piel de adorno que rodeaba sus picudas orejas, exquisito faz animal tenía una expresión cabalmente furiosa. La muchacha me susurró algo, pero su dialecto era tan confuso que sólo pude captar el significado de unas cuantas palabras, y de buena gana no habría atendido a esas pocas. Un chak mayor impuso silencio con un gruñido y la muchacha se apaciguó, oscilando y canturreando.

Había copas y ampollas en todas las mesas, y una mujer vertió un claro y fosforescente líquido en una copa y me la ofreció. Tomé un sorbo, luego otro. Era frío

y agradablemente picante, y hasta que el segundo trago se volvió dulce en mi boca no supe lo que cataba. Simulé beber mientras que los ojos de la mujer estaban fijos en mí, luego de algún modo me di maña para derramar el inmundo mejunje por mi camisa.

Estaba receloso hasta de los vapores, pero no había nada más que yo pudiera hacer. El mejunje era *shallavan*, proscrito en todos los planetas del Imperio Terrano y todos los medio docentes planetas fuera de él.

Más y más figuras, hombres y criaturas, seguían apiñándose en el sótano, el cual no era muy espacioso. El local se parecía a la peor pesadilla de un soñador bajo los efectos de una droga, ardiendo con los colores del humeante incienso, la oscilante muchedumbre, y sus monótonos lamentos. Todo de repente hubo una flama de luz morada y alguien gritó con delirante exaltación: «¡Na ki na Nebran n’hal Kamaina!

—¡Mamayeeeeeeena! —chilló la enajenada turba.

Un anciano se levantó de un brinco y empezó a arengar a la multitud. Apenas pude entender su dialecto. Estuvo hablando de la Terra. Estuvo hablando de los tumultos. Estuvo farfullando una mística monserga que no pude ni deseaba entender, y atizando una populachera propaganda antiterrana que entendí demasiado bien.

Otra flama de luces y otro prolongado chillido en coro:

—¡Kamayeeeeeeena!

Evarin se hallaba dentro de la flama de luz de muchos colores.

El Juguetero, como lo había visto la última vez, suave como un gato, graciosamente extraño, cubierto por una onda de vertiginosos matices rojos. Detrás de él había oscuridad. Esperé a que la atormentada flama de luces menguara; luego, forzando la vista para ver más allá de él, recibí mi peor sobresalto.

Una mujer estaba de pie allí, desnuda hasta la cintura; las manos trabadas, según el ritual, con cadenillas que se meneaban y batían armoniosamente mientras ella se movía piernierguida como en un helado sueño. Cabello semejante a vidrio negro fajaba sus sienes y sus desnudos hombros, y sus ojos eran rojos.

Y los ojos tenían vida en el rostro inerte y soñador. Vivían, y estaban llenos de terror aún cuando los labios se combaban en una muellemente extasiada sonrisa.

Miellyn.

Evarin estaba hablando en ese dialecto que yo apenas entendía. Sus brazos estaban en alto y su capa se escapaba de ellos, agitándose como algo viviente. Los apiñados humanos y no humanos oscilaban y cantaban y Evarin se mecía por encima de ellos como una irisada cucaracha, sus entrelazados brazos agitándose hacia adelante y hacia atrás, en continuo y vivo movimiento. Agucé el oído para captar sus palabras.

—Nuestro mundo... un viejo mundo.

—Kamayeeena —plañió el agudo coro.

—... los humanos, los humanos, todos los humanos querrían hacer unos esclavos de todos nosotros, todos excepto los Hijos del Mono...

Perdí el hilo por un momento. Cierto. El Imperio Terrano tiene una pequeña mancha oscura en su por otra parte sana política, pasando por alto el hecho de que los no humanos y los humanos han vivido apaciblemente aquí durante milenios: los terranos plácidamente daban por sentado que eran en todas partes la raza dominante, como en la Tierra misma.

Los activos brazos del Juguetero continuaban girando. Me froté los ojos para purificarlos del *shallavan* y el incienso. Esperaba que lo que veía fuera una ilusión producida por la droga; algo, algo enorme y oscuro, estaba revoloteando por encima de la muchacha. Ella se tenía en una placida postura, las manos ceñidas con las cadenas, pero los ojos se contorcían en la helada calma del rostro.

Luego algo —sólo puedo llamarlo un sexto sentido— me indicó que había alguien más allá de la puerta. Yo era quizás el único ser viviente ahí, excepto por Evarin, que no estaba bajo los efectos del *shallavan*, y tal vez eso era todo lo que había en ello. Pero durante los años del Servicio Secreto había tenido que desarrollar algunos sentidos adicionales. Cinco no bastaban para la supervivencia.

Sabía que alguien estaba decidiendo derribar esa puerta, y yo tenía una buena idea del porqué. Me habían seguido, por órdenes del embajador, y, siguiendo la pista hasta aquí, se habían ido y traído refuerzos de vuelta.

Alguien llamó a la puerta con un fuerte golpe, y una estentórea voz preguntó:

—¡Abran ahí, en nombre del Imperio!

El canto de la congregación se quebró en desiguales trinos. Evarin se detuvo. En alguna parte, una mujer chilló. Las luces se apagaron de rondón y comenzó una escampada en la sala. Las mujeres me batían con cadenas, los hombres daban patadas, había agudos gritos y alaridos. Me abrí camino hacia adelante a empujones, empellando con los codos y las rodillas y los hombros.

Se abrió un oscuro vacío, y tuve una vislumbre de luz del sol y cielo abierto; y comprendí que Evarin se había metido en alguna parte y había desaparecido. Los golpes a la puerta eran tan fuertes y ruidosos que parecía que hubiera todo un regimiento de la fuerza del espacio allí afuera. Me lancé hacia el débil resplandor de unas estrellitas que señalaban la diadema de Miellyn en la oscuridad, arrostrando la negra y horrorosa cosa que se cernía sobre la muchacha, y toqué rígida carne de moza, fría como la muerte.

Así a Miellyn y corrí oblicuamente. Esta vez no era intuición; de diez veces nueve, sin embargo, la intuición es sólo un atajo mental que suma todas las cosas que la mente subconsciente ha observado mientras uno estaba atareado pensando en otra cosa. Todas las casas vernáculos de Wolf tenían entradas y salidas ocultas, y sabía dónde buscarlas. Esta estaba exactamente donde yo esperaba, empujé la puerta, y me encontré en un largo y oscuro pasillo.

La cabeza de una mujer atisbó desde una puerta que acababa de abrirse. La mujer vio el flácido cuerpo de Miellyn colgante de mi brazo y su boca se ensanchó con un sigiloso grito. Luego la cabeza reculó de sopetón, quedando fuera del alcance de la

vista, y una puerta se cerró de golpe y con estrépito. Oí que el cerrojo se deslizaba. Corrí hacia el extremo del pasadizo, con la muchacha en mis brazos, creyendo que era este sitio por donde entré, por lo que concernía a Miellyn, y preguntándome por qué me inquietaba.

La puerta daba a una oscura y tranquila calle. Una solitaria luna se estaba poniendo al otro lado de las cimas de los tejados. Puse a Miellyn de pie, pero la muchacha gemía y se apretaba contra mí.

Eché mi capa alrededor de sus desnudos hombros. A juzgar por los ruidos y gritos, habíamos salido justamente a tiempo. Nadie salió de la salida detrás de nosotros. O la fuerza del espacio la había obturado o, más probablemente, todos los otros del sótano estarían demasiado embotados por las drogas para saber lo que estaba pasando.

Pero transcurrieron sólo unos minutos, lo discerní, antes de que la fuerza del espacio registrara toda la casa en busca de ocultos boquetes de escape. De repente, y fuera de propósito, me encontré pensando en un día, no muy lejano, en que me puse en pie enfrente de una unidad en instrucción de la fuerza del espacio, a la cual había sido presentado como un experto de la oficina de información en poblaciones vernáculas, y solemnemente les previne sobre las salidas y entradas ocultas. Me pregunté, por medio minuto, si no sería más fácil esperar aquí y dejar que me cogieran.

Luego suspendí a Miellyn de una parte a otra de mis hombros. Pesaba más de lo que parecía, y un momento después, semiconsciente, empezó a agitarse y a gemir. Había una casa de comidas dirigida por un chak calle abajo, un sitio que en otro tiempo yo conocía bien, de mala fama y peor comida, pero era tranquilo y estaba abierto toda la noche. Me guarecí a la puerta, doblándome en el bajo dintel.

El local estaba lleno de humo y era maloliente. Descargué a Miellyn sobre un canapé y dije al desaliñado mozo que trajera dos cuencos de tallarines y café; le di unas cuantas monedas adicionales, con la indicación de que nos dejara solos. Probablemente sacó la peor deducción posible —vi que su morro se crispaba al olor del *shallavan*— pero era esa clase de sitio, de cualquier modo. Bajó los postigos y se fue.

Fijé la vista en la insensible muchacha, luego me encogí de hombros y empecé con los tallarines. Mi propia cabeza estaba todavía algo embotada de los humos, el incienso y la droga, y necesitaba tenerla despejada. No estaba muy seguro de qué iba a hacer, pero tenía a la muchacha de confianza de Evarin, e iba a servirme de ella.

Los tallarines eran grasientos y tenían un gusto raro, pero estaban calientes, y me comí todo un cuenco antes de que Miellyn se meneara y gimiera, y se pasase una mano, con un ligero retintín de cadenas, por su cabello. El gesto me recordaba vagamente a Dallisa, y por primera vez noté el parecido entre las dos. Ello me puso precavido y sin embargo singularmente templado.

Hallando que no podía moverse desembarazadamente, Miellyn se revolvió, se

incorporó y miró alrededor con azoramiento y congoja crecientes.

—Hubo una especie de tumulto —dije—. La saqué a usted. Evarin la dejó en las astas del toro. Y puede dejar de pensar lo que está pensando, que le puse mi capa encima porque estaba desnuda hasta la cintura y ello no parecía muy digno —me detuve para considerar eso, y rectificué—: Quiero decir que no podía arrastrarla por las calles de esa manera. Ello parecía bastante digno.

Con sorpresa mía, Miellyn emitió una débil risita, y extendió sus encadenadas manos.

—¿De veras?

Desuní los anillos de las cadenas y zafé a la muchacha. Se restregó las muñecas como si le dolieran; luego tiró sus ropas hacia arriba, las sujetó de manera que estuviera decentemente tapada, y echó mi capa atrás. Sus ojos estaban abiertos de par en par, y eran anchos y apacibles a la luz de la vacilante llama de la vela.

—Oh, Rakhal —suspiró—. Cuando lo vi allí...

Se sentó, juntando las manos apretadamente, y cuando continuó su voz era singularmente fría y reprimida para cualquiera tan joven. Era casi tan fría como la de Dallisa.

—Aún cuando usted haya venido de parte de Kyril, no retrocederé. Jamás retrocederé, y lo mismo da que usted lo sepa.

—No vengo de parte de Kyril, y no me importa a dónde usted vaya. No me importa lo que haga.

De repente me di cuenta de que la última declaración era totalmente incierta, y para ocultar mi turbación empujé el restante cuenco de tallarines hacia la muchacha.

—Coma.

—No tengo hambre —dijo Miellyn, arrugando la nariz con desdeñoso hastío.

—Cómalo, de cualquier modo. Está todavía medio aturdida por las drogas, y la comida le aclarará la cabeza —cogí un cubilete del café y lo vacié de un solo trago—. ¿Qué estaba haciendo en ese repugnante antro?

Sin avisar, Miellyn se lanzó al otro lado de la mesa hacia mí, echando sus brazos alrededor de mi cuello. Sobrecogido, dejé que la muchacha se pegara un momento, luego alcé los brazos y tenazmente solté sus manos.

—Nada de eso ahora. Fui cautivado por el encanto femenino una vez, y ello me metió en medio del fango.

Pero sus dedos arañaron mi espalda.

—Rakhal, Rakhal, traté de escaparme y encontrarlo. ¿Tiene aún el pájaro? ¿No lo ha lanzado todavía? Oh, no lo haga, no lo haga, Rakhal, usted no sabe lo que Evarin es, no sabe lo que él está haciendo —dijo Miellyn. Las palabras fluían de ella como aguas de una riada—. Ha arrastrado tras sí a tantos de ustedes; no deje que le impela a ello, Rakhal. Le llaman hombre honrado, usted trabajó en otro tiempo por la Terra; los terranos le creerían si se dirigiera a ellos y les contase lo que Evarin... Rakhal, lléveme a la zona terrana, lléveme allá, lléveme allá donde me protejan de Evarin.

Al principio traté de parar a la muchacha, interrogarla; luego esperé y dejé que el raudal de súplicas continuara fluyendo. Finalmente, postrada y sin resuello, Miellyn se apoyó sosegadamente en mi hombro, su cabeza caída hacia adelante. El rancio vapor de *shallavan* se mezclaba con la fragancia de flores de su cabello.

—Muchachita —dije lentamente al fin—, usted y su amo el Juguetero me han tomado por otro. No soy Rakhal Sensor.

—¿No? —exclamó Miellyn. Y retrocedió, mirándome con consternación. Sus ojos me escudriñaron minuciosamente, desde la raya gris que surcaba mi frente hasta la cicatriz, más abajo, que se deslizaba hacia el interior del cuello de mi camisa—. Luego, ¿quién...?

—Race Cargill. De la oficina de información terrana.

Miellyn miró con asombro, la boca dilatada como la de una niña.

Luego rió. ¡Reía! Al principio creí que estaba histérica. La miré con terror. Después, mientras sus dilatados ojos hacían frente a los míos, con toda la malicia de los no humanos que se han mezclado con los humanos aquí, todas las tortuosas complejidades de la ilógica mentalidad de Wolf detrás del encanto femenino en ellos, empecé a reír también.

Eché la cabeza atrás y rugí, hasta que estuvimos pegados el uno al otro y gritando de regocijo como un par de desvariados necios. El mozo chak se acercó a la entrada, nos miró de hito en hito, y yo rugí, entre espasmos de loca risa:

—Salga, diablos.

Luego Miellyn estuvo secándose el rostro, lágrimas de alegría rodando aún por sus mejillas; y yo estuve mirando con ceño y fríamente al interior de los vacíos cuencos.

—Cargill —dijo indecisamente la muchacha—, puedes llevarme allá con los terranos donde Rakhal...

—Qué diablos... —estallé—. No puedo llevarte a ninguna parte, chiquilla. Tengo que encontrar a Rakhal... —Me detuve a media frase, y miré a la muchacha abiertamente por primera vez.

Niña, cuidaré de que estés protegida, si puedo. Pero temo que has pasado de la trampa a la olla. No hay una casa en Charin que quieran tenerme. Me han echado dos veces hoy.

—No sé cómo se propala la voz —dijo Miellyn, haciendo un expresivo gesto—, pero ocurre, en las regiones de población no humana. Creo que pueden ver la perturbación escrita en un rostro humano, o percibirla en el viento.

Y se calló, su rostro mantenido con pesadez entre sus manos, su cabello cayendo en marañas. Acomodé una de sus manos en las mías y la doblé.

Era una delicada mano, con huesos semejantes a los de los pájaros y uñas de un suave matiz rosado; pero las arrugas y los lugares endurecidos alrededor de los nudillos me recordaban que Miellyn, igualmente, procedía de la fría austeridad de las salinas regiones de Dry. Un momento después, se sonrojó y quitó su mano de las

mías.

—¿Qué estás pensando, Cargill? —preguntó, y por primera vez oí su voz sosegada, sin la coquetería que, al fin y al cabo, debía haber sido una muy tenue capa exterior.

—Estoy pensando en Dallisa —le contesté sencilla y literalmente—. Creía que erais muy diferentes, y sin embargo, veo que eres muy parecida a ella.

Pensé que Miellyn preguntaría qué sabía yo de su hermana, pero lo dejó pasar en silencio. Unos momentos después, dijo:

—Sí, éramos gemelas —y luego, tras un largo silencio, añadió—: Pero Dallisa fue siempre en todo la mayor.

Y eso era todo lo que jamás supiera de cualesquiera oscuros impulsos que habían convertido a Dallisa en una rigurosa y trágica Clitemnestra, y a Miellyn en una fugitiva hada.

Al otro lado de las corridas persianas, el alba se estaba avivando. Miellyn temblequeó, y echó sus ligeras ropas alrededor de su desnudo cuello. Di una ojeada al pequeño cerco de piedras preciosas que adornaban como con estrellas, y dije:

—Más vale que te quites esas gemas y las escondas. Ellas solas bastarían para hacer que te arrastraran hacia el interior de una callejuela y te estrangularan, aquí en esta parte de Charin —y me saqué el mecánico pájaro del bolsillo y lo eché sobre la grasienta mesa, todavía envuelto con el tejido de seda—. No creo que sepas a cuál de nosotros este artefacto está destinado a matar.

—No sé nada tocante a los juguetes.

—Parece que sabes mucho acerca del Juguetero.

—Lo creía. Hasta la noche pasada.

Miré la rígida y apretada boca de Miellyn y consideré que si la muchacha fuera realmente tan apacible y delicada como parecía, habría llorado. Luego Miellyn batió su manezuela en la superficie de la mesa y prorrumpió:

—No es una religión. ¡Ni siquiera es un justo movimiento por la libertad! Es un... un frente para hacer contrabando, y tráfico de drogas, y... ¡y todas las otras cosas sucias!

»Lo creas o no, cuando salí de Shainsa, pensaba que Nebran era la justa réplica al modo en que los terranos nos estaban ahogando ¡Ahora reconozco que hay cosas peores en Wolf que el Imperio Terrano! ¡Estoy informada respecto de Rakhal Sensar, y sea lo que fuere lo que se piense de Rakhal, es demasiado honrado para estar mezclado en nada semejante a esto!

—Supongo que me explicarás lo que realmente está pasando —indiqué.

Miellyn no podía añadir mucho a lo que yo sabía ya, pero los últimos fragmentos del patrón empezaban a ajustarse. Rakhal, buscando el transmisor de energía y alguna clave de las ciencias no humanas de Wolf —¡yo discernía ahora lo que la ciudad de los Silencios me había recordado!— había de algún modo atravesado el sendero del fabricante de juguetes.

Las palabras de Evarin ahora tenían sentido: «Usted fue hábil esquivando nuestra vigilancia, por algún tiempo». Posiblemente, aún cuando yo nunca lo sabría, Cuinn había estado con un pie en cada campo, trabajando por Kyril y por Evarin. El Juguetero, teniendo conocimiento de las actividades antiterranas de Rakhal, había creído que éste haría un valioso aliado y había dado pasos para asegurarse su ayuda.

La propia Juli me había dado el indicio: «Rompió los juguetes de Rindy». Por el contexto, ello parecía ser la obra de un loco. Ahora, habiendo dado con el taller de Evarin, la cosa tenía claro y verdadero sentido.

Y creo que yo había sabido todo el tiempo que Rakhal no podía haber estado jugando la partida de Evarin. Pudiera haberse vuelto contra la Terra —aún cuando ahora yo empezaba hasta a dudar de eso— y ciertamente me habría matado si me hubiera encontrado. Pero lo habría hecho él mismo, y sin malignidad. Matado sin malignidad. Eso no tiene sentido en ninguna de las lenguas de la Terra. Pero tenía sentido para mí.

Miellyn había acabado su pequeño relato y estaba adormeciéndose, su cabeza posada sobre la mesa. La luz rojiza estaba creciendo, y me di cuenta de que yo estaba esperando el alba como, días atrás, había esperado la puesta del sol en Shainsa, con todos los nervios tensos, a punto de estallar. Era la madrugada de la tercera mañana, y este pájaro yacente sobre la mesa delante de mí debía volar o, allá lejos en el distrito de Kharsa, otro volaría hacia Juli.

—Hay alguna limitación de distancia con este, entiendo, puesto que he de estar cabalmente cerca de su blanco —dije—. Si lo encierro en una caja de acero y lo abandono en el yermo, garantizo que no molestará a nadie. No creo que recibieras un balazo hurtando el otro por mí.

Miellyn levantó la cabeza, con los ojos fulgurantes.

—¿Por qué debieras inquietarte por la esposa de Rakhal? —dijo airadamente, y por ninguna justa razón se me ocurrió que estaba celosa—. ¿Habría sabido yo que Evarin no dispararía en la oscuridad! ¿Por qué tienes ansiedad por la esposa de Rakhal, esa mujer de la Tierra?

Parecía importante aclararle la cosa. Expliqué que Juli era mi hermana, y vi que un poco de la tensión desaparecía de su rostro, pero no enteramente. Recordando la costumbre de las poblaciones de Dry, no me sorprendí mucho cuando Miellyn añadió, celosamente:

—Cuando me enteré de tu pendencia, pensé que era sobre esa mujer.

—Pero no del modo que crees —dije.

Juli había sido parte de ella, ciertamente. Ni siquiera entonces yo había querido que mi hermana volviera la espalda a su mundo, pero si Rakhal hubiera permanecido con la Terra, yo habría aceptado su casamiento con Juli. Lo habría aceptado. Y me hubiera alegrado. Dios sabe que habíamos estado más unidos que hermanos, esos años pasados en las poblaciones de Dry. Y entonces, ante los fulgurantes ojos de Miellyn, de repente enfrenté mi secreto odio, mi secreto amor. No, la pendencia no

había sido enteramente cosa de Rakhal.

Rakhal no había vuelto la espalda, de un modo inexplicable, a la Terra. De alguna manera no reconocida, yo había hecho todo lo posible para ahuyentarlo. Y cuando se hubo marchado, yo había ahuyentado una parte de mí mismo también, y creído que podía concluir la contienda diciendo que no existía tal pendencia. Y ahora, encarándome con lo que yo había hecho a la totalidad de nosotros, comprendía que mi venganza —tanto tiempo buscada, tan tiernamente acariciada— tenía que ser abandonada.

—No obstante, tenemos que tratar con el pájaro —dije—. Es una jugada, con todas las cartas desordenadas.

Podía dismantelarla, y confiar a la suerte que la ilógica mentalidad de Wolf no incluyera un mecanismo de secreta influencia. Pero eso no parecía ser equivalente al riesgo.

—Primero he de encontrar a Rakhal. Si liberto el pájaro y él lo mata, ello no arreglaría nada.

Porque yo no podía matar a Rakhal. No porque yo comprendiera, ahora, que la vida sería un castigo peor que la muerte. Sino porque —lo veía, ahora— si Rakhal moría, Juli, moriría, también. Y si yo lo mata, estaría destruyendo la mejor parte de mí mismo. De algún modo Rakhal y yo teníamos que encontrar un equilibrio entre nuestros dos mundos, y tratar de formar uno nuevo con ellos.

—Y no puedo estar sentado aquí y hablar más largamente. No tengo tiempo para llevarte...

Me detuve, recordando el bar del puerto del espacio en la extremidad de Kharsa. Había una capilla pública, o un transmisor mecánico, allí mismo, al otro lado de la calle contigua al cuartel general terrano. Todos estos años...

—Conoces la entrada del lugar de los transmisores. Puedes ir allí en unos instantes —dije. La muchacha podía avisar a Juli, informar a Magnusson. Pero cuando indiqué esto, dándole una contraseña que la llevaría directamente al primer puesto, Miellyn se puso pálida.

Dijo:

—Todos los movimientos tienen que ser efectuados a través de la capilla principal.

Me paré, y consideré eso.

—¿Dónde es probable que esté Evarin, ahora mismo?

—¡Está en todas partes! —exclamó Miellyn, con un temblor nervioso.

—¡Tonterías! ¡No es omnisciente! Tontuela, ni siquiera me reconoció. ¡Creía que era Rakhal! —dije. No estaba demasiado seguro, yo mismo, pero Miellyn necesitaba una certeza restablecida—. O llévame a la capilla principal. Puedo encontrar a Rakhal en ese registrador artilugio de Evarin —vi la negativa en su rostro, y aguijoneé—. Si Evarin está allí, ¡demostraré que es bastante falible con un puñal en su cuello! Y ten —dije, metiendo el artefacto en su mano—, quédate con esto, ¿quieres?

Miellyn lo guardó de hecho en sus ropas.

—No hago caso de eso. Pero en la capilla... —Y la voz le tembló. Me levanté, y empujé la mesa.

—Vamonos. ¿Dónde está la capilla pública más cercana?

—¡No! ¡No! ¡Oh, no me atrevo!

—Tienes que atreverte —indiqué. Vi que el chak que regentaba el local estaba rondando a la entrada de nuevo, y dije—: Es inútil discutir, Miellyn —cuando la muchacha se había ajustado la ropa de nuevo hacía un ratito, la había fijado de manera que la tendida figura de los bordados de Nebran estaba sobre sus pechos. Puse un dedo enfrente de ellos, no con un gesto tierno, y dije—: En el momento en que vean esto, nos echarán de aquí, también.

—¡Si supieras lo que yo sé de Nebran, no querrías que me acercara a la capilla principal otra vez! —exclamó Miellyn. Había aquella tenue coquetería de antes en su oblicua sonrisa.

Y de repente me di cuenta de que no quería que la muchacha lo hiciera. Pero Miellyn no era Dallisa, y no podía apoyarse en una fría honorabilidad mientras su mundo se desmoronaba. Miellyn tenía que luchar para el hombre al cual deseaba.

Y entonces algo de la primitiva hostilidad masculina que subsiste en todo hombre salió a la superficie, y agarré su brazo hasta que la muchacha, gimió. Luego dije, en el dialecto de Shajnsa que todavía me viene a la lengua cuando estoy excitado o airado:

—Maldito sea, vas a ir. ¿Has olvidado que si no fuera por mí esa delirante chusma te habría hecho pedazos, o algo peor?

Eso lo decidió. Miellyn se separó con violencia y vi otra vez, bajo la capa exterior de quisquillosa coquetería, la torva e indomable procacidad de la mujer de las poblaciones de Dry. Tanto más torva y fiera, en esta muchacha, porque había libertado violentamente sus encadenadas manos y se había zafado de las ruinas del pasado.

Estaba preso de un deseo desatinadamente impropio de asir a Miellyn, estrujaría en mis brazos, saborear la roja miel de esa atormentadora boca. El esfuerzo hecho para dominar el impulso me endureció.

Empujé a la muchacha, y dije:

—Vámonos. Introduzcámonos allí antes de que Evarin lo haga.

CAPÍTULO XIV

Afuera en las calles era pleno día, y el colorido y la animación de Charin se habían trocado en negligencia de nuevo, una confusa pereza y un oscuro silencio matinales. Sólo unos cuantos hombres haraganeaban desidiosamente por las calles, como si el sol hubiera minado su energía. Y constantemente los pálidos niños de lanudo cabello, unos humanos y otros no humanos cubiertos con pieles, se entretenían con sus misteriosos juegos en las orillas de las aceras y las cunetas y nos miraban fríamente, sin curiosidad ni malicia.

Miellyn estaba temblando cuando puso los pies en las losas adornadas con extraños diseños de la capilla pública.

—¿Estás asustada, Miellyn?

—Conozco a Evarin. Tú no. Pero... —Y la boca de la muchacha se crispó con un lastimoso esfuerzo para resucitar la antigua malicia— cuando estoy en compañía de un grande y valeroso hombre de la Tierra...

—Cesa de decir esas cosas —gruñí; y Miellyn se rió.

—Tendrás que estar más cerca de mí. Los transmisores están destinados sólo para uso de una persona.

Me incliné hacia adelante, y puse mis brazos alrededor de la muchacha.

—¿De este mismo modo?

—De este mismo modo —susurró Miellyn, apretándose contra mí.

Un aturdidor remolino de vertiginosa oscuridad dio vueltas alrededor de mi cabeza. La calle desapareció. Un instante después el suelo se hizo firme y entramos en la pieza extrema de la capilla principal, bajo una claraboya opaca con el postrer sesgo rojo del ocaso. Distantes ruidos de martilleo sonaban en mis oídos.

—Evarin no está ahí —susurró Miellyn—, pero pudiera aparecer en cualquier momento.

Yo no estaba escuchando.

—¿Dónde está este lugar, Miellyn? ¿En qué parte del planeta?

—Nadie lo sabe excepto Evarin, creo. No hay puertas. Toda persona que entra o sale salta al otro lado del transmisor —y señaló—. El artilugio registrador está ahí dentro, tendremos que atravesar el taller.

Miellyn estaba ajustando su aplastada ropa, alisándose el cabello con melindrosos dedos.

—No creo que tengas un peine. No tengo tiempo para ir a buscar el mío...

Sabía que Miellyn era una presuntuosa y mimada rapazuela, pero esto excedía a toda razón, y así lo dije, estallando ante ella. Miellyn me miró como si yo no fuera muy inteligente.

—Los Pequeñuelos, amigo mío, observan las cosas. Eres bastante testarudo, pero

si yo, sacerdotisa de Nebran, atravieso su taller con el cabello revuelto y pareciéndome al cabo suelto de una orgía de Ardcaran...

Avergonzado, busqué en un bolsillo y le ofrecí un pequeño peine algo mellado. Miellyn lo miró con desagrado pero lo usó bien, alisándose el cabello rápidamente, volviendo a poner en orden su floja ropa de suerte que lo peor de las lágrimas y las manchas quedaba oculto, y ofreciéndome, mientras tanto, una natural y algo tentadora vista de alguna deliciosa curva. Repuso la diadema adornada como con estrellas sobre sus bucles y finalmente abrió la puerta del taller y entramos.

Durante años no había conocido esa extraña sensación; millares de ojos, haciendo agujeros en el centro de mi espalda desde algún aparte. Había ciertamente ojos; los redondos e inhumanos globos de los enanos chaks, la fija mirada labrada en facetas de los ojos de prisma de los juguetes. El taller no tenía un centenar de pies de largura, pero producía la impresión de ser más extenso que muchísimas millas que yo recorrí. Aquí y allá los enanos susurraban un zalamero saludo a Miellyn, y la muchacha daba alguna alegre respuesta.

Miellyn me había exhortado a andar como si yo tuviera todos los derechos a estar allí, y la seguí a zancadas como si estuviéramos simplemente acudiendo a una concertada entrevista en la contigua habitación. Sin embargo estaba empapado de frío sudor antes que la más distante puerta finalmente se cerrara, segura y felizmente opaca, detrás de nosotros. Miellyn, igualmente, estaba temblando de terror, y puse una mano sobre su brazo.

—Firme, chiquilla. ¿Dónde está el registrador?

Miellyn tocó el panel que yo había visto.

—No estoy segura de que pueda enfocarlo exactamente. Evarin nunca me lo dejó tocar.

Esta era una excelente ocasión para decirme eso.

—¿Cómo funciona?

—Es una adaptación del principio del transmisor. Le permite a uno ver donde quiera, pero sin saltos. Emplea un mecanismo detector semejante al de los juguetes. Si el modelo de impulsos eléctricos de Rakhal estuviera en archivo... Un momento —indicó Miellyn; sacó el pájaro mecánico, y lo desenvolvió—. He aquí cómo descubriremos con cuál de vosotros esto está sintonizado.

Miré al volantón pájaro, que yacía inocentemente en la palma de su mano, mientras la muchacha apartaba las plumas, mostrando un menudo cristal.

—Si está sintonizado contigo, te verás a ti mismo con esto, como si la pantalla fuera un espejo. Si está sintonizado con Rakhal...

Miellyn puso el cristal en contacto con la superficie de la pantalla. Unas chispas de nieve fluctuaron y danzaron. Luego, de rondón, estábamos mirando desde una altura la flaca espalda de un hombre con chaqueta de cuero. Se volvió lentamente. Observé la familiar encorvadura de sus hombros; observé el dorso de su cabeza, que había asumido un perfil aquilino, y el perfil transformado paulatinamente en una

máscara endurecida y marcada con cicatrices, más horriblemente desgarrada y desfigurada que la mía propia.

—Rakhal —musité—. Cambia el foco si puedes, Miellyn, procura una visita de afuera de la ventana o algo así. Charin es una gran ciudad. Si pudiéramos lograr una vista de un mojón...

Rakhal estaba hablando quedito, moviendo los labios pausadamente mientras hablaba a alguien fuera del alcance de visión del ingenio registrador.

—Ahí está —dijo Miellyn, de rondón.

Había captado una ventana en el campo de visión del panel. Pude distinguir un alto bastimento y dos o tres soportes que se parecían a un puente, justamente allá afuera.

—Es el Puente de las Nieves de Verano —dije—. Sé dónde está Rakhal ahora. Corta, Miellyn; podemos encontrarlo...

Me estaba desviando, y entonces Miellyn gritó.

—¡Mira!

Y observé:

Rakhal se había vuelto de espaldas al registrador, y por primera vez pude ver a quién estaba hablando. Una encorvada espalda, semejante al lomo de un gato, se viró; vi un sinuoso cuello, una erguida cabeza que no era enteramente humana.

—¡Evarin! —renegué—. Eso lo resuelve. Sabe ahora que no soy Rakhal... ¡si no lo supo todo el tiempo! ¡Vamos, muchacha, salimos de aquí en seguida!

Esta vez no hubo ninguna simulación de normalidad mientras atravesábamos el taller precipitadamente. Los activos dedos cayeron de los medio acabados juguetes mientras los chaks nos seguían con la vista. ¡Juguetes! Quería detenerme y romperlos todos. Pero si nos dábamos prisa, podíamos encontrar a Rakhal. Y, con suerte, encontraríamos a Evarin con él.

Y entonces iba a aplastarles la cabeza a un tiempo. Había llegado a un punto de saturación en la aventura. Había obtenido todo lo que necesitaba. Me daba cuenta de que había estado levantado y atareado toda la noche, que estaba exhausto. Quería asesinar y destrozar, y quería postrarme en alguna parte y dormirme, de repente. Cerramos la puerta del taller con estrépito, y me tomé tiempo para empujar un pesado diván contra ella, bloqueándola.

Miellyn miraba con asombro.

Pero quiso tranquilizarme:

—Los Pequeñuelos no me dañarían —empezó—. Soy sacrosanta.

No estaba seguro. Tenía la idea de que su posición había cambiado mucho, comenzando cuando la vi encadenada y bajo los efectos de las drogas, y acosada por aquella rondante cosa horrorosa. Pero no lo dije.

—Quizá. ¡Más no hay nada sacro en mí!

Miellyn estaba ya en el interior del retiro donde se agazapaba el Dios Sapo.

—Hay una capilla pública justamente al otro lado del Puente de las Nieves de

Verano. Podemos pasar directamente allí —dijo. Y de repente se heló en mis brazos, con un convulsivo temblor.

—¡Evarin! Agárrame, estrechamente... ¡está entrando! ¡De prisa!

El espacio vaciló alrededor de nosotros, y entonces...

¿Puede uno romper el contenido de un particular instante en fragmentos? No tenía sentido, pero tan cierto como digo la verdad, eso fue lo que ocurrió. Y todo lo que ocurrió, acaeció en menos de un segundo. Nos encontramos dentro de la capilla pública. Podía ver el bastimento y el puente y el ascendente sol de Charin. Luego hubo un vertiginoso movimiento de rotación interno, una ráfaga de frío aire silbó alrededor de nosotros, y estuvimos contemplando fijamente los montes polares, rodeados de su perenne nieve.

—¡Reza! —clamó Miellyn, agarrándome—. ¡Reza a los dioses de la Terra, si hay alguno!

La muchacha se pegaba con tanta fuerza que parecía que su cuerpecillo estuviera tratando de pasar a través de mí y salir al otro lado. Permanecí tieso. Miellyn sabía lo que estuvo haciendo con el transmisor; yo sólo estaba atento al paseo y no me gustaba la idea de ser lanzado en alguna parte dentro de ese horrible limbo que atravesábamos.

Saltamos de nuevo, la angustia de la desorientación arrancando un gemido de la muchacha, y la oscuridad temblequeó alrededor de nosotros. Contemplé una calle poco común, sumergida en negra noche y con estrellas ofuscadas por el polvo.

—Evarin sabe qué estoy haciendo —sollozó Miellyn—. Nos está haciendo saltar por todo el planeta. Puede manejar los reguladores con su mente. Telekinesia... yo sé hacerlo un poco, pero nunca me atreví... ¡oh, tente firme!

Luego comenzó una de las más pasmosas luchas que nunca hubieran sido vistas. Miellyn hacía algún pequeño movimiento, y caíamos, ciegos y aturcidos, por entre la oscuridad. A medio camino a través del vértigo, un nuevo manejo nos arrebatava y éramos impelidos a otra parte, y contemplábamos una distante calle.

Por un instante percibí el olor de caliente café procedente del bar del puerto espacial. Un momento después era deslumbrante mediodía, con rojas frondas ondeando por encima de nosotros y un brillo de agua. Fluctuábamos continuamente, entrando y saliendo del salobre aire de Shainsa; vislumbramos flores en una calle de Daillon; la luz de la luna, el mediodía, el rojo crepúsculo, flameaban y desaparecían, empujados por el terrible vértigo del hiperespacio.

Luego, de repente, capté una segunda vislumbre del puente y el bastimento; un momentáneo descuido nos había traído por un instante a Charin. La oscuridad empezó a vacilar, pero mis reflejos son rápidos y di un ligero y arrebañador paso hacia adelante. Con brusco balance, caímos con las piernas extendidas, abrazados, sobre las piedras del Puente de las Nieves de Verano. Batidos, y magullados, y ensangrentados, estábamos aún vivos, y donde queríamos estar.

Levanté a Miellyn, poniéndola de pie. Sus ojos estaban ofuscados de pena. El

suelo se inclinaba y oscilaba bajo nuestros pies mientras huíamos a lo largo del puente. En el distante extremo, levanté la vista hacia el bastimento. A juzgar por su ángulo, no podíamos estar a más de un centenar de pies de la ventana a través de la cual yo había visto ese mojón con el registrador. En esta calle había una taberna, un bazar de sedas, y una apartada casita. Subí y llamé a la puerta.

Silencio. Llamé otra vez y tuve tiempo para preguntarme si nos encontraríamos explicando cosas a algún ajeno desconocido. Luego oí la aguda voz de una niña, y una profunda y familiar voz que la acallaba. La puerta se abrió, no más que un resquicio, para descubrir parte de un rostro marcado con cicatrices.

El rostro se contrajo con una horrible mueca, luego se relajó.

—Me imaginaba que serías tú, Cargill. Te ha llevado por lo menos tres días más de lo que me figuraba, llegar aquí. Pasa adentro —dijo Rakhil Sensar.

CAPÍTULO XV

Rakhal no había cambiado mucho en seis años. Su cara estaba peor que la mía; no había procurado que los cirujanos plásticos de la oficina de información terrana hicieran cuanto pudiesen por él. Su boca, consideré rápidamente, tenía que estar muy lastimada cuando la tiraba hacia arriba con la especie de mueca que estaba haciendo ahora. Sus cejas, espesas y torvas con color gris en ellas, subieron mientras él observaba a Miellyn; pero se desvió para dejarnos entrar, y cerró la puerta detrás de nosotros.

La habitación era sencilla y no parecía que se hubiera vivido mucho en ella. El pavimento era de piedra, toscamente colocada, con una única alfombrilla de piel extendida delante de un brasero. Una chiquilla estaba sentada sobre la alfombrilla bebiendo de un gran pichel de doble asa, pero se levantó de prisa mientras entrábamos, y se arrimó a la pared, mirándonos con dilatados ojos.

Tenía un cabello de color rojo claro igual que el de Juli, cortado recto en una orla a través de la frente, e iba vestida con una camisa de teñida piel roja emparejaba con su cabello. Una manchita de leche parecida a un blanco bigote se adhería al labio superior en donde la niña había olvidado enjugarse la boca. Tenía unos cinco años, con hundidos y oscuros ojos como los de Juli, que me miraban gravemente sin asombro ni temor; evidentemente la pequeña sabía quién era.

—Rindy —dijo sosegadamente Rakhal, no apartando los ojos de mí—. Pasa a la otra habitación.

Rindy no se movió, todavía mirándome de hito en hito. Luego fue hacia Miellyn, levantando la vista para mirar atentamente no a la mujer, sino al diseño de bordados extendido a través de su vestido. Había mucha quietud, hasta que Rakhal añadió, con voz suave y singularmente tranquila:

—¿Todavía llevas un puñal, Race?

Moví la cabeza, con expresivo gesto.

—Hay un antiguo proverbio en la Terra, respecto a que la sangre es más espesa que el agua, Rakhal. Esa es la hija de Juli. No voy a matar a su padre ante sus mismos ojos —dije. Mi rabia se desató luego, y vociferé—: ¡Al diablo con vuestras malditas contiendas de la región de Dry y vuestro inmundo Dios Sapo y todo el resto de ello!

—Rindy. Te he dicho que salieras —dijo severamente Rakhal.

—No tiene que irse —advertí. Di un paso hacia la niña, vigilando a Rakhal—. No sé en absoluto qué estás tramando, pero no es nada en que tenga que estar mezclada una niña. Haz lo que gustes. Puedo ajustar cuentas contigo en cualquiera ocasión.

»Lo primero es sacar a Rindy de aquí. Pertenece a Juli y, maldito sea, es a su casa a dónde irá. Extendí los brazos hacia la pequeña, y dije:

—Se acabó, Rindy, sea lo que sea lo que Rakhal te haya hecho. Tu madre me ha

enviado a buscarte. ¿No quieres ir con tu madre?

—Yo no dejaría... —previno Rakhal, haciendo un amenazante gesto.

Miellyn se situó rápidamente entre nosotros y cogió a la niña en sus brazos. Rindy empezó a forcejear quietamente, perneando y lloriqueando, pero Miellyn dio dos ligeros pasos, y abrió de repente una puerta interior. Rakhal dio una zancada hacia la muchacha. Miellyn giró sobre él, pugnando por dominar a la furiosa chiquilla, y dijo, con voz entrecortada:

—¡Arregladlo entre vosotros, sin que la criatura esté ahí mirando!

Por entre la abierta puerta vi brevemente una cama, unos pequeños vestidos de niña colgando de un gancho, antes de que Miellyn cerrara la puerta de un puntapié y yo oyera el ruido de una aldaba que estaba siendo asegurada. Detrás de la cerrada puerta Rindy prorrumpió en airados chillidos, pero puse mi espalda contra la puerta.

—La muchacha tiene razón. Lo arreglaremos entre nosotros dos. ¿Qué le has hecho a esa niña?

—Si pensaste... —dijo Rakhal.

Se detuvo a media frase y estuvo observándome sin moverse, por un momento. Luego rió.

—Eres tan estúpido como siempre, Race. Necio, sabía que Juli correría en derechura hacia ti, si estaba suficientemente asustada. Sabía que ello te sacaría de tu ocultación. ¡Detestable necio!

Estaba befándome, pero había una tensa furia, casi un frenesí de desprecio detrás de la risa.

—¡Asqueroso cobarde, Race! Seis años escondiéndote en la zona terrana. ¡Seis años, y te di seis meses! Si hubieras tenido el valor de salir conmigo, después que gestioné ese convenio final para darte la oportunidad, podíamos haber ido tras de la mayor cosa de Wolf. Y podíamos haberla rescatado juntos, en vez de pasar años espionando, trampeando y buscando. ¡Y ahora, cuando finalmente te saco de la ocultación, todo lo que quieres hacer es retroceder a donde estés seguro! ¡Creía que tenías más ánimo!

—¡No para el vil trabajo de Evarin!

—¡Evarin! —renegó horriblemente Rakhal—. ¿Crees realmente...? ¡Podía haber sabido que Evarin iría a buscarte a ti, también! ¡Esa muchacha... y tú os habéis arreglado para arruinar todo lo que hice allí, además!

De repente, tan aprisa que mis ojos podían apenas seguir el movimiento, Rakhal arrebató su puñal y avanzó hacia mí.

—¡Lárgate por esa puerta!

Me mantuve firme.

—Tendrás que matarme primero. Y no me pelearé contigo, Rakhal. Arreglaremos esto, pero lo haremos a mi modo por una vez, como hombres de la Tierra.

—¡Hijo del Mono! ¡Saca el puñal, hediondo cobarde!

—No lo haré, Rakhal —dije. Me erguí y lo desafié. Había superado en manejos a

los habitantes de Dry en una apuesta al *shegri*. Conocía a Rakhal, y sabía que no acuchillaría a un hombre desarmado—. Luchamos una vez con el *kifirgh*, y ello no arregló nada. Esta vez lo haremos a mi modo. Arrojé el puñal antes de que yo viniera aquí. No quiero batirme.

Rakhal me acometió de repente con su puñal. Aún cuando yo podía ver que el golpe era una treta, y tenía un fugaz e instantáneo recuerdo de la amenaza de Dallisa respecto a atravesarme las palmas de las manos con el cuchillo. Pero aún cuando me ordenaba a mí mismo mantenerme firme, los puros reflejos me lanzaron hacia adelante, agarrando su muñeca y el cuchillo.

El hombre se contorcó entre mis aferradoras manos, y sentí que el puñal hería, atravesaba mi chaqueta con un ruido de rasgadura; sentí el tenue y ligero rasgón del contacto, no dolor todavía, mientras el cuchillo cortaba la carne. Luego el dolor se extendió como un fuego a través de mis costillas y sentí que fluía sangre caliente; quería matar a Rakhal, quería poner mis manos alrededor de su cuello y estrangularlo. Y al mismo tiempo estaba furioso porque no deseaba contender con el loco necio, no estaba ni siquiera furibundo con él.

Miellyn abrió la puerta de repente, chillando, y súbitamente el juguete mecánico, soltado, estuvo arrojando una pequeña cosa horrorosa, giratoria y zumbante, en derechura a los ojos de Rakhal. Grité. Pero ni siquiera había tiempo para avisarlo. Me encorvé y lo acorné en el vientre. Rakhal gimió, se dobló con agonía y cayó fuera del camino del infernal juguete. El artefacto zumbó con frustración, revoloteó.

Rakhal se contorcía de dolor, tirando las rodillas hacia arriba, agarrándose a su camisa, mientras yo me volvía contra Miellyn con inmensa furia... y me detenía. Lo que hizo había sido un movimiento de desesperación, una instintiva acción para restablecer el equilibrio entre un hombre desarmado y uno que llevaba un cuchillo.

—No quería usarlo. Más bien luchar limpiamente... —dijo Rakhal con voz entrecortada y ronca, falta de vigor.

Luego abrió su cerrado puño, y de repente hubo dos de las pequeñas cosas horrorosas, giratorias y zumbantes en la habitación. Y esta me estaba buscando a mí, y mientras yo me echaba al suelo precipitadamente percibí que la última de las piezas del rompecabezas se ajustaba. ¡Evarin había hecho el mismo pacto con Rakhal que conmigo!

Me revolví, trampeando. Detrás de mí en la habitación hubo un agudo chillido infantil:

—¡Papá! ¡Papá!

Y de rondón los pájaros se abatieron en el aire y renquearon. Cayeron al suelo como soltadas piedras que quedaron yacentes allí, palpitando. Rindy atravesó la habitación precipitadamente, sus faldetas volando, y cogió uno de los terribles y malignos objetos con cada mano.

—¡Rindy! —grité—. ¡No!

La niña se paró temblando; las lágrimas rodaban por sus llenas mejillas mientras

mantenía los pájaros apretados estrechamente en sus manos. Oscuras venas, casi negras, resalían de sus tersas sienes.

—Rómpelos, papá —suplicó con un tenue hilo de voz—. Rómpelos, rápidamente. No puedo permanecer...

Rakhal se levantó tambaleándose como un borracho y agarró uno de los juguetes, quebrantándolo bajo su talón. Dio un agarrón al segundo, bamboleó y lanzó un angustiado suspiro. Se encogió, apretándose el vientre en donde yo lo había acornado. El pájaro chillaba como una cosa viviente.

Yo estaba paralizado de terror. Pero haciendo un esfuerzo por sobreponerme, brinqué y atravesé la habitación corriendo, sin hacer caso del lacerante dolor que sentía a lo largo de mi costado. Arrebaté el pájaro a Rindy, y el animalejo mecánico gritó y chilló y feneció mientras mi pie aplastaba las menudas plumas. Continué pateando el objeto todavía moviente hasta convertirlo en una masa amorfa, hasta que quedó reducido a un montón de polvo.

Rakhal finalmente se arregló para levantarse de nuevo. Su rostro estaba tan pálido que las cicatrices resaltaban como recientes quemaduras.

—Ese fue un sucio golpe, Race, pero... sé por qué lo hiciste —se detuvo y tomó aliento, descansando por un momento. Luego susurró—: Me... salvaste la vida, sabes. ¿Sabías que lo estabas haciendo, cuando lo hiciste?

Todavía respirando con dificultad, hice una seña afirmativa. Haberlo hecho a sabiendas, significaba el fin de una prolongada hostilidad. Por mucho que nos hubiéramos injuriado el uno al otro, fueren las que fueren las promesas. Proferí las palabras que lo confirmaban y acababan eso, finalmente y para siempre.

—Hay una vida entre nosotros. Dejemos que esté en lugar de una muerte.

Miellyn permanecía en la entrada; sus manos estaban apretadas contra su boca, sus ojos dilatados.

—¡Te estás paseando con un cuchillo clavado en las costillas, necio! —dijo temblorosamente.

Rakhal giró y con un rápido tirón soltó el puñal. Simplemente había estado prendido en la capa, en un pliegue de la basta tela. Rakhal lo arrancó con violencia, miró de prisa la roja punta, luego se sosegó.

—No más de una pulgada de profundidad —dijo. Luego, airadamente, defendiéndose— Lo hiciste tú mismo, mono. Estaba procurando deshacerme del cuchillo cuando saltaste sobre mí.

Pero yo sabía eso, y Rakhal sabía que yo lo sabía. Se volteó y alzó a Rindy, la cual estaba sollozando ruidosamente. La niña metió la cabeza en el hombro de Rakhal y formuló unas ahogadas palabras.

—Los otros juguetes te dañaron mientras que yo estaba furiosa contigo... —sollozó, restregando los puños contra sus tiznadas mejillas—. Yo... no estaba tan furiosa contigo. No estaba tan furiosa con nadie, ni siquiera... con él.

Rakhal apretó su mano contra el lanudo cabello de su hija y dijo, mirándome por

encima de la cabeza de la niña:

—Los juguetes activan los subconscientes resentimientos de un niño contra sus padres; descubrí eso. Eso también significa que un niño puede dominarlos por unos segundos. Ningún adulto puede hacerlo.

Un extraño no habría observado ningún cambio en su expresión, pero yo lo conocía, y lo observé.

—Juli dijo que amenazaste a Rindy.

Rakhal rió entre dientes y puso a la pequeña de pie.

—¿Y qué más podía yo decir que hubiera amedrentado a Juli lo suficiente para enviarla corriendo hacia ti? Juli es orgullosa, casi tan orgullosa como tú, terco Hijo del Mono.

El insulto no me pungía ahora.

—Vamos, siéntate y decidamos qué vamos a hacer, ahora que hemos ultimado la vieja cuestión —prosiguió Rakhal. Miró remotamente a Miellyn, y dijo—: Usted debe ser la hermana de Dallisa. No creo que sus aptitudes incluyan saber hacer café.

No sabía, pero con ayuda de Rindy, Miellyn se arregló, y mientras las dos estaban fuera de la habitación Rakhal explicó brevemente:

—Rindy tiene rudimentarios conocimientos de mecánica. Nunca los he tenido yo mismo, pero pude enseñarle algo —no mucho— respecto a cómo usar ciertos artefactos. He estado sobre la pista de Evarin después de ese asunto de La Lisse.

Lo habría conseguido antes, si estuvieras todavía trabajando conmigo, pero no podía hacer nada como agente terrano, y tuve que resignarme a ser echado a puntapiés tan cabalmente que los otros no temieran que estaba aún trabajando en secreto por la Terra. Por largo tiempo estuve sólo cazando rumores, pero cuando Rindy se hizo suficientemente mayor para mirar en los cristales de Nebran, empecé a hacer algún progreso.

—Temía informar a Juli; su mayor seguridad era el hecho de que no sabía nada. Siempre ha sido una extraña en las poblaciones de Dry —se detuvo, luego dijo con justa evaluación de sí mismo—: Desde que salí del Servicio Secreto yo mismo he sido un extraño allí.

—¿Y qué me dices de Dallisa? —pregunté.

—Las gemelas tienen alguna especial facultad en común. Yo sabía que Miellyn había ido al Juguetero. Traté de hacer que Dallisa averiguara a dónde había ido Miellyn, se informara más sobre ello. Dallisa no quiso correr el albur, pero Kyril me vio con Dallisa y creyó que era Miellyn. Eso lo puso sobre mi rastro, además, y tuve que salir de Shainsa. Temía a Kyril —añadió sobriamente—. Temía lo que él haría. Yo no podía hacer nada sin Rindy y sabía que si revelaba a Juli lo que estaba haciendo, se llevaría a Rindy a la zona terrana, y yo sería tanto como un muerto.

A medida que Rakhal hablaba, yo empezaba a darme cuenta de cuán vasta era la red que Evarin y la secreta organización de Nebran habían tendido para nosotros.

—Evarin ha estado aquí hoy. ¿Para qué?

—Ha estado tratando de hacer que nos destruyéramos el uno al otro. Eso lo libraría de nosotros dos. Quiere transferir el planeta Wolf enteramente a los no humanos. Creo que es bastante sincero, pero... —Y Rakhal extendió las manos desamparadamente— no puedo permanecer sentado y verlo.

—¿Estás trabajando por la Terra? ¿O por las poblaciones de Dry? ¿O por alguno de los movimientos antiterrenos? —pregunté sin ambages.

—Estoy trabajando por mí —dijo Rakhal, con un encogimiento de hombros—. No pienso gran cosa del Imperio Terrano, pero un solo planeta no puede luchar contra una galaxia. Race, sólo deseo una cosa. Deseo que las poblaciones de Dry y el resto de Wolf, tengan voz en su propio gobierno. A todo planeta que haga una valiosa contribución a la ciencia galáctica, según las leyes del Imperio Terrano, se le concede automáticamente la condición de estado independiente.

—Si un hombre de las poblaciones de Dry descubre algo parecido a un transmisor de energía, Wolf recibe la condición de soberanía. Pero Evarin y su cuadrilla quieren mantenerlo secreto, tenerlo alejado de la Terra, tenerlo encerrado en lugares como Canarsa. Alguien tiene que arrebatárselo. Y si yo lo hago, recibo una buena y pingüe retribución, y un puesto oficial.

Creí eso, donde habría sospechado demasiadas protestas de altruismo. Rakhal lo echaba a un lado.

—Tienes a Miellyn para llevarte a través de transmisores. Retrocede hacia la capilla principal, y di a Evarin que Race Cargill ha muerto. En la Trade City creen que soy Cargill, y puedo entrar y salir como quiera —lo siento si te causé molestia, pero fue la cosa más segura en que pude pensar— y avisaré a Magnusson y procuraré que envíe soldados para guardar las capillas de las calles. Evarin pudiera intentar escabullirse por una de ellas.

—La Terra no tiene bastantes hombres en toda la extensión de Wolf para proteger las capillas públicas de Charin solamente —dije, haciendo un mohín—. Y no puedo retroceder con Miellyn.

Rakhal frunció los labios y silbó cuando describí la lucha con el transmisor.

—¡Tienes toda la suerte, Cargill! Nunca he estado suficientemente cerca, ni siquiera para estar seguro de cómo funcionan... ¡y apuesto a que no empezaste a entender! Tendremos que hacerlo del modo difícil, pues. No será la primera vez que nos hayamos abierto camino luchando bravamente, a través de una difícil situación. ¡Enfrentaremos a Evarin en su propio escondite! Si Rindy está con nosotros, no hemos de inquietarnos.

Yo estaba dispuesto a dejarle tomar el mando, pero protesté.

—¿Llevarías a una niña a ése... ése...?

—¿Y qué más podemos hacer? Rindy sabe manejar los juguetes, y ni tú ni yo podemos hacer eso, si Evarin decidiera lanzar todo su arsenal sobre nosotros.

Rakhal llamó a Rindy, y le habló blandamente. La niña apartó la vista de su padre para fijarla en mí, y otra vez en su padre de nuevo; luego sonrió y me tendió la mano.

Antes de que nos atreviéramos a salir a la calle, Rakhal rechazó los extendidos bordados del ropaje de Miellyn.

—Con esas cosas, usted se presenta como una nevada en Shainsa. Si sale con ellas, podrían atropellarla. ¿No valdría más que se deshiciera de ellas ahora?

—No puedo —protestó la muchacha—. ¡Son las claves del transmisor!

Rakhal miró a las convencionales imágenes con curiosidad, pero dijo solamente:

—Ocúltelas en la calle, pues. Rindy, dale algo para ponerse sobre el vestido.

Cuando llegamos a la capilla pública, Miellyn advirtió:

—Quedaos ahí en las losas, bien juntos. No estoy segura de que todos podamos dar el salto al mismo tiempo, pero tendremos que probar.

Rakhal alzó a Rindy y la suspendió en su hombro. Miellyn soltó la capa que había colgado por encima del diseño de los bordados de Nebran, y nos apiñamos. La calle osciló y desapareció, y sentí la inmersión y el remolino de oscuridad ya familiares, antes de que el mundo se pusiera en orden de nuevo. Rindy estaba lloriqueando, golpeándose ligera y rápidamente la cara con sus tiznados puños.

—Papá, me sangra la nariz...

Miellyn se encorvó apresuradamente y sacó la sangre de la chata nariz. Rakhal accionaba impacientemente.

El taller. Destroza todo lo que veas, Rindy; si algo empieza a alcanzarnos, lo paras. Lo paras rápidamente. Y... —Rakhal se dobló y tomó la carita de la niña entre sus manos— *chiya*, recuerda que no son juguetes, por muy bonitos que sean.

Los grandes ojos grises de Rindy pestañearon, y ella hizo una seña afirmativa.

Rakhal abrió de repente la puerta del taller con un grito. El repique de los yunques se quebró en un millar de disonancias mientras yo volcaba de un puntapié un banco de trabajo y un conjunto de juguetes medio acabados caían al suelo con estrépito y en confuso montón.

Los enanos se dispersaron como conejos ante nuestro ataque de destrucción. Rompí instrumentos, filigranas, joyas, pateándolo todo con mis fuertes botas. Quebré vidrios, agarré un martillo y rompí cristales. Había un salvaje regocijo en ello.

Una muñequita, conformada como una mujer, saltó hacia mí, dando un chillido supersónico. Puse el pie encima de ella y le quité la animación a fuerza de machacarla, y la muñeca chilló y gritó como una mujer viviente mientras se deshacía. Sus azules ojos cayeron de su cabeza rodando y quedaron yacentes en el suelo observándome. Aplasté las azules gemas bajo mi talón.

Rakhal columpiaba un menudo sabueso por la cola. Su cabeza se quebró en desechos de engranajes y ruedas casi invisibles. Cogí una silla y destrocé una colección de objetos de vidrio con ella, balanceándome furiosamente. Un loco frenesí por destrozar y romper se había apoderado de mí.

Estaba ebrio de machacar y destruir, cuando oí que Miellyn chillaba en señal de aviso, y me volví, viendo a Evarin parado allá en la entrada. Sus verdes ojos semejantes a los de un gato flameaban de rabia. Luego alzó las dos manos con un

repentino gesto burlón, y con galopante y ligero paso que no tenía nada de humano, corrió hacia el transmisor.

—Rindy —dijo Rakhal, resollando—, ¿sabes cerrar el transmisor?

En vez de ello, Rindy gritó:

—¡Tenemos que salir! ¡El tejado está cayendo! ¡La casa va a caer encima de nosotros! ¡El techo, mira al techo!

Levanté la vista, traspasado de horror. Vi que se abría una ancha grieta; que la claraboya se quebraba y se rompía, y que la luz del día fluía a través de las hendidas paredes. Rakhal agarró a Rindy, protegiéndola de los cayentes escombros con la cabeza y los hombros. Así a Miellyn alrededor de la cintura y corrimos hacia la grieta de la cediente pared. Había peligro inminente de morir aplastados.

Pasamos a empujones poco antes de que el techo se hundiera y las paredes se derrumbaran, y nos encontramos parados en una llana y herbosa ladera mirando hacia abajo con sobresalto y horror mientras debajo de nosotros, parte tras parte de lo que aparentemente había sido rasa loma y roca se hundía y se convertía en polvoroso cascote.

—¡Corred! ¡Corred, de prisa! —gritó roncamente Miellyn.

No entendí, pero corrí. Corrí, doliéndome los costados, la sangre manando de la descuidada herida superficial de mi costado. Miellyn corría a mi lado de prisa y Rakhal marchaba dando trompicones, llevando a Rindy.

Luego la sacudida de una gran explosión hizo temblar el suelo, derribándome a lo largo, y Miellyn cayendo encima de mí. Rakhal fue impelido hacia abajo, quedando de rodillas. Rindy estaba llorando ruidosamente. Cuando pude ver bien de nuevo, miré hacia abajo a la ladera.

No quedaba nada del escondite de Evarin ni de la capilla principal de Nebran, excepto un gran boquete que se estaba ensanchando y del cual salía todavía humo denso y negro polvo.

—¡De modo que eso es lo que Evarin iba a hacer! —dijo en voz alta Miellyn, aturdida.

Ello no se ajustaba a la peculiar lógica no humana del Juguetero. Había tapado sus huellas.

—¡Destruído! —Bramó Rakhal—. ¡Todo destruido! Los talleres, la ciencia de los Juguetes, el transmisor... ¡en el momento en que lo encontramos, está destruido! —Y batió los puños furiosamente—. Nuestra única oportunidad para saber...

—Fuimos afortunados saliendo vivos —dijo sosegadamente Miellyn—. ¿En qué lugar del planeta estamos?, me pregunto.

Miré abajo a la ladera, y quedé asombrado. Extendido en la ladera debajo de nosotros, se ubicaba el territorio de Kharsa, coronado por el lívido rascacielos del cuartel general.

—Que me ahorquen —dije—, si sé dónde estamos ahora mismo. Parece ser que estamos en nuestro país. Rakhal, puedes bajar y hacer las paces con los terranos, y

con Juli. Y tú, Miellyn...

Delante de los otros, no podía decir lo que estaba pensando, pero puse mi mano sobre el hombro de la muchacha y la mantuve allí. Miellyn sonrió, temblorosamente, con un destello de su antigua malicia.

—No puedo pasar a la zona terrana con este aspecto, ¿eh? Dame ese peine otra vez. Rakhal, deme su capa; mi ropa está rasgada.

—¡Hembra presuntuosa y estúpida! ¡Preocupándose por una cosa como esa en tal ocasión! —clamó Rakhal, con una mirada asesina.

Puse el peine en la mano de Miellyn; luego de repente vi algo en los símbolos extendidos a través de sus pechos. Antes de esto, sólo había visto los convencionales e intrincados trazos del Dios Sapo. Pero ahora...

Extendí el brazo y arranqué la tela.

—¡Cargill! —Protestó airadamente la muchacha, sonrojándose, y tapándose los desnudos pechos con las dos manos—. ¿Es este un lugar propio para eso? ¡Y delante de una niña, además!

Apenas oí.

—¡Mira! —exclamé—. ¡Rakhal, mira a los símbolos bordados en la forma de glifo del Dios! Sabes descifrar los antiguos glifos no humanos. Lo hiciste en la ciudad de La Lisse. ¡Miellyn dijo que eran la clave de los transmisores! ¡Apuesto a que la fórmula está transcrita ahí para que la descifre cualquiera!

—¡Cualquiera, es decir, toda persona que pueda descifrarla! Yo no puedo, pero apuesto a que las ecuaciones de la fórmula están grabadas en todos los glifos del Dios Sapo que hay en Wolf. Rakhal, ello tiene sentido. Hay dos maneras de ocultar algo. O tenerlo encerrado, o encubrirlo estando claramente a la vista. ¿Quién se molesta ni siquiera en mirar a un convencional Dios Sapo? Hay millones y millones de ellos...

Rakhal inclinó la cabeza sobre los bordados, y cuando alzó los ojos su rostro estaba abochornado.

—¡Creo... por las cadenas de Sharra, creo que acertaste, Race! Puede tomar años conseguir descifrar los glifos, ¡pero lo haré, o moriré esforzándome!

Su rostro deforme y marcado con cicatrices parecía casi hermoso por el alborozo, y le hice una mueca.

—Si Juli deja bastante de ti, una vez descubra cómo la mantuviste ignorante de tus manejos. Mira, Rindy se ha quedado dormida ahí sobre la hierba. Pobre niña, más vale que la llevemos con su madre.

—Bien.

Rakhal se metió el precioso bordado en la capa, luego instaló a su durmiente hija en sus brazos. Yo lo observaba con una extraña emoción que no podía identificar. Parecía indicar algún gran cambio, en Rakhal o en mí mismo. No es difícil evocar un claro cuadro mental de la hermana de uno en compañía de niños, pero había algo, alguna rara incongruencia en el espectáculo de Rakhal conduciendo a la pequeña, arropándola cuidadosamente con un pliegue de su capa para impedir que el airecillo

le diera en la cara.

Miellyn estaba cojeando con sus finas sandalias, y temblaba.

—¿Frío? —pregunté.

—No, pero... no creo que Evarin haya muerto; temo que se largara.

Por un momento la idea oscureció al esplendor de la mañana. Luego me encogí de hombros.

—Probablemente está escondido en ese gran boquete ahí arriba —dije. Pero sabía que nunca estaría seguro de eso.

Marchábamos uno al lado de otro y de frente, mi brazo alrededor de la fatigada y tropezada mujer; y Rakhal dijo, quedito, finalmente:

—Como en los viejos tiempos.

No eran viejos tiempos, yo lo sabía. Rakhal lo sabría también, una vez su alborozo se sosegara. Yo era viejo para tener afición a la intriga amorosa, y tenía la impresión de que esta era la última aventura de Rakhal. Iba a llevarle, como decía, años resolver las ecuaciones para el transmisor. Y tenía la sensación de que mi propio, sólido y ordenado escritorio iba a parecerme excelente por la mañana.

Pero sabía ahora que no volvería a huir de Wolf. Era mi propio sol querido que estaba saliendo. Mi hermana me estaba esperando allá abajo, y yo le estaba trayendo a su hija de vuelta. Mi amiga preferida estaba caminando a mi lado. ¿Qué más podía un hombre desear?

Si el recuerdo de unos oscuros ojos de bayas venenosas iba a perseguirme en las pesadillas, ellos no penetraban en el mundo de la percepción sensible. Miré a Miellyn, posé su delicada y desencadenada mano en la mía, y sonreí mientras pasábamos por las puertas de la ciudad. Ahora, después de todos mis años aquí en Wolf, comprendía que el deseo de guardar a sus mujeres bajo llave era una antigua costumbre. Me juré a mí mismo mientras caminábamos que sin pérdida de tiempo buscaría un taller de manijas y haría que forjaran allí dentro las perfectas cadenas de acero que atasen las muñecas de mí amada a mí chaveta para siempre.

FIN